UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FACULTAD DE ARQUITECTURA

Subdirección de Estudios de Posgrado

“HABITAR EL UMBRAL: LA FACHADA COMO ESPACIO DE TRANSICIÓN ENTRE LA CASA Y LA CALLE EN LA COLONIA DEL MAESTRO, GUADALUPE, N.L.”

Por:
Jane Abanto Bazan

Maestría en Ciencias con Orientación en Diseño y Gestión de la Arquitectura

Directora de Tesis:
Dra. Lydia Marcela Adame Rivera

Nuevo León, México. Agosto, 2026

Comité de tesis

Dra. Lydia Marcela Adame Rivera

Facultad de Arquitectura de la UANL

Directora de Tesis

Dra. Sonia Guadalupe Rivera Castillo

Facultad de Arquitectura de la UANL

Lector

Dr. René Alberto Dávila Pórcel

Facultad de Ingeniería de la UANL

Lector

Dedicatoria

A mis amados padres, Victoria Bazán y Abraham Abanto, quienes siempre me acompañaron con su amor, ternura y apoyo incondicional; sé con certeza que, desde donde se encuentren, continúan guiando mi camino.

A mi querido hermano, por convertirse en mi mayor impulso durante todos estos años.

Agradecimientos

Expreso mi gratitud a la Universidad Autónoma de Nuevo León y a la Facultad de Arquitectura por permitirme continuar con mi formación profesional, que estoy segura me servirá como herramienta para poder aportar a la sociedad parte de los conocimientos obtenidos durante la maestría.

Asimismo, al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el financiamiento en la realización de esta investigación.

De manera especial, agradezco a la Dra. Lydia Marcela Adame Rivera por su orientación, enseñanzas y la confianza depositada en mi trabajo y por la amistad que formamos durante este tiempo.

A los doctores Sonia Rivera y René Dávila por su paciencia, indicaciones y su disposición para la lectura de esta investigación.

Resumen

La presente investigación busca explorar la fachada de la vivienda como un espacio de transición entre lo doméstico y lo urbano, entendida no solo como un elemento constructivo, sino también como un espacio de articulación de las relaciones entre la vida cotidiana del hogar, sus habitantes, y lo urbano. Es decir, se busca comprender y ampliar el impacto que puede tener este espacio en la forma de habitar, la apropiación del espacio, y la construcción del paisaje urbano.

El trabajo de investigación se llevó a cabo en la Colonia del Maestro, ubicada dentro del municipio de Guadalupe, en el estado de Nuevo León, México, un barrio que fue diseñado como un espacio habitacional para docentes, pero que con el paso de los años fue incorporando nuevos habitantes, lo que ha generado una serie de transformaciones impulsadas por sus propios habitantes, lo que ha llevado a la diversidad de tipologías de viviendas y modos de habitar. Siguiendo los lineamientos generales para la investigación cualitativa, esta investigación se llevó a cabo a través de un enfoque etnográfico.

Los resultados muestran que la fachada es utilizada como un umbral habitado, es decir, como espacio de constante negociación en relación con la apertura, la privacidad, la seguridad y la expresión de la identidad. A través de estas prácticas cotidianas, como la proyección de las actividades domésticas hacia el exterior, la permanencia en los umbrales, la decoración y/o instalación de pequeños comercios, los habitantes transforman este espacio en un punto de encuentro y relación con el entorno.

Así, la fachada-umbral es un espacio de mediación entre lo doméstico y lo urbano, donde las prácticas de cambio autogestionadas por los habitantes configuran los micro territorios de uso y significado de la relación entre la vivienda y el paisaje urbano. Estos resultados confirman el supuesto de investigación en relación con cómo las prácticas cotidianas de intervención en las fachadas, como espacio-umbral, pueden permitir comprender cómo es construido lo urbano a través de las prácticas del habitar en contextos de Producción Social del Hábitat.

ÍNDICE

CAPÍTULO I 12

1. Introducción 12

1.1. Planteamiento del problema 14

1.2. Supuesto de Investigación 19

1.3. Delimitaciones 20

1.4. Limitantes 20

CAPÍTULO II. EL HABITAR, LA FACHADA Y EL PAISAJE URBANO 22

2.1. El habitar: fundamentos filosóficos y la tensión entre interior y exterior 23

2.1.1. Fundamentos fenomenológicos del habitar 23

2.1.2. El habitar cotidiano y la relación público-privado 25

2.1.3 La cotidianidad como dimensión simbólica del habitar 28

2.1.4 La casa y la calle como esferas interdependientes 29

2.2. Apropiación espacial: la acción del habitar 35

2.2.1. Fundamentos teóricos del concepto 35

2.2.2. Dimensiones y mecanismos del proceso de apropiación 36

2.2.3. Apropiación, conflicto y negociación entre lo público y lo privado 37

2.3. La fachada como espacio de transición: del objeto arquitectónico al lugar habitado 41

2.3.1. De la superficie al umbral: evolución conceptual de la fachada 41

2.3.2. La fachada como mediador y expresión del habitar 43

2.3.3. El espacio de transición: definición, función y mecanismos 46

2.3.4 El umbral como paradigma del espacio de transición 49

2.3.5. Tipologías y grados de mediación 53

2.3.6. El Borde como interfaz urbano: Aporte de Jan Gehl 56

2.4. Paisaje urbano: expresión colectiva del habitar 58

2.4.1. Del paisaje representado al paisaje habitado 58

2.4.2. El surgimiento del paisaje urbano 58

2.4.3. El paisaje como práctica y relación 59

2.4.4. El paisaje urbano como construcción de identidad 60

2.4.5. Paisaje urbano y Producción Social del Hábitat (PSH) 61

CAPÍTULO III. METODOLOGÍA Y CASO DE ESTUDIO 67

3. Metodología 67

3.1. Enfoque de investigación 69
3.2. Método de investigación 69
3.3. Selección de la muestra 70
3.4. Técnicas e instrumentos de recolección de información 72
3.5. Estrategia y procedimiento de análisis de la información 77
3.6. Estudio de caso 82
3.7. Resultados esperados 87
CAPÍTULO IV. RESULTADOS Y ANÁLISIS INTERPRETATIVO 89
4.1. Proceso de construcción de los patrones 89
4.1.1. Clasificación de los patrones 92
4.2. Patrones espaciales 93
4.2.1. El umbral como extensión del interior 93
4.2.2. El umbral como construcción progresiva 102
4.2.3. El umbral como lugar de observación 108
4.3. Patrones de acontecimientos 114
4.3.1. El umbral como espacio de cuidado y expresión personal 115
4.3.2 El umbral como sala social: convivencia, descanso y comunicación 131
4.3.3. El umbral como filtro emocional: regulación simbólica del límite público-privado 140
4.3.4. El umbral como espacio de memoria 148
4.3.5. El umbral como plataforma económica: comercio informal y extensión de servicios 164
4.4. Dinámicas relacionales del umbral 169
4.4.1. Relaciones de refuerzo entre los patrones del umbral 170
4.4.2. Tensiones y conflictos 171
4.4.3. Red integrada de refuerzos y tensiones 173
4.5. Configuraciones espaciales de la fachada 174
4.5.1. De los patrones conductuales a la forma construida 174
4.5.2. Descripción de las configuraciones espaciales 175
CAPÍTULO V. 179
5.1. DISCUSIÓN 179
5.1.1. El umbral como espacio relacional del habitar 180

5.1.2. Negociaciones entre apertura, resguardo y visibilidad..... 184
5.1.3. La fachada popular frente a los modelos arquitectónicos universales 189
5.1.4. El umbral y la construcción cotidiana del paisaje urbano 190
5.2. Síntesis integradora de la discusión: Habitar el umbral..... 192
CAPÍTULO VI..... 194
6.1. CONCLUSIONES 194
Referencias..... 198

Índice de figuras

Figura 1 *Diagramas de Mediación y Dualidad del Umbral* 48
Figura 2 *Localización de la Colonia delMaestro en la Zona Metropolitana de Monterrey y Delimitación del Área de Estudio* 85
Figura 3 *Monumento conmemorativo de la Colonia Del Maestro Federal en la Plaza Cívica, Guadalupe, Nuevo León* 87
Figura 4 *El Umbral como Extensión del Interior: Continuidad entre la Casa y la Calle*..... 93
Figura 5 *El Asador como Extensión de la Cocina y Espacio e Convivencia Barrial*..... 96
Figura 6 *Rituales Cotidianos de Cuidado en el Umbral Doméstico* 97
Figura 7 *Externalización del Interior: El Umbral como Espacio de Almacenamiento Doméstico*98
Figura 8 *Extensión del Habitar hacia la Banqueta: Apropiaciones Domésticas y Negociación del Espacio Público* 99
Figura 9 *Diagrama Sankey del Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Extensión del Interior"* 101
Figura 10 *Evolución Material del Umbral: Del Tejabán al Acceso Consolidado* 103
Figura 11 *Transformaciones en el Umbral de Acceso: Continuidad y Renovación Material* .. 105
Figura 12 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Construcción Progresiva"* 106
Figura 13 *La Reja como Mediadora Visual: Equilibrio entre Apertura y Resguardo* 110
Figura 14 *El Umbral como Lugar de Observación Mutua y Reconocimiento Comunitario*.....111
Figura 15 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El umbral como Lugar de Observación"* 112
Figura 16 *Evidencia del Cambio de Color como Práctica de Mantenimiento Afectivo*..... 116
Figura 17 *Las Plantas y Paredes como Proyección de Identidad* 117
Figura 19 *La Planta como Símbolo de Vitalidad Doméstica* 119
Figura 20 *El Cuidado de las Plantas como Expresión Identitaria*..... 120
Figura 21 *Paredes Exteriores del Umbral como Soporte de Memoria y Expresión Colectiva* 122
Figura 22 *Paredes Interiores del Umbral como Extensión Simbólica del Yo Doméstico* 122
Figura 23 *Mensajes de Bienvenida y Signos de Pertenencia en la Fachada Doméstica* 124
Figura 24 *Diferenciación y Visibilidad Social en el Umbral Doméstico* 126
Figura 25 *Motivos Ornamentales y Símbolos Nacionales como Expresión de Identidad Colectiva* 128
Figura 26 *Ornamentación Artesanal en Rejas y Puertas Domésticas de la Colonia del Maestro*129

Figura 27 *Apropiación Estética de Elementos Ornamentales en Balcones Domésticos* 129
Figura 28 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Espacio de Cuidado y Expresión Personal"* 130
Figura 29 *El Umbral como Extensión del Estar: Descanso, Contemplación y Vínculo Social* 134
Figura 30 *El Umbral como Espacio de Convivencia y Celebración Familiar* 135
Figura 31 *La Calle y el Umbral como Extensión del Hogar y Encuentro Vecinal* 136
Figura 32 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas hacia el Patrón "El Umbral como Sala Social"* 138
Figura 33 *Mobiliario de Distintos Tamaños Evidencia el Uso Familiar y Multigeneracional del Umbral* 141
Figura 34 *El Doble Umbral: Reja Exterior y Puerta Interior como Filtro de Confianza* 142
Figura 35 *La Reja como Mediadora del Encuentro Vecinal* 145
Figura 36 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas hacia el Patrón "El Umbral como Filtro Emocional"* 147
Figura 37 *Celosías Caladas como Patrón de Continuidad Estética y Memoria Colectiva* 149
Figura 38 *Molduras y Barandales como Huella del Lenguaje Original del Barrio* 150
Figura 39 *Objetos y Plantas como Herencia Viva del Habitar* 151
Figura 40 *Decoraciones Estacionales como Expresión de Identidad y Pertenencia* 153
Figura 41 *El Umbral Festivo: Ritualidad y Celebración en la Fachada* 154
Figura 42 *Fachada de Socorro: La Devoción como Encuentro con la Comunidad* 156
Figura 43 *El Umbral como Santuario Doméstico: Símbolos de Protección y Fe* 157
Figura 44 *Lo Religioso en el Umbral: Expresiones de Fe y Comunidad* 158
Figura 45 *Danzas Típicas y Misas Barriales como Prácticas Rituales en el Umbral* 159
Figura 46 *Transformación del Umbral: De la Fachada Porosa a la Fachada Defensiva* 162
Figura 47 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Espacio de Memoria"* 163
Figura 48 *El Umbral Productivo: Apropiación Económica y Social de la Vivienda* 166
Figura 49 *Entre la Casa y la Calle: El Umbral como Espacio de Consumo Social* 167
Figura 50 *Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El umbral como Plataforma* Económica 168
Figura 51 *Relaciones de Refuerzo Entre los Patrones del Umbral* 170
Figura 52 *Tensiones y Conflictos Entre los Patrones del Umbral* 171
Figura 53 *Red Integrada de Refuerzos y Tensiones entre los Patrones del Umbral* 173

Figura 54 *Configuraciones Espaciales de la Fachada Derivadas de los Patrones del Umbral en la Colonia del Maestro* 177

Índice de tablas

Tabla 1 *Comparación de Enfoques Teóricos sobre los Espacios Intermedios* 55
Tabla 2 *Fases del Proceso de Codificación y Aplicación en ATLAS.ti* 79
Tabla 3 *Relación entre Códigos, Categorías Axiales y Patrones del Habitar en la Fachada* 91
Tabla 4 *Configuraciones Espaciales de la Fachada a Partir de los Patrones del Umbral* 175

CAPÍTULO I

1. Introducción

En la ciudad, contar con una vivienda es indispensable —no sólo como un lugar para habitar—, sino también como el medio a través del cual las personas se relacionan con su entorno. En las ciudades de América Latina, los barrios son muy relevantes en la vida cotidiana de las personas, influyendo directamente en la forma en que se relacionan y emplean los espacios, así como en la construcción de una identidad comunitaria. Sin embargo, en las últimas décadas, el crecimiento del parque habitacional ha promovido modelos de construcción estandarizados que tienden a concebir la vivienda como una unidad aislada, con escasa relación con la calle y con la vida cotidiana que se desarrolla en su entorno.

Este proceso de crecimiento urbano ha transformado, sin duda, el aspecto de la ciudad. Con la eliminación de los espacios intermedios, el énfasis en fachadas que parecen fortalezas, y una desvinculación cada vez más notoria entre lo privado y lo público han contribuido generar entornos más fragmentados y a debilitar el sentido de comunidad en los barrios. Debido a esto, varios enfoques teóricos han puesto de manifiesto lo importante que es recuperar los espacios de transición —umbrales, porches, jardines frontales—, pues son precisamente esos lugares los que vinculan la vivienda, a sus habitantes y a la ciudad.

En este contexto, en Latinoamérica este debate tiene una manifestación concreta en los procesos de Producción Social del Hábitat. A diferencia de la vivienda social que ofrecen las instituciones estatales y el mercado, la PSH considera que la ciudad también se construye de manera progresiva con el paso del tiempo a través de las iniciativas de quienes la habitan, las cuales suelen desarrollarse de acuerdo con las posibilidades económicas de los propios habitantes y están estrechamente conectadas con las prácticas y costumbres de la población.

Esta dinámica, en la que los habitantes transforman o amplían sus viviendas, no se limita únicamente a los espacios interiores. También presta atención a la fachada, ya que es en este punto donde se establece el contacto con el entorno y con los demás. Por ello, las modificaciones en el frente de las casas no ocurren al azar, sino que responden a decisiones relacionadas con las formas de habitar: el grado de apertura hacia la calle, la manera en que

se desea presentar la vivienda ante los otros o el nivel de participación en la vida del vecindario. En este sentido, la fachada forma parte de ese proceso de aproximación —o de regulación— entre la vivienda y su entorno.

La investigación parte desde esta perspectiva y se plantea analizar la fachada, no sólo en su condición de elemento arquitectónico, sino como un espacio de transición que participa activamente en el desarrollo del habitar tanto de la casa como de la ciudad. Por medio del análisis de las modificaciones realizadas por los propios habitantes en la Colonia del Maestro, se pretende comprender cómo las acciones cotidianas que ocurren en el umbral —estar, mirar, decorar, conversar y vender— dan forma a maneras concretas de conexión entre el ámbito íntimo y el espacio compartido.

El estudio se desarrolla desde una investigación cualitativa, con un enfoque etnográfico, lo que hace posible aproximarse a los distintos modos de habitar de las personas, y a su vez, observar directamente el entorno en el que viven. Por medio de entrevistas, registro visual y análisis de patrones espaciales, la investigación busca comprender las relaciones que ocurren en la parte frontal de las viviendas —la fachada— como un espacio intermedio habitado.

De esta manera, la tesis se estructura en seis capítulos: el capítulo uno presenta los elementos base de la investigación. En él se desarrolla el planteamiento del problema, la pregunta de investigación y los objetivos que orientan el estudio, en el segundo capítulo se explica los ejes conceptuales y teóricos que sirven de base al estudio, abordando temas relacionas con el habitar, espacio intermedio, apropiación y la Producción Social del Hábitat.

El tercer capítulo desarrolla la metodología de investigación y describe las técnicas empleadas en el trabajo de campo. El cuarto capítulo expone los resultados del análisis, organizados a partir de patrones y configuraciones del umbral identificados en el caso de estudio. El quinto capítulo corresponde a la discusión, donde los hallazgos se interpretan a la luz del marco teórico y de los objetivos planteados. Finalmente, el sexto capítulo presenta las conclusiones, en las que se sintetizan los aportes de la investigación y se reflexiona sobre el papel de la fachada como espacio de transición en la construcción cotidiana de una ciudad más humana.

1.1. Planteamiento del problema

Durante las últimas décadas, las ciudades latinoamericanas han visto un desarrollo urbano acelerado; ese incremento se ha producido, con frecuencia, sin una planeación definida del espacio urbano. Estos cambios —impulsados sobre todo por interés del mercado— han ido haciendo más débil la conexión entre la vivienda, el barrio y la ciudad en la que se inserta. Así, la vivienda se ha concebido únicamente como un sitio para la vida privada, y ha pasado a reproducirse como unidades diseñadas de manera homogénea, sin tener en cuenta las actividades diarias de sus habitantes ni la vinculación que crean con su entorno próximo (Pastor, 2010).

Tal como Maak (2014) señala, la industrialización de las viviendas, junto con la idea de la "casa propia" como inversión económica, ha convertido la vivienda en un propósito de estatus. En las urbanizaciones de viviendas seriadas o "llave en mano", esta forma de construcción lleva a un diseño de espacios monótonos sin responder a requerimientos particulares, eliminando los espacios intermedios y por tanto a la simplificación del límite entre la casa y la calle. Como consecuencia, se hacen más débiles las transiciones graduales entre espacios que antes permitían a las personas mostrar su día a día, relacionarse con los vecinos y crear lazos de cercanía (Gil López, 2007).

De esta manera, el límite que suele marcar el final de la casa y el comienzo de la calle —el lugar donde ambos ámbitos se juntan— ha dejado de lado su papel de conector estos dos lugares. En consecuencia, espacios como los porches, antejardines, galerías o zonas de estancia, se han ido sustituyendo por paredes cerradas y sistemas de protección, lo que permite que la diferencia entre lo personal y lo público sea más notoria (Gehl, 2014). En ese sentido, Esparza Díaz de León (2021) afirma que este cambio en la organización de los espacios provoca que la fachada de la vivienda deje de ser una especie de filtro —sobre lo que se deja ver y en cómo permite la interacción con las personas—, y ha permitido que se debilite la vinculación entre la casa y la calle.

Así, la fachada de los edificios es, en realidad, fundamental para determinar la identidad de una ciudad, no sólo por su utilidad constructiva y protectora del interior, sino porque relaciona la vida en los hogares con el ámbito público. Ávila y Suárez (2020)

diferencian entre una “ciudad-objeto”, con fachadas prácticas, aunque carentes de carácter, y una “ciudad-sujeto”, en la que las fachadas de los edificios consideran su alrededor y dejan que los habitantes se sientan parte de la ciudad. Esta diferencia muestra que, cuando los muros delanteros de los edificios dejan de servir de enlace, la calidad de las relaciones y el valor del entorno urbano se reducen. Cuando la casa se ve solamente como una inversión, la vida se vuelve indiferente y las personas tienen menos afecto y aprecio por su entorno (Devet, 1995).

Canales (2024), identifica en la casa moderna una serie de supuestos ─como la separación entre el trabajo y el tiempo libre, la idea de que cada vivienda está destinada a un modelo ideal de familia y la concepción de la casa como un refugio seguro─ que han facilitado a reforzar el confinamiento en el hogar y la división de la sociedad. De esta manera, la vivienda se establece como un lugar de seguridad personal, en el que intentar conseguir bienestar y comodidad tiende a volver a crear la diferencia entre lo propio y lo común.

Alexander (2009) advierte que los edificios que están aislados unos de otros hacen más difícil la creación de lazos de cercanía y apoyo los unos a los otros. Por su parte Falagán, Montaner y Muxí (2011) apuntan que la mayor parte del área construida de las ciudades está ocupada por edificaciones residenciales. Por lo tanto, la calidad de una ciudad está muy ligada a cómo se vincula la vivienda con su entorno. Si hay entradas, galerías o jardines delanteros, hay más ocasiones para que las personas interactúen a diario y conseguir una vida en la ciudad basada en las relaciones entre las personales.

Sin embargo, esta intención de acercar la casa hacia afuera está siendo ignorada por tendencias recientes que impulsan un repliegue hacia el interior. Por un lado, el cada vez más común empleo de las tecnologías digitales ha llevado a que se traslade parte de las interacciones sociales a los entornos virtuales, superponiendo el espacio virtual al espacio físico cotidiano y cambiando la manera en que los individuos se relacionan entre sí (Lozano de Poo, 2023). Y, por el otro, las condiciones de inseguridad y la desigualdad de oportunidades han llevado a que se diseñen las construcciones con un enfoque en el control y la seguridad como manera de hacer frente a los miedos (Méndez, 2004), cambiando la manera en que los individuos hacen frente a los encuentros con la vía pública.

Frente a estas tendencias amplias zonas de las ciudades latinoamericanas se han transformado a partir de procesos autogestivos. La Producción Social del Hábitat —según la interpretación de Ortiz (2010) y Cuervo (2010) — plantea que la ciudad también se construye desde la vida cotidiana, mediante procesos constructivos graduales que se adaptan a las condiciones y particularidades de cada lugar. En estos contextos, quienes habitan las viviendas no solo las usan, sino que las modifican, las replantean y les van dando un sentido acorde con sus necesidades, sus valores y las distintas etapas que atraviesan a lo largo de la vida.

Estas acciones se hacen muy visibles en las fachadas y en los umbrales de las viviendas. Cambios en las rejas, pequeñas ampliaciones, la presencia de plantas, el uso del color, la colocación de objetos simbólicos o incluso la incorporación de actividades económicas, van transformando el frente de la casa en un lugar donde se busca responder a necesidades propias. Así, la entrada deja de ser solo un límite y se vuelve un espacio que se usa; ahí se juntan lo útil de la vida diaria con los significados que cada uno le da a su casa. Como señala Muxí (2004), estas formas de apropiarse del espacio son también maneras de construir vínculos afectivos y de dar un toque personal a sitios que, en su origen, eran prácticamente iguales.

A pesar del reconocimiento de la PSH y de la relevancia de los espacios intermedios, la literatura especializada ha abordado la fachada principalmente desde enfoques tipológicos, normativos o estéticos. Son limitados los estudios que analizan la fachada como una interfaz operativa donde se articulan prácticas cotidianas, procesos de apropiación, construcción de identidad y configuración del paisaje urbano, particularmente en contextos de vivienda popular (Gil López, 2007; Esparza Díaz de León, 2021). Este vacío dificulta la comprensión del papel que desempeñan las transformaciones autogestivas del umbral en la producción de urbanidad y del sentido de comunidad.

Por lo que, esta investigación propone mirar la fachada de los edificios como un lugar de paso activo. Es ahí donde, todos los días, las personas van decidiendo en qué medida la seguridad de su vivienda se junta con la vida vecinal, lo que es personal con lo que pertenece a todos, y donde se refleja la propia identidad de cada uno de los habitantes con el carácter

del barrio. Comprender estos cambios permite observar cómo, en las fachadas de las viviendas, los habitantes crean pequeños lugares, con propósitos y significados concretos, que contribuyen a que la ciudad sea más agradable y humana.

La Colonia del Maestro, situada en el municipio de Guadalupe, Nuevo León, es un caso pertinente para este estudio. Si bien empezó como un pequeño proyecto de viviendas para maestros, con el tiempo fue creciendo y transformándose a partir de las modificaciones que los propietarios han realizado tanto en el interior como en el exterior de las viviendas. Estas transformaciones evidencian cómo de manera gradual, los residentes se han ido apropiándose del lugar, y cómo es la relación entre las casas y la vía pública. Estudiar estas intervenciones permitirá comprender de qué modo, en el día a día, el acceso a la casa se convierte en un espacio esencial en el que se experimenta, se negocia y se construye la ciudad desde la experiencia doméstica.

1.1.1. Pregunta General

¿Cómo la fachada, entendida como espacio de transición, media la relación entre el habitar doméstico y el paisaje urbano, favoreciendo una experiencia más integrada y humana del espacio público y privado?

1.1.2. Preguntas Específicas

1. ¿Qué elementos arquitectónicos, estéticos y funcionales de la fachada contribuyen a su función como espacio de transición entre la vida privada y el entorno urbano?

2. ¿Cómo las intervenciones de los habitantes en la fachada negocian las fronteras espaciales y simbólicas entre seguridad, privacidad y sociabilidad en el barrio?

3. ¿De qué manera la apropiación de la fachada se manifiesta como un proceso identitario y de resistencia que reintroduce la singularidad en el paisaje urbano estandarizado?

1.1.3. Objetivo General

Analizar el rol de la fachada como espacio de transición entre el ámbito privado y el público para comprender cómo contribuye al modo de habitar, a la apropiación del espacio y a la integración y humanización del paisaje urbano.

1.1.4. Objetivos Específicos

1. Identificar y categorizar los elementos arquitectónicos, estéticos y funcionales de la fachada que potencian su papel como espacio de transición entre lo privado y lo público.

2. Analizar los mecanismos mediante los cuales las apropiaciones en el umbral redefinen las relaciones entre seguridad, privacidad y sociabilidad en el contexto barrial.

3. Interpretar la relación entre el habitante, la vivienda y el paisaje urbano a través de las transformaciones y apropiaciones de la fachada como manifestación de identidad colectiva e individual.

1.1.5. Justificación del estudio

Esta investigación se justifica en tres dimensiones complementarias —teórica, social y metodológica— que responden a un vacío relevante en el estudio de la vivienda popular y del paisaje urbano en contextos latinoamericanos, particularmente en lo relativo al papel de la fachada como espacio de transición entre lo privado y lo público.

Desde el punto de vista teórico, el estudio permite comprender mejor el rol del umbral, como un espacio donde se relacionan las actividades cotidianas, la identidad, la memoria y cómo las personas negocian el uso del espacio. Al poner en el centro del análisis la fachada como una parte que participa en la Producción Social del Hábitat, la investigación desarrolla una actitud crítica con las ideas que dan mayor importancia a las construcciones que privilegian la estandarización y la introspección de las viviendas.

El estudio reúne información obtenida directamente de los habitantes, lo que permite analizar estos espacios desde diferentes ángulos —cómo los experimentan, cómo los usan y qué importancia tienen para el entorno cercano—, y de esta manera enriquecer el debate acerca de los modos de habitar de barrios populares que casi nunca se registran.

En términos de importancia social y urbana, la investigación resulta relevante, ya que se centra en analizar las formas de organización propias de los habitantes que inciden directamente en la configuración y dinámica del entorno barrial. Dado que se reconoce que

las viviendas ocupan la mayor parte de la superficie urbana, el estudio resalta que los cambios diarios que se realicen en las viviendas no sólo impactan en el espacio público, sino que además ayudan a formar la identidad de la ciudad y a crear vínculos entre los vecinos. Estudiar estas formas de habitar ayuda a mostrar otras maneras de construir barrio, distintas a aquellas donde predomina el aislamiento o la desconfianza, y a demostrar cómo hacer más activo el espacio entre edificios puede mejorar la unión social, el apego al lugar y la vida en comunidad.

En cuanto a la metodología de la investigación, el estudio usa la etnografía —que es un método de trabajo que incluye trabajo de campo, entrevistas, analizar datos de forma cualitativa y usar recursos gráficos— para investigar cómo se conecta el habitar de la casa y su relación con la calle. A partir de ello, fue posible observar cómo se apropian de los accesos de las casas, en qué se distinguen las casas unas de otras, y cómo se modifican dependiendo de las necesidades y circunstancias de cada familia. El análisis de estas formas de uso del espacio también permite identificar orientaciones que pueden resultar útiles para arquitectos y planificadores urbanos interesados en proyectar edificaciones más acordes con la vida cotidiana de sus habitantes.

Por lo tanto, la investigación resulta valiosa tanto en el plano teórico como en el práctico. Desde lo teórico, propone una manera distinta de comprender la fachada como un umbral habitado entre lo público y lo privado, un lugar donde se entrelazan la sociabilidad y la intimidad en la vida cotidiana. En lo práctico, ofrece orientaciones que pueden ser útiles para el diseño y la gestión de los espacios habitados. Así, la investigación ayuda a destacar y revalorar lo importante que es la fachada como parte fundamental para construir ciudades más humanas, si se considera su función en la producción que pueden ser útiles para el diseño y la gestión de los espacios habitados.

1.2. Supuesto de Investigación

Se asume que las transformaciones autogestivas de las fachadas, entendidas como umbrales activos, constituyen intervenciones cotidianas mediante los cuales los habitantes construyen identidad y reconfiguran la relación entre la vivienda y el paisaje urbano. Estas intervenciones cotidianas generan micro territorios de uso y significado que desbordan la

lógica estandarizada de la vivienda formal y revelan la dimensión socioespacial del habitar en contextos de Producción Social del Hábitat.

1.3. Delimitaciones

Esta investigación se enfoca en el estudio de la fachada de la casa, como espacio de transición entre el espacio privado y el espacio público; entendida como el límite de la casa en el que se desarrollan actividades cotidianas de uso, apropiación y significación, relacionados con el habitar y con el entorno inmediato.

El análisis se ubica en la Colonia del Maestro, en el municipio de Guadalupe, Nuevo León, dentro del Área Metropolitana de Monterrey. Se seleccionó este caso por los cambios que los pobladores han realizado de manera progresiva, lo que permite analizar las formas en que se han apropian del umbral de sus casas. La investigación no tiene como objetivo repasar la historia del lugar, ni tampoco, hacer un estudio detallado de cómo ha cambiado con el tiempo. Para este trabajo lo importante es entender lo que ocurre en el presente, en lo que pasa cada día, y no tanto lo que fue antes.

El estudio se desarrolla desde un enfoque cualitativo. Por lo que, no se usan cálculos numéricos, ni se hacen evaluaciones técnicas de las construcciones —como el cumplimiento de normativas o el análisis formal de los proyectos—. Asimismo, el trabajo se centra en las viviendas, los habitantes y el barrio; por lo tanto, no aborda directamente las políticas gubernamentales en materia de vivienda, la actividad de las compañías constructoras de la ciudad; aunque, naturalmente, todo eso influye en las dinámicas recomendadas, su exclusión responde a la necesidad de acotar la investigación a la microescala del habitar cotidiano, dejando estos temas como posibles líneas para estudios posteriores.

1.4. Limitantes

La investigación enfrenta como primer límite la escasez de estudios que aborden de manera específica la fachada y el umbral doméstico como espacios de transición desde una perspectiva cualitativa y situada, particularmente en contextos de vivienda popular y Producción Social del Hábitat. Si bien existe literatura sobre vivienda, espacio público o apropiación espacial, estos enfoques suelen tratar la fachada de forma tangencial o desde

criterios normativos, tipológicos o estéticos, lo que implicó un proceso cuidadoso de selección y articulación teórica.

Asimismo, la información teórica disponible sobre habitar, apropiación y paisaje urbano se encuentra dispersa en distintos campos disciplinares —arquitectura, sociología, antropología urbana y estudios culturales—, lo que supuso un reto metodológico al integrar conceptos provenientes de corrientes teóricas diversas sin perder coherencia analítica. El tiempo disponible para el trabajo de campo constituye otra limitante relevante, dado que las prácticas de apropiación del umbral son dinámicas y variables.

CAPÍTULO II. EL HABITAR, LA FACHADA Y EL PAISAJE URBANO

Este capítulo expone los fundamentos teóricos de la investigación, que parte de la experiencia de habitar un espacio; continua con la fachada como espacio de transición y expresión del habitar; y, por último, el paisaje urbano, que se concibe como la manifestación colectiva que resulta de la agrupación de fachadas en su función de vínculo entre la casa y la ciudad. Estos conceptos posibilitan comprender de qué manera los quehaceres cotidianos, las costumbres del hogar y los cambios materiales en los límites del edificio producen una relación dinámica entre la persona, la vivienda y la ciudad, sobre todo en contextos populares y de producción social del hábitat (PSH).

Inicialmente, el concepto de *habitar* se estudia a partir de sus bases en la fenomenología; esto hace posible entender la conexión entre las personas y el lugar en que se relacionan, así como la tensión entre los espacios interiores y los exteriores. Esta tensión permite entender los umbrales ―espacios de transición― como espacios que sirvan para vincular los dos ámbitos. En ese sentido, la cotidianidad se presenta como un concepto esencial en el habitar, ya que es por medio de las actividades que se realizan cada día que el lugar se vuelve importante.

El segundo eje teórico, *la fachada como espacio de transición*, constituye el núcleo conceptual de la tesis. En él se profundiza en la fachada como un umbral activo y dinámico donde convergen los procesos de apropiación, comunicación y mediación entre la vivienda y el entorno urbano. La fachada se entiende, así como el escenario visible de las relaciones entre cuerpo, arquitectura y ciudad, así como un dispositivo que regula gradualmente la relación entre lo privado y lo público.

Finalmente, el apartado dedicado al *paisaje urbano* amplía la mirada hacia la escala barrial, concibiéndolo como una construcción social y perceptual que emerge de la suma de múltiples formas de habitar. El paisaje urbano se comprende como la expresión colectiva de los vínculos afectivos, simbólicos y materiales que los habitantes establecen con su entorno, y como resultado de los procesos cotidianos de la Producción Social del Hábitat.

De este modo, el capítulo propone un marco de concetos que articula las dimensiones filosóficas, sociales y espaciales del habitar, sentando las bases para comprender la fachada

como espacio de transición y como expresión sensible y materializada de las prácticas cotidianas que configuran el paisaje urbano.

2.1. El habitar: fundamentos filosóficos y la tensión entre interior y exterior

2.1.1. Fundamentos fenomenológicos del habitar

El concepto de habitar constituye uno de los pilares más importantes del pensamiento arquitectónico, filosófico y urbano. Desde donde surgieron diversas críticas que devolvieron al concepto de habitar un carácter humano, temporal y simbólico. Heidegger concibe el habitar como la forma esencial en que el ser humano existe sobre la tierra, como un acto de cuidar, resguardar y otorgar sentido a los lugares. En *Construir, habitar, pensar*, afirma que construir no es una acción previa al habitar, sino su expresión misma: *construir es ya habitar* (Heidegger, 1994). Así, el espacio habitado se revela como una extensión de la propia existencia, donde morar y construir forman un proceso inseparable.

Galmés Cerezo (2017) vuelve a darle otra vuelta a la idea del habitar, pero lo hace desde algo muy sencillo: preguntándose por el lugar, por cómo está hecha la casa y, sobre todo, por quién la vive. A partir de ahí empieza a cuestionar varias cosas que la arquitectura moderna había dado por sentadas. En vez de mirar la vivienda sólo como un espacio que sirve para cumplir funciones, propone entenderla como algo que también se siente, se percibe y se vive de muchas maneras, no sólo desde lo práctico.

Además, Galmés deja de pensar en esa persona “tipo” que muchas veces aparece en los discursos arquitectónicos y empieza a mirar a la persona real: alguien que tiene historia, que ha pasado por etapas, que guarda recuerdos y que se relaciona con su casa de manera distinta según el momento de su vida. Por eso plantea que quizá la palabra “morar” dice mejor lo que pasa entre la gente y su casa. Porque morar no es sólo habitar un espacio: es quedarse, hacer memoria, compartir la vida ahí. Es sentir que ese lugar forma parte de uno, y no sólo que uno lo ocupa.

De acuerdo con esta idea más amplia del habitar como algo que se vive con el tiempo y con los sentidos, Casanova Berna (2013) examina su significado, en el sentido existencial y espacial, indicando que habitar un lugar surge de una unión lógica de instalarse, encontrarse

y dar vida a un lugar. Esto produce arraigo, es decir, la presencia diaria del cuerpo en un sitio determinado y su inclusión en acciones sociales que le dan sentido. Desde su origen etimológica *habitāre* —que viene de *habēre*—, habitar se entiende como una práctica que es parte de uno, relacionado con los hábitos que va más allá de la casa y su uso material para llegar a los espacios abiertos o los caminos que la persona vuelve propia por costumbre y vivencia.

Desde este punto de vista, vivir en un sitio está conectado con lo que el cuerpo siente al moverse y con las actividades que se realizan cotidianamente, son las que dan forma a la vida diaria en el espacio, cambiando un ambiente que no significa nada en particular a una colección de sitios con recuerdos, con la sensación de pertenencia, y con significado. De esta forma, vivir en un sitio no es sólo estar allí, sino que significa crear un lugar a través de la presencia, el recorrido y la apropiación.

Esta forma de entender el habitar se relaciona con lo que plantea Bachelard (2000), quien habla de la vida dentro de la casa desde una mirada más sensible, centrada en lo que cada persona siente y recuerda. En su libro *La poética del espacio*, explica que la casa es como un pequeño mundo donde se mezclan los recuerdos y la imaginación. Por eso, los espacios interiores —los rincones, las escaleras, los pasillos o las buhardillas— tienen un valor especial, no sólo por lo que son físicamente, sino por lo que hacen sentir, porque ayudan a recordar momentos vividos y a reconocer formas muy propias de estar en el lugar. La casa deja de verse sólo como un lugar físico y pasa a entenderse como un apoyo íntimo donde se enlazan la persona, el tiempo, el espacio y todo lo que ha vivido allí.

Pallasmaa (2016) habla del habitar poniendo atención en el cuerpo y en los sentidos. Él señala que la arquitectura debería sentirse, no sólo verse, porque forma parte de cómo las personas perciben el mundo. Por eso critica que la arquitectura moderna se haya centrado casi únicamente en la vista, dejando de lado otras sensaciones y haciendo que los espacios se vuelvan más fríos y distantes. Frente a eso, propone volver a una arquitectura que se experimente con todo el cuerpo: que se sienta en la piel, en los sonidos, en los olores y en las atmósferas que genera. Desde esta mirada, habitar no es sólo estar en un lugar, sino apropiarse

de él a través de los sentidos, donde el cuerpo es el que conecta a la persona con el espacio que vive.

Para Lefebvre (2013) el habitar se construye a través de la vida diaria. Las personas no sólo usan los espacios como fueron diseñados, sino que los van cambiando en función de sus necesidades cotidianas, dándoles su propio sentido. En esa misma línea, Doberti (2014) y Saldarriaga (2002) explican que habitar es una forma de estar en el mundo, donde cada persona o comunidad deja su huella según su cultura su manera de vivir. Por lo que, habitar no se queda sólo dentro de la casa, sino que incluye también lo que la rodea: los caminos, los objetos, el barrio y el paisaje, mostrando que la vida doméstica y la ciudad están conectadas.

Desde estas perspectivas, el concepto de habitar no puede entenderse como algo fijo ni como el simple hecho de ocupar un espacio. Más bien, es un proceso que se va construyendo poco a poco en la relación entre el cuerpo, el lugar y la vida diaria. A través de las prácticas de las personas —sus recorridos habituales, sus gestos repetidos, las pequeñas modificaciones que realizan— se puede entender cómo se vinculan con su entorno, cómo lo adaptan y cómo le dan sentido. De esta manera, el espacio deja de ser sólo un contenedor neutral y pasa a convertirse en un lugar vivido, lleno de recuerdos, afectos y relaciones con los demás.

Entender el habitar, permite reconocer que la vida de la casa no se queda sólo adentro, sino que también se extiende hacia sus bordes y hacia la calle. Habitar, entonces, tiene que ver con esa relación que se va construyendo entre la persona, su vivienda y el barrio. Mirar estos espacios de transición permite entender cómo las personas desde lo cotidiano, decide cuándo abrirse, cuándo resguardarse y cómo ir transformando su entorno. A través de acciones simples, se va creando identidad y sentido de pertenencia en la ciudad.

2.1.2. El habitar cotidiano y la relación público-privado

El habitar cotidiano es la parte más visible y cercana de la experiencia del espacio, porque es a través de lo que se hace todos los días —los gestos que se repiten, las rutinas, los encuentros con otros— donde el lugar empieza a tener sentido. Lefebvre (2013) señala que la vida cotidiana es el espacio donde la sociedad se mantiene, pero también donde cambia,

ya que es ahí donde se notan las diferencias entre lo que está establecido y lo que las personas reinventan en su día a día.

Vivir en el día a día supone ir continuamente de lo íntimo a lo social. La distinción entre la vivienda y la vía pública no es un trazo definido, sino una zona que se aprovecha a diario (Valera, 1999). En ese lugar se ven reflejadas muchas maneras de vivir, ya que es donde se aprecia cómo las personas adecuan su espacio, lo convierte en propio y le otorga un significado particular. En la casa popular latinoamericana esto se manifiesta aún con mayor nitidez, lo que tiene lugar dentro del hogar, con frecuencia, se desborda hacia la calle. De esta forma, el ámbito doméstico y el exterior no están totalmente diferenciados, sino que se vinculan (Velarde Herz, 2017).

La cotidianidad, entendida como el ámbito donde se reitera y resignifica la vida, constituye también un espacio de resistencia y apropiación. De Certeau (2000) describe cómo las artes de hacer —caminar, observar, conversar— se convierten en tácticas con las que los sujetos reescriben los espacios de control urbano, otorgándoles significados propios.

Giglia (2012) plantea el concepto de habitus socioespacial para explicar que el espacio no únicamente es hecho por las personas, sino que también influye en ellas, en su manera de moverse, en cómo se relacionan con otros y en la forma en que se apropian de su lugar diariamente. Es decir, la manera en que las personas organizan el lugar donde viven, también es la forma en que el ambiente mismo crea sus hábitos y sus maneras de convivencia. Esta idea es parecida a la visión fenomenológica, ya que propone que vivir no sólo se siente, sino que se construye según lo que el espacio permite o impide.

De acuerdo con esto, Urrego (2014) señala que habitar posee una característica cultural compartida, dado que varias acciones que empiezan siendo individuales acaban siendo de todos, y posibilitan experiencias comunes. Así, poco a poco se genera una memoria colectiva que se hace visible en la manera en que el barrio se apropia, se recorre y se percibe, y que demuestra que el espacio no es simplemente un escenario material, sino un lugar lleno de historias, conexiones y modos de vida.

Vivir en un lugar, es una situación compleja para dar sentido a las situaciones que van surgiendo. Tal orden se hace evidente en el contraste entre los espacios con un uso especifico

y las áreas de relación; los umbrales —las ventanas, las terrazas, los accesos—; que son principalmente relevantes, ya que conectan diferentes ámbitos y sirven como lugares de permanencia y no únicamente para cruzar (Casanova Berna, 2013).

En estos sitios de paso, las personas cambian su conducta: se va de lo público a lo personal, o de la calma de la casa a la vida social con otras personas. Donde los elementos delimitantes —los muros— dan forma a las situaciones de permanencia, mientras que los huecos —las puertas y las ventanas— señalan los momentos de intercambio, es decir, los movimientos de energía, de personas y de información. Esta visión enfatiza la potencia del umbral como un espacio intermedio, donde se observan los cambios y las maneras en que la rutina se abre al contacto con otros.

Así que, habitar no debería considerarse algo que ocurre sólo en espacios cerrados, sino, más bien, como un desarrollo que se produce en diferentes escalas: desde el interior de una habitación, hasta la complejidad de espacios de una ciudad. Esparza y Andrade (2022) proponen una escala de habitar que atraviesa lugares interconectados como la casa, la fachada, el barrio y la ciudad; creando una conexión de vivencias que permiten ver cómo la vida personal se mezcla con la vida de todos. Desde este punto de vista, la fachada de un edificio es un punto muy importante en esta serie de escalas, ya que es un punto entre la vida privada y el lugar público, y donde se puede ver y compartir la experiencia.

Finalmente, Esparza y Andrade (2022) apuntan a que la habitabilidad sólo se entiende del todo cuando se toman en cuenta las nociones, las historias y las costumbres de quienes viven en los sitios; pues son ellos los que dan sentido a los lugares y hacen más completa la experiencia de la arquitectura. En su opinión, entender el habitar necesita prestar atención a cómo los moradores interpretan y emplean sus espacios en el día a día.

Enfoque conceptual

Tomando como punto de partida la unión de las ideas de Heidegger, Bachelard, Lefebvre, Casanova Berna, Galmés Cerezo y Pallasmaa, el presente trabajo entiende el habitar como un proceso activo que mezcla la experiencia del cuerpo, los recuerdos y las acciones diarias. Visto así, el habitar no es simplemente vivir en una casa o darle una utilidad a ella, sino más bien son un conjunto de prácticas ubicadas en un sitio concreto a través de la

cual las personas crean sentido, hacen lazos de cariño y dan sentido a su entorno con el paso del tiempo.

Así, la vivienda se estudia cual serie de actos —experimentar, observar, recordar, resguardar, alterar o mejorar—, que demuestran la unión adaptable entre el cuerpo, el sitio y el desarrollo de la rutina. Estos actos posibilitan ver cómo el espacio se transforma en un lugar con sentido, con recuerdos y afecto, y en qué forma las costumbres diarias graban la vivencia, tanto personal como de grupo, en el ambiente.

Con esta perspectiva, vivir en un lugar va más allá de lo que es sólo personal, y se extiende a la manera de relacionarse con el entorno más cercano. Las actividades no sólo ordenan la vida de casa, sino también ayudan a crear lazos con otras personas. Habitar un lugar tiene que ver con la cultura y con lo que significa estar vivo. Como lo expresan Giglia (2012), Casanova Berna (2013) y Galmés Cerezo (2017), el habitar no se limita a lo material ni a lo meramente funcional; se trata de un proceso continuo que se manifiesta tanto en los espacios interiores como en las zonas de transición, donde las personas definen su relación con el entorno.

2.1.3 La cotidianidad como dimensión simbólica del habitar

Comprender el entorno cotidiano, significa darse cuenta de que el día a día se compone de una serie de acciones que se repiten constantemente, a través de las cuales las personas crean vínculos con el lugar donde habitan, integrando aspectos personales y colectivos. Esta articulación entre espacio y tiempo se manifiesta en lugares y momentos concretos que, cuando se dan con frecuencia, se convierten en las formas habituales de habitar que forman conexiones afectivas y valiosas para la comunidad (Lindón, 1999; 2000).

La vida cotidiana ha sido entendida como la articulación de tiempos y espacios que da continuidad a las dinámicas sociales. Reguillo (2000) y De Certeau (2000) señalan que las prácticas cotidianas constituyen un campo activo de producción de sentido, donde los habitantes reinterpretan los espacios que ocupan. En particular, De Certeau distingue entre las estrategias asociadas a la organización institucional del espacio y las tácticas cotidianas mediante las cuales los sujetos resignifican esos lugares a partir de usos temporales, creativos y situados.

El día a día une aspectos físicos y simbólicos, conectando objetos, acciones y lugares con los valores culturales que les dan sentido (Erazo, 2016). Si se ve así, las acciones que parecen sin importancia, al suceder una y otra vez, hacen que la vida diaria tenga lógica y continuidad (Zhang et al., 2024). Además, Urrego (2014) piensa en la cotidianidad como una serie de conexiones e ideas que todos comparten, el día a día no es sólo rutina; se puede entender como un modo de relacionarse en el que las personas toman parte activamente en cómo se organiza el lugar donde viven.

Teniendo en cuenta estas perspectivas, la cotidianidad es vista como una herramienta de análisis para comprender la forma en que las personas viven, con toda la complejidad social y simbólica que esto implica, y también cómo se relacionan con los sitios donde se encuentran. El estudio de las actividades, de los desplazamientos diarios y de las formas de utilizar el entorno, hace posible ver cómo quienes ocupan un lugar producen sentido, establecen vínculos y organizan su existencia en función de lo que está hecho a su alrededor. Así, la vida cotidiana no se entiende sólo como una práctica habitual, sino como un campo activo e importante en el que se revelan procesos de apropiación, consenso y construcción colectiva del espacio.

Esta perspectiva impulsa a examinar las actividades cotidianas y los acontecimientos que ocurren a menudo, ya que estos se entienden como ilustraciones directas de la existencia de las personas. Al observar detenidamente estas prácticas, se puede descubrir los modos en que los individuos alteran, adaptan y reinterpretan los espacios que habitan; de esta forma, el día a día se percibe, y se vincula, con el entorno urbano.

2.1.4 La casa y la calle como esferas interdependientes

En el estudio del entorno urbano, la teoría más tradicional plantea una diferencia clave que ordena tanto la vida en sociedad como el aspecto de la ciudad: la separación del espacio público y el espacio privado. El espacio público se entiende, normalmente, como aquel que depende de la autoridad municipal que se caracteriza por su accesibilidad y uso común —las calles, los ateneos, los jardines—; el otro, en cambio, está sujeto a la potestad de los ciudadanos, dentro de los límites del espacio doméstico (Ladero Quesada, 1998).

Esta separación no solo expresa una distancia física entre ámbitos, sino también una distinción de carácter simbólico, pues representa diferentes formas de interacción y de control social. Valera (1999), señala que esta diferencia —entre lo que es de todos, lo que es propio y lo que es de los demás— se materializa en los lugares que se van ocupando y apropiando, ya que la forma en que están construidos y cómo se debe actuar en ellos sirven para organizar la vida en sociedad.

Adicionalmente, este autor enfatiza que el espacio puede proporcionar un sentido de privacidad mediante dos factores clave: el acceso visual —la posibilidad de ver hacia el exterior— y la exposición visual —la posibilidad de ser visto por otros—, donde el hogar simboliza la esencia del espacio privado, ya que es posible controlar la interacción social mediante elementos como la puerta, el recibidor y otros filtros que regulan el acceso. En cambio, los espacios públicos, como las calles, están abiertos a interacciones espontáneas y no controladas.

Coppola Pignatelli (2004) afirma que dos ámbitos, aunque contrarios, se relacionan en la existencia de la ciudad. El ámbito público favorece la formalidad, el desconocimiento y el intercambio cultural, en tanto el ámbito privado permite que se manifiesten las acciones y sentimientos propios, que son vitales para que se desarrolle la identidad de cada persona. Un desequilibrio entre los dos produce conflictos en la ciudad: el aislamiento excesivo al interior de la casa crea una vida privada que no avanza, mientras que la falta de espacios propios debilita la expresión personal. De esta forma, el día a día en la casa y el día a día en la ciudad se sostienen mutuamente en una interacción sin fin.

El lugar íntimo, el hogar, el refugio, se entiende como el espacio interior, y el exterior, por el contrario, es símbolo de apertura, de ir y venir, y de la vida en sociedad. Estos dos lugares siempre están comunicándose, y la diferencia entre ellos da forma a las distintas maneras de vivir (Soto Villagrán, 2009). Montaner, Muxí y Falagán (2011), admiten que el espacio público sirve para unir actividades que añaden algo a la vida en casa, en tanto que el espacio privado se caracteriza por mantener y cuidar la intimidad. Así, se puede entender el habitar como una forma de estar en el mundo que cambia y se relaciona, donde los límites entre lo personal y lo colectivo están siempre cambiando.

No obstante, esta idea que se tiene comúnmente, de que existe un espacio personal y controlado —la casa— y un sitio público y sin carácter propio —la calle—, no basta, o quizás es incluso incorrecta, en relación con la Producción Social del Hábitat (PSH) y la autogestión. Si bien el planeamiento urbano y la arquitectura dividen estos espacios, las necesidades prácticas y económicas de las personas fuerzan una redefinición continua de esas fronteras.

En los barrios populares, Bazán y Motta (2022) indican que los espacios se conciben en esos lugares siguiendo una lógica de "interior-exterior", y no de "público-privado". Lo que pertenece a cada persona no lo determinan las normas o las autoridades de la zona, sino el cariño y el modo en que los vecinos atienden y se involucran en todo lo que pasa a su alrededor; de tal forma que la privacidad no se limita a la casa, sino que se proyecta hacia el frente, hasta que la persona puede ver, usar o apropiarse del lugar.

A partir de las ideas revisadas, si bien la casa y la calle son lugares diferentes, tienen que ver uno con el otro, para formar la experiencia completa del habitar. Cada uno de ellos tiene formas distintas de usarse, de controlarse, y de entenderse, pero en el día a día se influyen, y hacen que haya una conexión entre el interior y el exterior. Esta relación permite pensar el habitar como algo que va cambiando, ya que lo que se hace en casa y lo que se hace en la ciudad están unidos por fronteras que se mueven y que se aceptan, y que sirven para estudiar cómo los espacios de transición conectan lo que es de cada uno y lo que es de todos.

A. El Interior (La Casa): morada, memoria y proceso

A partir de la crítica que se hizo al funcionalismo moderno, el pensamiento arquitectónico de hoy en día ha pasado a dar importancia, no a la eficacia técnica, sino a entender qué significa, en lo que a la experiencia se refiere, el espacio de la casa. Este cambio en la teoría significó dejar la idea de la vivienda como una "máquina de habitar" (Le Corbusier, 1998), para verla como un lugar sensible y simbólico, en el que se hacen realidad las vivencias, los sentimientos y los recuerdos de las personas que viven en ella.

La casa ya no se piensa como algo completamente terminado, sino como algo que está siempre relacionado con lo que le rodea, y que cambia con el uso que se le da, el paso del tiempo y las cosas que se hacen cada día. De esta manera, el habitar se convierte en una

acción que no termina nunca, que va creando los distintos espacios, y en la que los usos, las atmósferas y las acciones de la casa dan un sentido y una forma a la arquitectura.

En este sentido, Bernard Rudofsky concibe la vivienda como un “instrumento para vivir”, una idea que se aleja de entenderla como un objeto funcional o mecánico. Con el paso del tiempo, su verdadero significado crece debido al uso y las prácticas de quienes la habitan, que son las que finalmente le otorgan sentido (citado por Campos Uribe y Lacomba Montes, 2019). De manera similar, escritores como Bollnow (1966) indican que la casa es un espacio personal que se separa de la comunidad para vivir con los suyos. Esta noción de la casa como un sitio privado y de vivencia personal es lo mismo que propone Ábalos (2000), quien propone la idea de una vivienda fenomenológica que aprecia, principalmente, los recuerdos, anhelos y sentimientos de los habitantes.

Así, la casa se presenta como un pequeño mundo simbólico que representa y comunica estructuras sociales; de acuerdo con Bourdieu (2007), el hogar es un microcosmos ordenado que, aunque materialmente similar a los demás, es singular por la disposición de sus elementos. La posición de los objetos, los colores y los adornos decorativos expresan la identidad de sus habitantes, funcionando como un lenguaje que expone identidad y pertenencia.

Desde una perspectiva sociológica, la casa es, igualmente, una imagen que se negocia y se representa. Goffman (1997) demostró que lo que se esconde o se expone en el ámbito privado es el resultado de un acuerdo continuo entre la cercanía deseada y lo que la sociedad espera. Así, el mantenimiento del espacio y de las cosas que están en él funcionan como señales que dejan ver información acerca de la identidad y de cómo los que viven allí quieren ser reconocidos en el ámbito público.

De este modo, para comprender una vivienda es necesario entenderla como un espacio en constante transformación, que se modifica con el tiempo a partir de las prácticas, costumbres y relaciones de quienes la habitan. Monteys (2017) menciona que la conexión de la casa con la calle es una zona de continuo contacto, en la que lo personal y lo público se influyen el uno al otro. De este ir y venir, surgen espacios que no son del todo claros —porches, pasillos, patios delanteros, balcones o soportales— y son precisamente esos sitios

los que dan forma y una nueva definición a la vida diaria, dejando que los distintos comportamientos y emociones se mezclen entre la casa y la ciudad.

Los enfoques revisados muestran la casa no sólo como un lugar útil, sino además como un ámbito con significados, recuerdos y vínculos. Así, la casa pasa por procesos de transformación constante, como respuesta a los distintos usos, al paso del tiempo, y a las relaciones que en ella se crean. Esta noción de la vivienda —un microcosmos de relación entre espacios— es esencial para entender cómo las maneras de vivir se expresan y perduran en su contexto.

B. El Exterior (La Calle): espacio público y experiencia colectiva

Esta sección se centra en el exterior —el espacio público y la calle—, como el lugar y apoyo para la vida social y el espíritu de grupo. El espacio público es un añadido a la casa, puesto que hace posible que se lleven a cabo actividades y tareas que necesitan más espacio que el que ofrece una vivienda. De esta manera, la calle se ve como una continuación real, útil y sociocultural, importante para la vinculación ciudadana.

Desde un enfoque técnico, Rapoport (2014) define la calle como "los espacios más o menos estrechos, lineales, enmarcados por construcciones que se encuentran en todo tipo de asentamientos y son usados para la circulación y otras actividades" (p. 98). Esta definición resalta su dimensión física y utilitaria, vinculada al tránsito y a la organización espacial de la ciudad.

Sin embargo, Allan Jacobs (1996) propone que la calle no sólo se concibe como un espacio para desplazarse, sino también como la esencia de la existencia social y el lugar más valioso de un pueblo. Para este autor, las calles son sitios para contemplar el desplazamiento de las personas y disfrutar de un paseo. Así, la calle tiene un papel social y económico, y hace que sucedan reuniones, que, si bien cortas, son esenciales para lo que significa vivir en la ciudad.

Torres-Pérez, Arana-López y Fernández-Martínez (2016) ven la calle como una continuación de la casa, como un lugar social y cultural importante para el bienestar de las personas. Para estas autoras, la calle es casi otra estancia de la vivienda, donde se llevan a

cabo acciones que en el interior de la casa no se pueden realizar, y un sitio de encuentro con los demás. Es un lugar por el que transita, pero también un lugar donde se habita. Así, la calle cerca de la casa es un vínculo entre lo personal y lo colectivo, cuya apropiación cotidiana fortalece la cohesión social y permite comprender la continuidad simbólica entre casa, umbral y entorno urbano

Ramírez Hernández (2005) señala que cada calle tiene su propia personalidad. Esto se refleja en su forma, en los colores, en los olores e incluso en los detalles de las casas que la conforman. Una calle puede reconocerse tanto por cada fachada en particular como como por la imagen que construye el conjunto de todas ellas. Dentro de los barrios residenciales, aunque algunas calles puedan parecer similares, cada una de ellas adquiere en última instancia rasgos que la diferencian, ya sea por el tipo de viviendas, la vegetación o la actividad que se desarrolla en ellas. Además, el autor destaca que las vías públicas suelen ser las más activas, establecen los límites de la localidad y, a través de su aspecto, transmiten algo del pasado del barrio y la identidad de sus residentes.

En la misma línea, Jacobs (2013) enfatiza que las calles constituyen el corazón de los barrios y reflejan el carácter de la ciudad: "cuando las calles de una ciudad ofrecen interés, la ciudad entera ofrece interés; cuando presentan un aspecto triste, toda la ciudad parece triste" (p. 56). El dinamismo, la variedad de actividades y el movimiento constante de las calles son los elementos que dotan de vitalidad a la ciudad, la hacen habitable y atractiva para sus habitantes.

Enfoque conceptual

A partir de las aportaciones de Ramírez Hernández (2005), Jacobs (1996, 2013) y Panerai (1999), la calle se comprende como un componente central del habitar urbano, cuya relevancia no se limita a su función circulatoria, sino que además la calle se entiende como un espacio relacional que articula la vida individual y colectiva, en estrecha vinculación con las viviendas que la delimitan y con las prácticas cotidianas que en ella se desarrollan.

Estos enfoques entienden que la calle cobra valor por lo cerca que está de las casas y por las relaciones que permite entre vecinos. Su aspecto, el uso que se le da y el ambiente que se genera influyen en cómo las personas se tratan entre sí y en cómo se vinculan con las

viviendas que la rodean. Todo esto va formando experiencias de vida en común que ayudan a crear lazos y sentido de pertenencia. Por eso, la calle no es sólo un lugar para pasar o desplazarse, sino un espacio que las personas habitan.

Por tanto, la calle puede considerarse un lugar donde confluyen la dimensión física, las dinámicas sociales y los significados que las personas atribuyen a su entorno. Es donde se reflejan las actividades cotidianas —caminar, charlar, mirar o simplemente estar— y también las diferentes formas en que las personas utilizan y se apropian del espacio. Por lo tanto, la calle puede considerarse una extensión del hogar, como parte del tránsito entre la vida privada y la vida urbana. En este proceso, lo privado y lo público no están completamente separados, sino que cambian en función de los hábitos, la cercanía entre las personas y las conexiones que se establecen en la vida cotidiana.

2.2. Apropiación espacial: la acción del habitar

2.2.1. Fundamentos teóricos del concepto

La idea de apropiación del espacio viene de la corriente marxista. Desde esta perspectiva, las personas no solo existen en un espacio, sino que se construyen a sí mismas a través de lo que hacen: al trabajar, al modificar su casa, al arreglar su entorno y al usar los espacios a su manera, generando transformaciones que son tanto tangibles como intangibles, y cuando las personas no logran verse reflejadas en estas producciones, aparece la alienación; frente a ello, la apropiación surge como un proceso por el cual el individuo utiliza, comprende e interpreta las cosas, dándoles nuevos valores simbólicos (Pol, 1996).

En este contexto, Pol (1996) retoma la tradición marxista para indicar que la apropiación puede comprenderse a partir de dos aspectos: por un lado, la posesión, que está conectada con la relación inmediata entre los individuos y aquello que producen con su trabajo, y por otro, el proceso histórico, que comprende la transformación colectiva e individual. Así, la apropiación es una conexión dialéctica, donde tanto el ser humano como los objetos se alteran el uno al otro.

Lefebvre (2013) amplia esta perspectiva al ámbito de la ciudad, indicando que un espacio apropiado es aquel que se va formando, poco a poco, por medio de las actividades

sociales y los hábitos de cada día. Donde apropiarse de un espacio es vivir en él y darle un significado, incluyéndolo a la experiencia colectiva de quienes lo viven. De igual manera, Chombart de Lauwe (1976, citado en Pol, 1996) entiende la apropiación como el establecimiento de un vínculo afectivo con el lugar, que se afianza gracias al uso continuo y a la representación simbólica del que lo habita.

Por su parte, Muntañola Thornberg (2000), plantea que el espacio llega a ser apropiado cuando coinciden dos aspectos: la psicogénesis ―que tiene que ver con lo que es propio de las personas o de grupos― y la sociogénesis ―que está relacionado con la cultura, la geografía y la historia―. Cuando estas dos dimensiones se articulan, la apropiación se entiende como un proceso que va cambiando y desarrollándose, y en el que los lugares se van redefiniendo, dependiendo de lo que ocurra y de cómo se relacionen las personas. De esta manera, se puede pensar en el espacio como algo que está vivo, en el que lo social, lo personal y lo construido están siempre interactuando.

2.2.2. Dimensiones y mecanismos del proceso de apropiación

La apropiación se manifiesta en las formas de habitar a través de aspectos físicos, simbólicos y afectivos. Vidal y Pol (2005) señalan que es un proceso de interacción, que une a las personas con los sitios en distintas dimensiones —lo personal y lo colectivo—, creando identidad y apego al lugar. En esta relación, el espacio ya no es sólo un lugar, sino que se vuelve parte de la persona que vive en él. Feldman y Stall (2004) lo entienden como una relación simbiótica, mediante la cual el habitante afirma su identidad y pertenencia al transformar su entorno.

Hennings (2008), señaló cinco motivos que permiten a las personas crear lazos con un lugar: las actividades cotidianas que llevan a cabo en él, cuánto conocen el espacio, la identidad cultural que representa, la importancia que le atribuyen y el tiempo que pasan allí. Todos estos elementos logran que un lugar forme parte de la existencia de quien lo habita. Novakovic (2022) considera que la apropiación de un espacio está muy relacionada con el afecto, ya que, al usarlo, modificarlo y entenderlo, las personas lo vinculan a sus costumbres y a su propia identidad.

2.2.3. Apropiación, conflicto y negociación entre lo público y lo privado

Así, la apropiación espacial ha sido conceptualizada como un proceso mediante el cual los habitantes establecen una relación activa con su entorno, transformándolo material y simbólicamente a partir de sus prácticas, valores y experiencias cotidianas (Pol, 1996; Vidal y Pol, 2005; Lefebvre, 2013). Este proceso se caracteriza por su carácter dinámico y relacional, ya que no se limita a la ocupación física del espacio, sino que implica la producción de significados, identidades y formas de pertenencia que se construyen a lo largo del tiempo.

Desde esta perspectiva, la apropiación no se produce al margen de la sociedad, sino en contextos donde existen normas para todos; leyes formales y las expectativas de lo que las personas esperan unos de otros. Algunos autores señalan que los procesos de apropiación pueden generar dificultades cuando no es claro dónde acaba lo personal y dónde empieza lo colectivo; especialmente en lugares donde las actividades domésticas se exhiben para el uso público (Ijla, 2012). Estos problemas se relacionan con lo que se considera correcto, quién tiene derecho al espacio y si hay acuerdo sobre cómo se debe emplear entre los diferentes grupos de personas.

Rapoport (1990) señala que el aspecto del entorno construido no posee un único significado; más bien, quienes lo utilizan los interpretan y los perciben de un modo influenciado por su cultura. De esta forma, cada individuo selecciona, altera o reinterpreta los elementos del sitio en función de sus requerimientos, sus preferencias y su estilo de vida. Esta concepción del espacio en relación con la cultura da cuenta de por qué las viviendas y los vecindarios se aprovechan y se transforman de tantas maneras diferentes, además de explicar por qué, en ocasiones, se generan conflictos cuando esas transformaciones no se ajustan a las normas colectivas o a lo que se supone de cómo deben ser las ciudades.

En relación con estas ideas, Jusan y Sulaiman (2005) examinan cómo las personas hacen suya la casa —la personalizan— como una forma de lidiar con los problemas de un diseño estandarizado. Los autores entienden la personalización como todos los actos a través de los cuales quienes viven en una casa marcan, cambian y ajustan su hogar para dominar su espacio y conseguir que haya armonía entre su identidad y el lugar en que viven. Aunque

estos autores no tratan directamente el concepto de apropiación, lo que dicen ayuda a entender cómo las prácticas mediante las cuales las personas transforman su vivienda, tanto de forma material como simbólica.

Vidal y Pol (2005) ordenan estas dinámicas usando su modelo dual de la apropiación, y distinguen entre la acción-transformación —que se asocia con los cambios físicos y el uso del espacio— y la identificación simbólica, que está vinculada con el apego, la memoria y la creación de la identidad. Estos dos procesos funcionan a la vez y permiten entender cómo la apropiación puede entenderse tanto en modificaciones visibles del entorno como las emocionales y de cultura que no son tan fáciles de ver.

En cuanto a las viviendas populares, estudios han identificados modos concretos en que se llevan a cabo estas apropiaciones. Bamba Vicente y Costa Sepúlveda (2016) apuntan a tres modos centrales: la transformación, que tiene que ver con cambios materiales para adecuar el espacio a tareas diarias o de producción (de Haan, 2005; Zamorano, 2013); la negociación, que se manifiesta en arreglos formales o no formales sobre el uso compartido del lugar; y la delimitación, por medio de la cual se fijan fronteras, reales o simbólicos, que ordenan la conexión entre los espacios de la casa y los públicos.

Estos procesos normalmente se hacen visibles en los espacios que están entre las casas y el espacio público más cercano; allí es donde se concentran los conflictos entre querer que la casa se abra hacia afuera y la necesidad de privacidad, entre lo que es de uso individual y lo que es usado por todos. Varios estudios indican que las fachadas de las casas, las entradas, las banquetas, los pequeños jardines delanteros y otros sitios de paso son como telones de fondo para que las personas tengan el control de los espacios que lleva a una negociación diaria (Espinosa, 2008; Velarde Herz, 2017; Hernández García, 2013).

Dentro de esta perspectiva teórica, la apropiación se puede comprender como un procedimiento de relación que une la transformación material, la identificación simbólica y la negociación cotidiana; así, se puede estudiar de qué manera las personas modifican continuamente los límites del lugar donde viven según sus costumbres y el contexto urbano en el que se sitúan.

Affordance y la lectura perceptiva del entorno

El concepto de affordance desarrollado por Gibson (2015), complementa el enfoque de la apropiación al refiere a las posibilidades de acción que el entorno ofrece al habitante, las cuales dependen de la relación entre las características físicas del espacio y las intenciones, capacidades y necesidades del habitante. Así, un affordance no es algo que el espacio tenga por sí mismo, ni tampoco una imagen en la mente de alguien, sino una conexión práctica entre la persona y el mundo que la rodea, En otras palabras, los entornos invitan a la acción.

Estas oportunidades no dependen únicamente de las características físicas del entorno, sino también de la experiencia previa de quienes lo habitan, de sus capacidades y de las intenciones con las que interactúan con él; por ello, pueden o no ajustarse a sus necesidades y expectativas (de Haan, 2005; Jusan & Sulaiman, 2005). De este modo, los elementos físicos de una vivienda no poseen un uso fijo o predeterminado, sino que adquieren función y significado a partir de la manera en que las personas los utilizan en su vida cotidiana, mediante sus prácticas corporales y sus propósitos. Esto permite comprender la diversidad de usos y adaptaciones que se observan en los espacios habitados.

Respecto al modelo dual de apropiación de Vidal y Pol (2005), los affordances se pueden concebir como el punto de inicio perceptivo que dirige los procesos de acción – transformación, que tienen que ver con cambiar el espacio físicamente, y la identificación simbólica, que están relacionados con el cariño y la cultura que se le tiene al lugar. Así, la apropiación empieza en la percepción de lo que el espacio puede servir o significar, si esa posibilidad encaja con lo que la persona que vive ahí necesita o quiere, la identificación simbólica se hace más fuerte; si no, esa persona cambia el espacio activamente, haciendo apropiación de él, ya sea material o social.

Enfoque conceptual

De acuerdo con las teorías estudiadas, la apropiación del espacio se considera un procedimiento tanto de relación como dinámico, por medio del cual las personas que viven en un lugar establecen vínculos con su entorno, trasformando el lugar ―tanto físicamente como simbólicamente― a partir de sus actos cotidianos, de lo que valora y de sus

experiencias (Pol, 1996; Vidal y Pol, 2005). En este sentido, la apropiación no se limita al simple uso del espacio, sino que supone la elaboración de significados, identidades y maneras de pertenencia, que se van haciendo con el paso del tiempo y al relacionarse con otras personas.

El modelo dual de apropiación que Vidal y Pol (2005) sugirieron es la base analítica más importante en esta sección, ya que hace posible diferenciar los procesos de acción – transformación, que están relacionados con los cambios y la utilización del espacio, y los de identificación simbólica, que tienen que ver con el apego, la dimensión emocional del sitio. Las dos facetas de este modelo funcionan a la vez y son esenciales para entender cómo las personas adaptan y vuelven a dar significado a su medio ambiente en contextos de convivencia y de negociación social.

De manera complementaria, el concepto de affordance (Gibson, 2015) ofrece una manera de entender la fase perceptiva que antecede a los procesos de apropiación. Los affordances explican cómo las personas, según sus capacidades, intenciones y experiencias previas, reconocen ciertas oportunidades para actuar o para darles sentido a su entorno De este modo, la apropiación de un lugar comienza con el reconocimiento de las posibilidades que el entorno ofrece y se desarrolla a través de la interacción entre quien lo habita y el espacio construido.

Asimismo, la literatura sobre vivienda popular y producción social del hábitat pone de relieve que los procesos de apropiación se encuentran atravesados por dinámicas de conflicto y negociación, especialmente en los ámbitos donde los usos domésticos se aproximan o se proyectan hacia espacios de uso colectivo. Los mecanismos de transformación, negociación y delimitación identificados por Bamba Vicente y Costa Sepúlveda (2016) se incorporan en este estudio como herramientas analíticas para identificar cómo estas tensiones se materializan en prácticas espaciales concretas.

En resumen, esta forma de entender la apropiación permite entenderla ―no como algo que le pasa a cada persona por sí sola― sino como un proceso social y espacial que se va construyendo constantemente, y que une la percepción, acción, significado y negociación. Por tanto, la apropiación es parte importante de cómo se habitan los espacios, y ayuda al

análisis de cómo se cambian y se vuelven a definir en el día a día las diferencias entre lo que es privado y lo que es público.

2.3. La fachada como espacio de transición: del objeto arquitectónico al lugar habitado

2.3.1. De la superficie al umbral: evolución conceptual de la fachada

El término "fachada" proviene del latín *facies*, que fue usado por primera vez en el siglo XVI, según el Diccionario Enciclopédico Italiano de Arquitectura y Urbanística, se refiere a la "estructura externa de un edificio, y corresponde a uno o más de los lados de su perímetro; en la acepción común es el lado prominente en el cual generalmente viene situado el ingreso principal" (Donaire García de la Mora, 2015. p. 3). Desde entonces, la fachada ha sido entendida como la superficie arquitectónica que media entre el espacio interno de la edificación y su contexto urbano.

Ramírez Hernández (2005) ubica los orígenes del concepto en los planes de reconstrucción de Roma durante el siglo XV, con el Papa Nicolás V; quien encargó al arquitecto y teórico Alberti establecer una conexión visual entre el Castillo de San't Ángelo y la Basílica de San Pedro. Alberti veía la fachada como un plano o superficie, que delimitaba un lugar, y al mismo tiempo, lo vinculaba con el exterior, dándole al edificio una forma de organización que lo hacía parte de la ciudad. Más tarde, Giacomo della Porta hizo más amplia esta noción, al pensar en la fachada no sólo como una frontera entre lo de adentro y lo de afuera, sino también como una representación del espacio, que, al nivel de la calle, hacía que se vieran efectos de profundidad y relieve, cambiando la moción de plano a un lugar dinámico.

Durante el Renacimiento, la fachada empezó a entenderse como un elemento de diseño arquitectónico, diferenciándose cada vez más de la utilidad que se le había adjudicado de sostener el edificio. Si bien la parte frontal no era lo más importante en la arquitectura clásica; en la época romana particularmente, en el Renacimiento, la fachada vino a ser una parte esencial de la composición, mostrando jerarquía y orden urbano (Donaire García de la Mora, 2015).

Esto se hizo especialmente evidente durante los periodos del Barroco y el Rococó, ya que el frente de los edificios pasó a ser también una forma de expresión. Arquitectos como Pietro da Cortona y Francesco Borromini usaron líneas curvas, jugaron con la profundidad y buscaron conectar el interior de los edificios con el exterior. De esta manera, la fachada empezó a considerarse una especie de "escenario" que dotaba a la ciudad de fuerza, emoción y carácter (Donaire García de la Mora, 2015).

Con el Neoclasicismo, toda aquella decoración exagerada se dejó atrás, y se eligieron líneas más sencillas, siguiendo como guía la arquitectura de las Grecia y Roma de la antigüedad (Cucuzzella et al., 2023). En el siglo XIX, la Revolución Industrial fue uno de los momentos de mayor cambio en la manera de construir los edificios, con la aparición de las estructuras metálica y, más tarde, el hormigón armado, los muros ya no precisaban aguantar el peso de la construcción. Así, las partes delanteras de los edificios pudieron ser menos pesadas e incluir más cristal, y de esta forma el muro cortina pasó a ser una alternativa basaba en la transparencia (Cucuzzella et al., 2023).

Durante el siglo XX, el Movimiento Moderno llevó a un extremo esta idea sobre la técnica y la forma. El sistema Dom-Ino de Le Corbusier trajo consigo la "fachada libre", separando por completo el revestimiento de lo que sostiene el edificio. Desde ese momento, la fachada dejó de ser, sobre todo, un soporte para pasar a ser un plano aparte que mostraba los conceptos de orden, utilidad y sencillez en la forma. Fortea Navarro (2015) señala que se fueron marcando dos maneras distintas de pensar la fachada: la de Mies van der Rohe, que planteó una clara distinción entre la estructura y el exterior del edificio, y la de Le Corbusier, que pensó en la fachada como algo activo y multifuncional —como, por ejemplo, el uso del brise-soleil en la Unité d'Habitation— para manejar la luz y el clima.

Actualmente, la fachada de los edificios continúa transformándose a causa de la tecnología, los materiales novedosos y el afán por conseguir formas de expresión más singulares, como los sistemas paramétricos, envolventes inteligentes y diseño bioclimático han supuesto una libertad sin precedentes, por lo que la fachada puede ser no sólo un límite o una barrera, sino una vinculación sutil entre el edificio y el entorno en el que se encuentra (Fortea Navarro, 2015). De esta manera, la fachada contemporánea no requiere

exclusivamente el soporte de la estructura interior, sino que funciona como un componente autónomo que une lo técnico, lo estético y lo social.

Por tanto, la idea de fachada ha ido cambiando continuamente; primero se pensaba en ella como la "cara" del edificio, algo más bien decorativo o representativo, para después ser considerada como algo que une y actúa de conexión entre el interior y el exterior. Esta transformación, con el paso del tiempo, hace que se entienda la fachada no sólo como un cierre o borde físico, sino como un lugar de transición donde coinciden asuntos espaciales, de percepción, y que vincula a la sociedad.

2.3.2. La fachada como mediador y expresión del habitar

La fachada, en cuanto al significado de este término, ha tenido varios significados, y esto demuestra su complejidad. De acuerdo con García Odiaga (2019), la palabra proviene del latín *faces* que se refiere tanto a "cara" o "rostro" como al italiano *facia* que se refiere tanto a "máscara" o "frente". Una vez que se inicia el uso de este término, se considera que la fachada es el rostro del edificio donde se puede apreciar tanto la identidad de la arquitectura como su relación con el lugar donde se ubique.

En su definición clásica, Argan (1977) explica que la fachada es "la superficie, el plano que limita un organismo arquitectónico ─un espacio arquitectónico─ poniéndolo en relación con el espacio exterior" (p. 67, traducción propia). Así, la fachada sirve de barrera, pero también de conexión entre lo que hay dentro del edificio y el ambiente que lo rodea.

Sin embargo, el arquitecto Krier (1992) amplia esta perspectiva al destacar su dimensión social y comunicativa, pues la fachada tiene el poder inherente de comunicar tanto la función del edificio como los valores culturales y la época que representa. Krier destaca dos direcciones importantes: una orientada a la comunidad, que demuestra su compromiso en la integración del edificio en su contexto urbano, y otra orientada a lo interno, que demuestra cómo los usuarios deciden representarse a la comunidad externa, funcionando como una especie de primera carta de presentación a la comunidad.

Considerando esto, la fachada se entiende como el elemento que actúa activamente en cómo se forma el paisaje de la ciudad. Romero (2022) pone de relieve su importancia

histórica, y el papel esencial que tiene en la identidad del edificio con su entorno. En este sentido, la fachada contribuye a definir la imagen del edificio dentro de la ciudad y le otorga una característica propia por medio de las interacciones de la luz, las proporciones y los materiales.

A partir de la teoría de la legibilidad urbana de Lynch (1998), se puede entender que las fachadas ayudan a formar la imagen que la gente tiene en su mente de la ciudad, puesto que son de los aspectos que los habitantes emplean para ubicarse y saber dónde están, y para reconocer lo que les rodea. Desde un punto de vista cultural, Devet Ferrer (1995) piensa que la fachada es importante para la consolidación de la casa, ya que hace más fuerte la identidad de sus habitantes y su sentido de pertenencia.

De modo similar, Ramírez Hernández (2005) entiende la fachada no como una mera frontera, sino como un lugar de acoplamiento e intersección. La considera una "vitrina" que muestra los deseos, las aspiraciones y los cambios de quienes viven allí, según las diferentes fases de la vida familiar y dejando ver los indicios que ayudan a que la gente la identifique con el vecindario. Esa manera de hacer la fachada propia, la convierte en un soporte de apropiación simbólica.

Por otro lado, Toro y Rivera (2017) proponen la idea de un cambio conceptual, es decir, de la forma habitual de pensar la fachada, a conceptualizarla como una membrana arquitectónica, ya que envuelve y trabaja activamente para conectar el interior y el exterior de la edificación. Pensar la fachada como una membrana es entenderla como una interfaz comunicante, filtrante y organizadora de diversas relaciones entre los mismos espacios.

Las autoras relacionan esta cualidad de membrana de la arquitectura con la idea de la piel, sobre todo por su conexión con el cuerpo, y con la experiencia del usuario; es, en esencia, un límite que estimula su alrededor y permite el cambio de información visual, física y cultural. Por lo tanto, la fachada de un edificio tiene una función de comunicar, y puede mostrar identidades, modos de vida y qué problemas hay en el mundo de hoy, en vez de ser sólo algo que se hace por la técnica o la estética. Esta manera de entenderlo ayuda a ver la fachada de un edificio como un lugar intermedio, en el que se llega a acuerdos sobre el edificio, la persona que lo usa y el sitio en el que está.

Enfoque conceptual

Por lo tanto, el recorrido teórico permite comprender que la fachada de la casa no solamente puede ser entendida como el plano del edificio, sino como el espacio en el cual se comunica, se expresa la estética, el simbolismo, y la vida social de la casa. Esto se puede evidenciar en la postulación realizada por Martinelli (2019), en la cual se lleva a este recorrido hacia una postulación más vivencial, al definir a la fachada como "umbral habitado: no un plano vertical bidimensional, sino un verdadero espacio arquitectónico" (p. 1, traducción propia), ya que, según el autor, el espacio del frente busca ser un espacio habitable, destacando su potencialidad para satisfacer actividades cotidianas que buscan la conexión del individuo con su entorno.

Además, Martinelli sostiene que la fachada "es el elemento arquitectónico, que, siendo a la vez del edificio y del entorno, tiene la función esencial de relacionar el mundo interior del edificio con el mundo exterior de la ciudad" (p. 17, traducción propia). Es en la fachada en la cual se manifiesta el equilibrio en relación con el mundo íntimo de la vivienda y el mundo exterior, ya que los contrastes entre el edificio y la ciudad encuentran en este espacio su solución, su expresión arquitectónica, su lugar en el cual la vivencia doméstica se reconcilia con la realidad urbana de la ciudad. Esto se encuentra en consonancia con la postulación realizada por Ramírez Hernández (2005), para quien la fachada es un espacio dinámico, de relación, con sentido, en el cual se manifiesta y se negocia lo personal con lo colectivo.

Los conceptos de fachada-umbral y espacio de transición se encuentran estrechamente relacionados, aunque no se utilizan como equivalentes absolutos. El espacio de transición constituye una categoría amplia que refiere a las zonas intermedias entre interior y exterior, mientras que la fachada-umbral alude específicamente a la materialización arquitectónica de dicha transición en la vivienda. Así, la fachada es entendida como un umbral activo donde se articulan relaciones físicas, sociales y simbólicas entre la casa y la calle.

Esta investigación se apoya en la idea de la fachada como un umbral activo, que se comprende como un lugar intermedio en el que se relacionan los aspectos físicos, sociales y

simbólicos del habitar. Esta forma de ver las cosas hace posible examinar la fachada como un área donde las acciones cotidianas, las transformaciones y las manifestaciones estéticas sirven de enlace entre el ámbito del hogar y el ámbito público sin considerarla simplemente una cuestión de apariencia o de técnica, que permite observar cómo las acciones de cada día —desde la decoración hasta el hecho de permanecer en el umbral— funcionan como maneras de conectar la vivienda con la ciudad.

2.3.3. El espacio de transición: definición, función y mecanismos

El estudio de la fachada, considerada como un espacio intermedio, lleva el interés al espacio de transición —que se puede entender como la parte de la arquitectura que está entre la casa y la calle—. En ese lugar se manifiestan las relaciones y los problemas entre el diseño arquitectónico, los usos que las personas hacen del espacio, y las prácticas que los habitantes construyen en su interacción cotidiana con el espacio. Por lo que, la experiencia del habitar se articula a partir de la negociación entre límites físicos.

A. El espacio de transición: definición y origen conceptual

El término transición viene del latín *transire,* que quiere decir "cruzar" o "pasar al otro lado", y hace referencia a la acción de cruzar un límite. En arquitectura, se entiende esta idea como el nexo o la unión de dos o más lugares distintos, sirviendo como fase necesaria para que la vivencia del espacio sea completa (Szauter, 2018; Irwin, 2015).

De acuerdo con Kray et al. (2013), e Irwin (2015), los espacios de tránsito no son completamente interiores, ni tampoco completamente exteriores; en cambio, poseen cualidades de los dos, y se constituyen como zonas ambiguas que conectan la privacidad con lo público. Similarmente, Pulhan y Numan (2005) los describen como lugares de paso, y su función no es sólo unir sitios físicamente, sino también regular la cantidad de acceso, visión y tiempo entre los diferentes espacios.

B. Funciones y características

En la teoría arquitectónica, los espacios de transición han sido descritos como articuladores de la experiencia espacial, ya que estructuran las secuencias de los espacios, la permanencia en ellos y el desplazamiento a través de ellos. Si bien no siempre son percibidos, son importantes para ordenar la experiencia a través de una narrativa espacial —una serie de

entradas, salidas o descansos—, y con una delicadeza sutil, cambian la conectividad y la privacidad mediante la modulación de dos variables clave: el movimiento y la pausa (Urrea Uyabán, 2023).

Esta capacidad de articulación crea una jerarquía espacial implícita, inseparable del diseño arquitectónico, donde los espacios de transición cohesionan el conjunto al relacionar los elementos principales y secundarios de la edificación (Tarhun, 2021). En este sentido, han sido concebidos como un soporte invisible contribuyendo a organizar el ritmo y la secuencia de la experiencia del habitar cotidiano.

Una característica esencial es su carácter de control pasivo, una idea estudiada por Kray et al. (2013); que quiere decir que, sin indicaciones concretos o medios evidentes, los espacios dan forma al comportamiento diario de las personas. Así, un recibidor bien diseñado puede sugerir a la lentitud y a la observación, en tanto que un corredor práctico anima a que la gente avance. Esta influencia en la percepción les da a los espacios intermedios un sentido incierto y flexible, y los vuelve sitios en los que se cruzan las experiencias personales y las de grupo, la vida en el hogar y la de la ciudad.

C. Mecanismos perceptuales y físicos

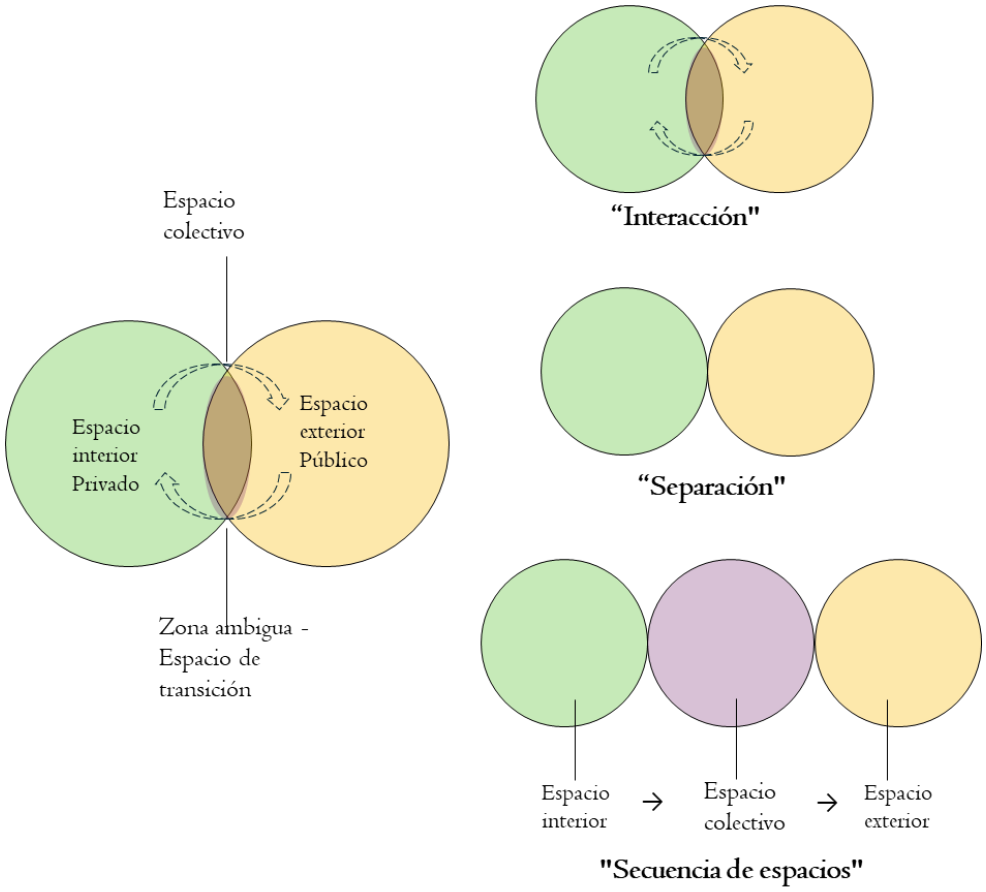
Los espacios de transición se materializan a través de los recursos materiales y sensoriales por los cuales se puede experimentar un cambio en el espacio. Dichos recursos incluyen la manipulación de la iluminación, el sonido, la orientación, la textura de la superficie, el cambio de nivel y —lo más importante— un cambio en la perspectiva visual (Tarhun, 2021). Estos recursos tienen en realidad una doble función:

1. **Función de preámbulo y narrativa:** Los espacios de transición ya dan una idea del espacio que sigue y ofrecen una promesa sensorial para todo el recorrido, ofreciendo un desplazamiento gradual del espacio (Tzortzi & Saxena, 2024).
2. **Función pasiva de control:** Se vincula con el control del sujeto en una forma no explícita, pero se regula en función de la traducción del lenguaje sensorial, que percibe el espacio en una forma imperceptible. El control pasivo del umbral en forma de ventana filtro, que brinda refugio y porosidad, favorece la observación y el

descanso, así como la protección de la intimidad del espacio doméstico (Urrea Uyabán, 2023).

Figura 1

Diagramas de Mediación y Dualidad del Umbral



Nota. Elaboración propia a partir en Tarhun (2021). Representación conceptual de los espacios de transición como zonas de superposición e intersección entre dualidades público-privado.

Los mecanismos de transición se representan mediante esferas superpuestas que describen el proceso mediador del umbral. El espacio intermedio es el espacio de cruce, pero también el espacio donde se superponen los atributos de los dos espacios opuestos —privado/público, interior/exterior—. Es esta condición doble la que permite el control pasivo de la experiencia y su función de preámbulo.

En conclusión, el espacio transicional es un componente del habitar, al combinar características funcionales, perceptuales y simbólicos. Al analizar esto, se puede comprender

el papel de la arquitectura en la articulación de la casa y la ciudad; mediante ritmos, atmósferas y experiencias que permiten la continuidad entre la esfera privada y la pública.

2.3.4 El umbral como paradigma del espacio de transición

Esta condición liminal es la que le otorga al umbral su carácter emblemático como espacio transicional, ya que es al mismo tiempo una cosa y otra, y a la vez ninguna de las dos: un punto que separa, pero también conecta. Diversos autores han señalado su importancia como un elemento que articula la relación entre el interior y el exterior; es un lugar de llegada y de partida, además del escenario donde se produce el encuentro y la reconciliación entre la calle y el ámbito doméstico (Boettger, 2014; Bhonsle, 2010).

Por otra parte, el umbral responde a las necesidades humanas relacionadas con la contemplación, el reposo y la apropiación. Esta cualidad plantea una aparente contradicción teórica: estos espacios son, al mismo tiempo, inútiles y necesarios, pues surgen más por deseo que por una necesidad estrictamente funcional, como señala el arquitecto Witold Rybczynski (citado en Couceiro Núñez, 2001). En este sentido, el umbral trasciende la dimensión funcional y adquiere una dimensión existencial, vinculada con las necesidades psicológicas y emocionales del habitar.

A. Genealogía del concepto umbral

El umbral como espacio simbólico tiene su origen no en la arquitectura moderna, sino en la antropología. En su libro, *Les rites de passage*, Arnold van Gennep (1909), fue el primero en formular los “umbrales críticos” que una persona atraviesa a lo largo de su vida. Para ello, dividió los ritos de paso en tres fases: separación, margen ―limen― e incorporación. El aporte de Van Gennep consistió en reconocer la fase liminal ―el estado intermedio o marginal― como una fase autónoma y esencial en la transformación del individuo. Cuando se extrapola al dominio físico, esto dio lugar a la idea de que los portales, vestíbulos o fronteras son lugares de transición ritual donde se experimenta la suspensión de la norma y la apertura a lo nuevo (Campaña Barquero, 2017).

B. El umbral en la arquitectura moderna: del límite físico al vínculo social

Ya en la segunda mitad del siglo XX, el concepto de los espacios intermedios recobró importancia en el debate arquitectónico, a partir de las discusiones promovidas por el grupo

de arquitectos Team 10, cuyos integrantes cuestionaban los postulados del Movimiento Moderno. Mientras se pensaba la ciudad funcionalista como la suma de zonas separadas —residencial, laboral, de ocio y de circulación—, los miembros de Team 10 defendían una arquitectura más cercana a los modos de habitar cotidianos. Su crítica se centraba en la deshumanización de los espacios modernos y en la necesidad de recuperar la escala humana, el barrio y las posibilidades de interacción social (Fernández-Llebrez, 2013).

Junto a Aldo van Eyck, Jaap Bakema, Georges Candilis y Herman Hertzberger, los Smithson redefinieron el papel de la arquitectura como intermediaria entre lo privado y lo público. El umbral era entonces una situación espacial de encuentro, un "lugar de diálogo entre áreas de diferentes órdenes" (Hertzberger, 1991, p. 32). Esta idea se vinculó con el concepto de espacio intermedio, inspirada del pensamiento dialógico de Martin Buber, que situaba las interacciones sociales precisamente "entre" individuos, en un espacio compartido por dos que no es plenamente poseído por ninguno (Fernandez-Llebrez, 2013).

Es así como, Alison y Peter Smithson introdujeron por primera vez esta idea en el IX CIAM en 1953, donde abogaron por repensar la interrelación entre casa, calle y comunidad. En su interpretación, el umbral ya no era un borde arquitectónico, sino social, una expansión del hogar hacia la comunidad donde la idea de habitar asumía un carácter público (Juárez Chicote & Rodríguez Ramírez, 2014). Esta interpretación aportó un aspecto ético a la práctica del diseño, ya que diseñar umbrales también significaba diseñar interacciones sociales.

Al entender el umbral como un espacio de mediación, los Smithson intentaron recuperar la calle como escenario de la vida colectiva y plantear una arquitectura que reforzara los vínculos comunitarios en el contexto de la posguerra (Campaña Barquero, 2017). En este sentido, el umbral se consolidó como una herramienta crítica y de proyecto que, más allá de su condición física, puede entenderse como un mecanismo espacial capaz de articular lo doméstico y lo urbano, favoreciendo la continuidad y la apropiación en distintas escalas, desde la vivienda hasta la ciudad.

C. Aldo van Eyck: el umbral como reconciliación

Dentro del Team 10, fue Van Eyck quien desarrolló la idea del umbral en su sentido más profundo, pues consideraba que la arquitectura debe reconciliar los extremos, ya que no

hay exterior sin interior ni límite sin espacio, y el umbral adquiere por ello un grosor habitable. Es un espacio en el que el interior y el exterior, lo privado y lo público, la casa y la ciudad, dejan de ser una frontera estricta y se convierten en un espacio de intercambio. Así, el umbral es un espacio de encuentro, de conversación y de hospitalidad, un lugar que acoge lo cotidiano y la sorpresa, y funciona como un equilibrio entre la intimidad y la apertura, entre la estabilidad y el tránsito (Gil Guinea, 2016).

Van Eyck introdujo la idea de escala, a través de la cual consideró la necesidad de relacionar las diferentes escalas de la vida cotidiana, desde la intimidad doméstica hasta lo colectivo urbano, a través de graduaciones. Esta idea pone en tela de juicio el límite estricto y propone en su lugar un sistema de conexiones entre lo doméstico y lo urbano. De esta manera, los espacios intermedios funcionan como bisagras que disminuyen el salto psicológico entre los extremos y ofrecen áreas de encuentro y reconocimiento mutuo (Delgado Perera, 2015).

La idea de reciprocidad es fundamental en este planteamiento: los límites de una casa no solo cobijan, sino que también dotan de cualidades al espacio público, aportando identidad, sombra y hospitalidad. Esta reciprocidad manifiesta que el umbral no es del interior ni del exterior, sino de ambos, y de esta manera produce continuidad. Como afirma el propio Van Eyck, tener en cuenta los intersticios —los espacios intermedios— permite vincular las relaciones humanas.

D. Hertzberger: el umbral como hospitalidad y apropiación

Herman Hertzberger recupera y amplía esta idea para entender el umbral como "el nudo de transición y conexión entre dominios con diferentes requisitos territoriales; y en sí mismo como el requisito espacial para el encuentro y la comunicación entre diferentes órdenes" (1991, p. 32, traducción propia). La definición de umbral dada por el arquitecto neerlandés subraya la importancia del umbral como entidad espacial en sí misma, una entidad espacial activa, un espacio de habitar y de sociabilidad.

En este sentido, Hertzberger concibe los espacios intermedios como articulaciones sensibles que median entre diferentes realidades y dan continuidad y sentido a la experiencia de habitar. Utiliza el umbral como figura paradigmática: un espacio que, más allá de facilitar

el paso, se incorpora a lo cotidiano como una extensión del hogar. Su valor reside no solo en su uso práctico, sino también en su valor simbólico, ya que estos espacios permiten a los individuos reafirmar su identidad y facilitan las relaciones sociales.

Así, Hertzberger convierte el umbral en un lugar de residencia, un lugar compartido y mutuo en el que la arquitectura se vuelve hospitalaria para los demás. Para él la materialización arquitectónica del umbral como intersticio implica, ante todo, que exista un espacio para la entrada y la salida, siendo esta la expresión arquitectónica de la hospitalidad, del reconocimiento mutuo de la esfera privada de la casa y de la esfera pública de la ciudad, y está sujeto a apropiación simbólica y emocional.

E. Boettger: la ambivalencia espacial del umbral contemporáneo

Más recientemente, Till Boettger (2014) propuso una interpretación fenomenológica del umbral como dispositivo arquitectónico, que lo describe como "una apertura en una delimitación que propone el acto de atravesarla; y a través de ella, da forma al espacio en sí" (p. 47, traducción propia). Esta descripción marca el doble carácter del umbral; es una frontera, pero es, al mismo tiempo, la fuente del espacio. La contradicción entre separación y articulación no es un problema por superar, sino su mayor activo porque, en esa duplicidad, hay espacio para la creación de significado.

Boettger separa las dos partes del término compuesto, "espacio umbral": umbral —el intermedio entre el interior y el exterior, y espacio— la experiencia tridimensional de un sujeto en movimiento. Un umbral, argumenta, no puede existir por sí solo; incrementa al anunciar la experiencia espacial que viene. Es decir, su sentido no reside solo en el cruce, sino en la anticipación del espacio que anuncia.

El propósito funcional del umbral se amplía aún más, otorgándole un aspecto más humano, cuando se analiza en relación con el usuario, aceptando así al umbral como un espacio relacionado con el movimiento, el acceso, la orientación, la comunicación, y el control. Por lo tanto, el umbral es parte de la percepción, pero también es un elemento que prepara al usuario en su tránsito entre lo exterior e interior del espacio. Durante este proceso, en realidad, el individuo se ajusta paulatinamente a este nuevo espacio, percibiendo cualquiera de las cualidades del espacio al que se acerca.

Morfológicamente, Boettger (2014) argumenta que tales espacios adoptan muchas formas, desde puntos únicos hasta líneas, zonas más grandes e incluso volúmenes tridimensionales; pueden ubicarse en el exterior, en el borde entre el interior y el exterior, o completamente dentro del edificio. La entrada es probablemente el ejemplo más típico, ya que sirve como umbral para preparar y negociar la entrada al interior. La fuerza de la experiencia está relacionada con la diferencia entre el espacio dejado y al que se entra, destacando el impacto simbólico y fenomenológico de tales lugares intermedios.

La etimología del umbral, por lo tanto, indica su doble naturaleza: simbólica y arquitectónica; material y fenomenológica. En todas las diferentes interpretaciones que ha recibido el umbral, desde los rituales de transición descritos por Van Gennep hasta las interpretaciones recientes de Boettger, el umbral se ha definido como un espacio de relación, como un lugar donde se manifiesta el paso de un estado de vida a otro. Como tal, el umbral no es solo un punto de cruce, sino un mecanismo espacial que media entre la división y la unión, entre la permanencia y el tránsito, entre el encierro y la apertura.

2.3.5. Tipologías y grados de mediación

Distintos autores proponen tipologías o lecturas tipológicas de espacios de transición, conceptualizados como espacios intermedios mediadores entre interiores y exteriores, y entre lo privado y lo público. Estos planteamientos ponen de manifiesto un cambio de enfoque en la reflexión arquitectónica, que se desplaza de los espacios cerrados y formalizados a los intermedios, aquellos en los que transcurre la vida cotidiana. Así, Suárez (2013) apunta que los espacios intermedios representan un cambio de enfoque en la arquitectura, valorados por su capacidad para articular la circulación, la permanencia y la sociabilidad dentro del habitar diario.

En una propuesta complementaria, Couceiro Núñez (2001) destaca que a veces, estos espacios pueden ser calificados de "inútiles" desde una perspectiva exclusivamente funcional, pero son espacios que resultan necesarios para el descanso, la contemplación y el encuentro. No los valoran por una función especial, pero satisfacen algunas de las necesidades más básicas, relacionadas con el bienestar, la privacidad y la sociabilidad. Son características que justifican la pluralidad tipológica de los espacios de transición, que pueden

ser de forma abierta, semicerrada o cerrada y con mayor o menor grado de apertura y conexión con el exterior.

En este sentido, Couceiro Núñez (2001) sugiere una clasificación de los espacios de transición en función de la situación y la conexión funcional con respecto al exterior. Comienza por los elementos frontales y horizontales, es decir, por los pórticos, balcones, porches, corredores o galerías que posibilitan la comunicación entre la casa y la calle. En segundo lugar, se presentan los espacios de encuentro, en los que destaca el parladoiro gallego, que es un espacio en el que el grosor del muro hace que el umbral sea un espacio de encuentro. Por último, se plantea la figura del mediador de interiores, es decir, del patio, que articula la relación entre lo interior y lo exterior a través del vacío, uniendo dimensiones ambientales, domésticas y colectivas en un espacio.

Sobre esta base tipológica se suma la lectura contemporánea de David Sim (2022), quien en *Ciudad Suave* aboga por los "espacios suaves" o espacios de transición como dispositivos urbanos que fomentan la permanencia, la contemplación y la sociabilidad. El borde arquitectónico se erige en umbral vital que activa la sociabilidad y posibilita la adaptación climática. En sus palabras, "lo que ocurre inmediatamente afuera del edificio [...] puede determinar si un lugar se siente vivo o desolado, acogedor o distante" (p. 64). Los espacios intermedios son, así, micro escenarios de la vida que promueven la interacción, la continuidad y el sentido de comunidad.

Sim (2022) propone un modelo donde, a medida que aumenta la profundidad del borde arquitectónico, este pasa de ser un borde mínimo adyacente a la fachada a un espacio de transición que permite la ocupación y la relación. Dentro de este rango, las ventanas y balcones permiten la relación visual, los porches y galerías la permanencia y el patio al tener mayor amplitud permite una mejor apropiación. Es así como, la profundidad del borde permite diferentes usos, interacciones y confort. Por lo tanto, la habitabilidad de un espacio no depende solo de su tamaño, sino también del hecho de que el espacio acomode las actividades diarias.

Con el fin de reunir las principales contribuciones teóricas presentadas sobre los espacios de transición, la siguiente tabla resume las contribuciones de Suárez (2013),

Couceiro Núñez (2001) y Sim (2022) sobre la definición, tipología, dimensiones y valores relacionados con el espacio intermedio:

Tabla 1. *Comparación de Enfoques Teóricos sobre los Espacios Intermedios*

Autor / Enfoque	Definición o interpretación del espacio intermedio	Tipologías o ejemplos	Dimensiones principales	Valor o función del espacio
Suárez (2013)	Los espacios intermedios o "límites habitables" median entre interior y exterior y articulan la circulación, la espera y la contemplación. Se configuran como gradientes de apertura que estructuran la experiencia espacial.	Galerías, corredores, zaguanes, porches, balcones, patios.	Física, funcional, simbólica.	Control climático, organización espacial y expresión de identidad en el habitar.
Couceiro Núñez (2001)	Los espacios umbrales son "inútiles pero imprescindibles": ámbitos que satisfacen necesidades humanas de descanso, ocio y contemplación. Representan el deseo de habitar más allá de la función práctica.	Miradores, galerías, patios, balcones, umbrales domésticos.	Emocional, simbólica, social.	Bienestar, intimidad, identidad cultural y expresión personal del habitar.
Sim (2022)	Los "espacios suaves" son zonas transicionales que fomentan la vida social, la interacción y el confort ambiental. Actúan como extensiones habitables del límite entre edificio y ciudad.	Porches, balcones, terrazas, corredores, plintos urbanos.	Social, ambiental, sensorial.	Convivencia, confort climático, flexibilidad y continuidad entre vivienda y espacio público.

Nota. Elaboración propia a partir de Suárez (2013), Couceiro Núñez (2001) y Sim (2022).

2.3.6. El Borde como interfaz urbano: Aporte de Jan Gehl

En un intento por expandir el alcance de los espacios intermedios a la escala urbana, Gehl (2014) propone la noción de borde urbano ―edge―, que es la interfaz entre un edificio y el espacio público donde la vida interior de un edificio se proyecta a las calles, manteniendo así la conexión entre lo privado y lo colectivo. Como escribe el autor, “los bordes son los lugares donde se produce la interacción entre los edificios y las personas que transitan por el espacio público” (p. 82), y son, por tanto, cruciales para la dinámica urbana.

En las viviendas, el borde es el área donde se ubican principalmente ventanas, balcones, patios y accesos. Sirven como interfaz de interacción en la que las personas realizan actividades cotidianas y desarrollan sus actividades. Por lo tanto, el borde tiene una doble función: ofrece protección y perspectiva, encierro y compañía. A escala peatonal, las ventanas, puertas y fachadas habitadas constituyen una "capa de población" que permite a las personas mirar, charlar o sentarse, dependiendo de la accesibilidad y habitabilidad que ofrezca el borde, como explica Gehl.

Para Jan Gehl, la calidad de un borde es proporcional a la fortaleza social de un lugar: un borde suave, con un generosa vegetación, bancos o límites permeables, invita a la permanencia y a la interacción, mientras que un borde inactivo, como una fachada sin aberturas o un muro continuo, genera lejanía social y desolación. En este caso, el borde deja de ser un dispositivo arquitectónico para convertirse en una herramienta social urbana, ajustando la escala humana a la arquitectura y la ciudad recuperando la posesión de sí misma.

El borde urbano introduce la fachada como límite social dentro del contexto urbano, intensificando la reflexión teórica sobre los espacios intermedios. Al igual que en el caso de la vivienda, el borde se presta al debate sobre la potencial apropiación por parte de los usuarios y el lugar de encuentro. En este sentido, la reflexión de Gehl se dirige hacia la fachada como plano de síntesis entre el interior y la ciudad, para introducir, posteriormente, la comprensión del paisaje urbano como expresión colectiva de la vida.

Enfoque conceptual

Los espacios de transición pueden ser conceptualmente explorados como partes esenciales de la vivienda con la que cuenta una cualidad que va más allá del estrictamente formal o funcional. A partir de la revisión de los diferentes argumentos presentados, es posible representar la existencia del espacio de transición como un mecanismo de articulación espacial entre la esfera privada y la esfera pública, entre la seguridad del espacio doméstico y la relación con la realidad externa, la calle.

Las múltiples tipologías y la graduación de la mediación permiten representar la existencia del espacio de transición como un espacio que puede modularse para la configuración de diferentes grados de permeabilidad e interacción con el exterior. En este sentido, la existencia del espacio de transición puede ser representada como estratégica para la exploración de la vivienda no sólo como un objeto, sino como un objeto interrelacionado con el ámbito urbano, la forma en que la apropiación del espacio se construye en continuidades y tensiones entre diferentes espacios.

En este contexto, la propuesta de Jan Gehl sobre lo que denomina el borde urbano puede ser vista como una posibilidad para ampliar la conceptualización de los espacios de transición, ya que la define a escala urbana y destaca la cualidad de frontera entre arquitectura y espacio público. El borde se perfila, así como el ámbito donde la relación entre edificio y peatón es relevante, y donde la calidad de los umbrales tiene incidencia directa sobre la habitabilidad y el carácter vital del espacio.

A partir de estos planteamientos, la fachada puede ser concebida teóricamente como umbral habitado, donde la dimensión climática, social y simbólica se relaciona, y que se constituye entre la casa y la calle. No es, como se puede suponer, la fachada vista como frontera inamovible, sino como umbral posible, donde la cualidad de lo intermedio permite advertir la relación existente entre los ámbitos domésticos y los ámbitos urbanos en el paisaje construido.

La conceptualización de la fachada a partir de estos planteamientos teóricos es la base sobre la que se abordará, en la siguiente sección, el paisaje urbano como construcción social y experiencia de la cohabitación, la cual, lejos de ser leída a partir de la observación de la

morfología, debe ser interpretada a partir de la relación que los habitantes tienen con el paisaje urbano.

2.4. Paisaje urbano: expresión colectiva del habitar

2.4.1. Del paisaje representado al paisaje habitado

El significado del término *paisaje* ha variado a lo largo del tiempo. En su concepción original se relacionó con las artes y durante siglos se conocía como la representación pictórica de la naturaleza o del campo. Esta concepción del paisaje dominó hasta el siglo XIX, cuando gracias a la influencia de autores como Alexander von Humboldt, el paisaje se convirtió en objeto de estudio y se lo consideró como un medio para la observación y comprensión del entorno (Besse, 2010; Minca, 2008). Este hecho se considera un punto de inflexión en la historia del paisaje, ya que se lo concibió no solo como imagen sino como un tipo de conocimiento y comprensión del mundo.

A partir de entonces, el concepto se ha extendido con las aportaciones de disciplinas como la geografía, la sociología, la antropología, la arquitectura y el urbanismo. El paisaje pasa a ser entendido como una manifestación perceptiva del medio físico, percibido a través de todos los sentidos (Garmendia Salvador et al., 2005). Algo que también reconoce el Convenio Europeo del Paisaje (2000) que lo define como "cualquier parte del territorio tal como es percibida por las poblaciones", haciendo hincapié en la interrelación de factores naturales, humanos y culturales (Busquets, 2009).

De este modo, se entiende al paisaje como una construcción cultural y social, en la que se entremezclan lo material y lo simbólico. Según Ramírez Velázquez (2017), el paisaje no es un objeto de contemplación, sino una mirada que lo interpreta; tiene una doble naturaleza: objetiva —el espacio físico— y subjetiva —la percepción y los valores culturales que la sociedad le atribuye—.

2.4.2. El surgimiento del paisaje urbano

El término *paisaje urbano* aparece a mediados del siglo XX, pero hubo proyectos y propuestas de planificación urbana anteriores que lo anticiparon, como Arturo Soria en 1882 y su "ciudad lineal", y Ebenezer Howard en 1902 y la "ciudad jardín", que empezaron a

abordar la relación entre ciudad y naturaleza, creando modelos en los que la naturaleza ya formaba parte del entorno residencial. Sin embargo, es a Kevin Lynch y Gordon Cullen con quienes el paisaje urbano adquiere un aspecto visual y experiencial (Santo Tomás Muro, 2021).

En *La imagen de la ciudad*, Lynch (1998) introduce el concepto de legibilidad de una ciudad y entiende el paisaje urbano como aquello que se ve, se recuerda y se recorre. para el autor, la habitabilidad de una ciudad depende de los elementos que permiten a sus residentes construir una imagen mental de su entorno, que puede entenderse a partir de cinco componentes: caminos, hitos, nodos, barrios y bordes. Por lo tanto, el paisaje no solo se mira, se recorre, se interpreta y se vive.

Por su parte, Gordon Cullen (1974) en *El paisaje urbano*, centra su atención en la percepción que tienen los habitantes de la ciudad. Así, el paisaje urbano es consecuencia de la interacción de edificios, de los vacíos y el movimiento del observador. Cada objeto, ya sea fachada, calle, esquina, aporta una imagen, una emoción del lugar. El paisaje urbano es, por lo tanto, físico y vivido: tiene ritmo, sorpresas, recuerdos. La forma en la que aborda la ciudad no es muy diferente a la de Lynch, sin embargo, hay una diferencia, si Lynch habla de forma y orientación, Cullen se acerca a la ciudad a través de la emoción y la belleza.

2.4.3. El paisaje como práctica y relación

Por otro lado, en los últimos años se han desarrollado perspectivas sobre el concepto de paisaje urbano que asumen un carácter dinámico y social. En palabras de Castells (2004) el paisaje urbano es el resultado de las transformaciones programadas ―planes, proyectos y diseños de espacio público― y de la suma de múltiples prácticas cotidianas a través de las cuales se define la forma y el significado de la ciudad. Complementando esta idea, Acero (2016) sostiene que el paisaje urbano es, ante todo, un fenómeno cultural, es decir, un producto y un agente de la sociedad, que se construye a través de la acción humana y que, a su vez, influye en las percepciones y comportamientos de quienes la habitan.

Desde una postura crítica, Gonzálvez de Melo (2017) diferencia entre el paisaje real ―aquel que es vivido y percibido por los ciudadanos― y el paisaje proyectado ―aquel que es construido a través de las políticas urbanas o del marketing territorial―. De esta manera,

se hace evidente la disonancia que puede existir entre la percepción cotidiana de los ciudadanos y la representación institucional del espacio urbano.

En la misma línea, Sztulwark (2020) propone la idea del paisaje a través de la idea de miradas, donde la ciudad se percibe como un conjunto de prácticas, emociones, memorias, etc. Recapitulando con De Certeau (2000), el paisaje urbano se configura a través de espacios practicados, es decir, a través de la práctica y la apropiación ciudadana en el día a día. A partir de estas ideas, se ha llegado a conceptualizar al paisaje urbano como un sistema relacional en el que se encuentran la historia, el cuerpo, la cultura y la percepción.

2.4.4. El paisaje urbano como construcción de identidad

El paisaje no es solo una realidad física, para Nogué (2010) es una realidad social y cultural, con la representación material de los valores de un grupo. Son las fachadas, las calles, las plazas, la vegetación; los que dan estos significados compartidos por las personas que en ellos reconocen su pertenencia y su historia. En este sentido, el paisaje urbano se entiende como un espejo y memoria de la identidad del grupo que habita el espacio, ya que el territorio recoge las huellas físicas, simbólicas y emocionales que las personas dejan en él.

La identidad es, por lo tanto, un proceso que se manifiesta en el lenguaje y representaciones simbólicas construidas por un grupo social en su territorio (Góez, 2015). En esa materialidad y sensorialidad, por ejemplo, en los colores, los objetos o las formas que el paisaje posee, se expresa la memoria colectiva de los grupos y las rutinas que se repiten a lo largo del tiempo, producto de un proceso de construcción social, material y simbólica. Las personas se reconocen en categorías comunes, pero también en objetos y prácticas que representan la historia o los valores (Ramírez Galíndez & Burbano Escobar, 2020)

Por lo tanto, la identidad no solo se define por lo que es una persona, sino también por cómo se reconoce frente a los otros y cómo es percibida frente a los otros. En este sentido, la identidad social se construye a partir de un diálogo permanente con el entorno y con los demás, ya que las personas se constituyen a partir de las miradas y los reconocimientos que reciben. Desde la Psicología Ambiental, Pol (2002) ha planteado que el vínculo con el otro se logra a partir de dos mecanismos: la identificación simbólica, es el reconocimiento del entorno como propio, y la acción transformadora, es transformar el entorno.

En ese sentido, Hernández García (2013) plantea que la identidad se constituye en la interacción entre la persona y su entorno a través de procesos de apropiación y sentimientos de pertenencia al lugar. Esos modos relacionales se concretan en procesos de territorialización, personalización y pertenencia que se ponen de manifiesto en las formas en que las personas se apropien y transformen su entorno inmediato. Los sentimientos de afectividad y las prácticas cotidianas son exponentes de esa identidad en su territorio. La participación social, en una organización de barrio o en la protección ambiental, es ya una manifestación externa de esa identidad colectiva, en la que se afianzan los vínculos afectivos y culturales (Torres, 2007).

En este sentido, a nivel filosófico, se plantea que la identidad es un proceso de construcción múltiple, una metamorfosis en la que el sujeto se define y redefine (Echeverría, 2010). La identidad no se tiene, se habita, se vive y se reconstruye permanentemente. En la arquitectura, esta identidad se proyecta en la experiencia simbólica y social, que expresa historias colectivas y estrategias de adaptación (Urrego, 2014). En tal sentido, pueden comprenderse las fachadas y umbrales como soportes visibles de procesos de identidad colectiva.

En este orden de ideas, el paisaje urbano puede ser definido como la expresión perceptiva y vivencial del entorno construido, de confluencia física, simbólica y emocional; en el marco de esta investigación se aborda desde perspectivas que lo entienden como una construcción asociada al habitar cotidiano, a la memoria y a la apropiación simbólica del espacio. Así mismo, se sostiene, con base en lo planteado por la literatura consultada, que las fachadas de las viviendas pueden ser entendidas como espacios intermedios en donde la relación entre habitar y la imagen urbana se vuelve perceptible.

2.4.5. Paisaje urbano y Producción Social del Hábitat (PSH)

A. Origen y desarrollo del concepto

La idea de Producción Social del Hábitat (PSH) surgió en América Latina en la segunda mitad del siglo XX como contrapunto al fracaso de los modelos de Estado y mercado para garantizar el derecho a una vivienda digna. En medio de la rápida urbanización y la desigualdad, los sectores populares construyeron sus viviendas y barrios a través de prácticas

colectivas, progresivas y solidarias, estableciendo así otra forma de producir la ciudad (Ortiz, 2010). Estas experiencias demostraron que los habitantes son agentes sociales que pueden crear, transformar y gestionar su propio espacio.

La PSH, como sugieren Di Virgilio y Rodríguez (2013), no surge como un paradigma en el ámbito académico, sino más bien como una construcción política, multifactorial, impulsada por organizaciones sociales, colectivos urbanos, investigadores y activistas vinculados a la Coalición Internacional para el Hábitat - América Latina (HIC-AL). Este esfuerzo, cuyos orígenes se remontan a los debates planteados por la primera conferencia Hábitat – Vancouver en 1976, tuvo como objetivo cuestionar los modelos de producción de vivienda dominados por el Estado y el mercado y promover, a su vez, el rol de los habitantes en la gestión de su territorio. Posteriormente, PSH se consolida como respuesta a la mercantilización del suelo y la vivienda, y como un dispositivo para reapropiarse del derecho a la ciudad desde la acción colectiva.

Algunas experiencias territoriales en América Latina en los años 70 y 80, como las promovidas por el Centro Operativo de Vivienda y Hábitat (COPEVI) en México, y la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM), demuestran que la autogestión y la cooperación son una alternativa válida y sostenible para afrontar el problema de la exclusión habitacional, en la que la vivienda se trata como un proceso social y cultural en lugar de un bien, con la comunidad, la solidaridad y la gestión sostenible como sus pilares estructurales (Ortiz, 2010). La implicación de los residentes en la planificación, construcción y mejora de su entorno modificó el nexo vivienda-ciudadanía, dando lugar a estructuras organizativas que, más allá de la dimensión técnica, se convirtieron en prácticas políticas de resistencia urbana.

En este sentido, en la región de América Latina, en la década de los años 1990, se amplió el debate sobre la Producción Social del Hábitat (PSH). Este enfoque, en términos internacionales, se proyectó con la organización de la Conferencia Hábitat II en el año 1996, y posteriormente se ratificó en el año 2000, en la que se llevó a cabo la Asamblea Mundial de Pobladores en la ciudad de México, en la que se ratificó la PSH como una estrategia orientada a la construcción de territorios más democráticos (Di Virgilio y Rodríguez, 2013).

Desde ese momento, la PSH se consolidó como un enfoque integral, en el sentido en que la vivienda es entendida como un proceso social y político, en el que la vivienda se concibe como una lógica cultural del habitar en el que el valor de uso prima sobre el valor de cambio, así como en el que se concibe el territorio como una obra colectiva (Ortiz Flores, 2023).

B. Definición y principios fundamentales

Para Ortiz (2010), la Producción Social del Hábitat se refiere a los procesos mediante los cuales los habitantes —individual o colectivamente— generan, transforman y gestionan sus viviendas y entornos sin fines de lucro, priorizando el valor de uso sobre el valor de cambio A diferencia del modelo inmobiliario mercantil, la PSH concibe la vivienda como un proceso vivo y adaptable, estrechamente vinculado a las condiciones, aspiraciones y prácticas culturales de quienes la habitan.

Desde esta perspectiva, el hábitat es un bien común y autogestionado, en la medida en que la autogestión se concibe como la capacidad de las comunidades para decidir, diseñar, construir y autogestionar sus propias viviendas, según sus propias racionalidades socioculturales. Ortiz Flores (2023) complementa esta definición al precisar que la PSH abarca todos y cada uno de los procesos de producción de espacio habitable desarrollados por auto productores, cooperativas, o asociaciones, con su particular énfasis en la potencialidad transformadora de este tipo de urbanización.

Por su parte, la PSH, superando la gestión de los bienes, se convierte en política de habitar, en la medida en que la exprese mediante la acción colectiva productora de ciudadanía, territorio y pertenencia, como se ha definido en la obra de Rodríguez (2024). A una escala macro, esto se relaciona con la organización comunitaria, y a una escala micro, con la apropiación popular del espacio doméstico, en la medida en que el habitar se convierte en práctica política y se relaciona con el negociar, transformar y significar el espacio, en oposición a la homogeneización urbana.

C. La Tensión: Homogeneidad Proyectada vs. Domesticación

En PSH, la vivienda es el lugar donde se logra la autogestión y la identidad. La vivienda deja de ser un contenedor físico inerte, para convertirse en un lugar transformador. Esta transformación, sin embargo, es muchas ocasiones una reacción a la tensión que existe

con el paisaje proyectado por las viviendas sociales, generalmente proyectadas como una mercancía estandarizada, homogénea y anónima, que muchas veces carece de identidad (Gonzálvez de Melo, 2017).

Por todo esto, cobra especial relevancia el concepto de domesticación planteado por Cuervo (2010), que se define como el proceso a través del cual las personas se apropiaron del espacio-tiempo a través de las prácticas cotidianas, los objetos, los gestos y los cuidados que manifiestan una relación afectiva con el entorno. De esta forma, se configura el espacio de apropiación que convierte el espacio físico en un espacio habitado, impregnado de memoria y significado. Por lo tanto, el hogar no se cierra a los límites del espacio habitado, sino que se proyecta hacia aquellos ámbitos en los que la vida doméstica se cruza con la vida comunitaria.

D. La vivienda cotidiana y el proceso de domesticación

Bazán y Motta (2022) comparten esta misma idea, los barrios populares autoconstruidos son donde tiene lugar la PSH, cuyo urbanismo implícito se guía por una informalidad de pactos sociales implícitos y apropiación cotidiana. Los espacios de interrelación entre la casa y la ciudad son espacios de socialización y base para la identidad del barrio. En estos procesos se manifiesta un racionalidad cultural y comunitaria de la producción del espacio, una donde la casa se extiende a la calle a través de una serie de apropiaciones.

En México, por ejemplo, la PSH representa alrededor del 60% del total de las viviendas. En el país, se manifiesta principalmente en forma de vivienda autoconstruida, la cual se puede definir por su carácter incremental, la heterogeneidad de materiales y la participación de sus residentes en las decisiones de diseño, construcción y mejoras del hogar que permiten que la vivienda crezca según los recursos, necesidades y deseos culturales de cada familia (Elizondo, 2021). Este tipo de hábitat expresa una autogestión y apropiación territorial que transforma la precariedad en una producción cultural del espacio urbano.

En Monterrey, este proceso tuvo sus inicios entre 1960 a 1970, cuando amplios sectores de la clase obrera, excluidos de los beneficios formales de financiamiento y del acceso a la vivienda, comenzaron a ocupar terrenos y a edificar sus propias casas por ellos

mismos, reclamando así su derecho a la ciudad —tanto a la tenencia del suelo, como al colectivo— (Elizondo, 2021). Las actuales dinámicas que se observan en los barrios de origen popular son la continuidad visible de aquella tradición de autogestión, resistencia y creatividad cotidiana que se identifica en la PSH mexicano.

La fachada y el umbral como escenarios de autogestión

A través de la literatura revisada sobre Producción Social del Hábitat, la fachada y el umbral son los lugares donde se concentran las prácticas de autogestión, apropiación simbólica e interacción social. Los autores afirman que, en tales espacios, las prácticas relacionadas con la autogestión material, la apropiación simbólica y la interacción social; están interrelacionadas. Han sido leídas como prácticas a través de las cuales los residentes negocian y redefinen los límites entre la casa y el espacio urbano, estableciendo la fachada como un mecanismo de mediación espacial y cultural.

Desde la PSH, el umbral residencial no se concibe como un límite físico, sino como el lugar de convergencia entre las dimensiones material, social y afectiva de la vivienda. En el caso de los barrios populares, la literatura enfatiza que estos cambios son constitutivos de una forma performativa de vivir, asociada al ejercicio cotidiano de apropiación y construcción del significado del entorno. Así, la fachada puede concebirse como un espacio donde se concentra el proceso del habitar urbano, en el que los actos cotidianos forman parte de procesos sociales más amplios de construcción del hábitat y de formación simbólica del espacio urbano.

Enfoque conceptual

En este trabajo se asume a la Producción Social del Hábitat (PSH) como un referente interpretativo para comprender a la vivienda y la ciudad como un proceso socioespacial en permanente construcción. En este sentido, no se entiende al hábitat como objeto terminado sino como un proceso cultural colectivo progresivo en el que las personas son parte activa de la transformación de su entorno (Ortiz, 2010; Cuervo, 2010; Ortiz Flores, 2023).

En ese marco conceptual espacios como la fachada y el umbral pueden ser abordados como espacios materiales en los cuales se manifestaron las prácticas de apropiación, de

negociación y de expresión simbólica particularmente en el contexto de la PSH, y a partir de los cuales se pone de manifiesto la relación entre habitar y construcción del paisaje urbano, destacando el carácter humano y relacional de la arquitectura. Así, se entiende a la PSH como perspectiva que articula el habitar, la identidad y el paisaje a partir de la cual es posible interpretar la contribución de las prácticas cotidianas y domésticas al proceso de la producción social de la ciudad.

El camino teórico seguido en este capítulo ha proporcionado también un mapa conceptual que sitúa al habitar como una práctica corporal, simbólica y social; la apropiación espacial como un dispositivo a través del cual los individuos transforman y significan su entorno; la fachada y el umbral como espacios liminales de negociación entre lo privado y lo público; y el paisaje urbano como una elaboración colectiva, resultado de prácticas cotidianas, memorias e identidades comunes.

Del mismo modo, la Producción Social del Hábitat aporta un marco conceptual para comprender estos mismos procesos en escenarios donde la vivienda y la ciudad se producen de manera progresiva, autogestionada y con base cultural, enfatizando la agencia del habitante en la transformación material y simbólica de su entorno.

Estos aportes constituyen los pilares de un modelo conceptual con él que se puede examinar la fachada como elemento arquitectónico, pero también, y quizás más importante para los propósitos de esta investigación, como una zona intermedia en la que se desarrollan la apropiación, la socialización y la construcción simbólica de la ciudad. Basándonos en este marco, el siguiente capítulo tiene como objetivo presentar la estrategia metodológica adoptada para explorar empíricamente estas relaciones en un contexto concreto, especificando el enfoque, las técnicas de investigación y los criterios analíticos que permitirán observar cómo se manifiesta el habitar cotidiano en los márgenes domésticos y en la configuración del paisaje urbano.

CAPÍTULO III. METODOLOGÍA Y CASO DE ESTUDIO

3. Metodología

De acuerdo con Gómez de Silva (1996, citado en García Narváez & González Hernández, 2014, p. 12), investigación "proviene del latín *investigationem*, búsqueda cuidadosa. A la vez se origina del verbo *investigare*, examinar sistemáticamente, observar, tratar de descubrir, que al tiempo refiere la acción de descubrir los vestigios o huellas de algo". Esto sugiere que la investigación científica tiene como objetivo encontrar razones o verdades a través de un proceso ordenado y detallado. Por su parte, Hernández Sampieri et al. (2014, p. 4) lo define como "un conjunto de procesos sistemáticos, críticos y empíricos que se aplican al estudio de un fenómeno o problema".

Además, menciona que desde el siglo XX debido a los diversos enfoques de estudio que puede seguir una investigación, estos se polarizaron en dos aproximaciones principales: el enfoque cuantitativo y el enfoque cualitativo, donde toda investigación sigue algunos pasos básicos: observa y evalúa fenómenos, plantea ideas o suposiciones, verifica si esas ideas tienen sentido, prueba y analiza las ideas, propone nuevas observaciones o cambios.

Por su parte Martínez Miguélez (2001, p. 136) señala que investigar es una actividad que conlleva dos acciones fundamentales con la intención de resolver o solucionar un problema, que consisten en:

- Recoger toda la información necesaria y suficiente para alcanzar esos objetivos o resolver un problema.
- Estructurar esa información en un todo coherente y lógico, es decir, ideando una estructura lógica, un modelo o una teoría que integre esa información.

Señalando que estas dos tareas no se realizan de manera separada o en un orden estricto, sino que están conectadas y se mezclan durante todo el proceso —mientras se observa datos, también se interpreta, y viceversa—, donde el énfasis de cada aspecto varía según la etapa del proceso investigativo, ya que al principio se recopila más y se interpreta menos, pero hacia el final, la interpretación y categorización toman mayor importancia.

Para Hernández Sampieri et al. (2014) el enfoque cuantitativo se basa en recolectar datos numéricos para probar hipótesis usando mediciones y análisis estadísticos. Su objetivo es identificar patrones de comportamiento y comprobar teorías. Este método sigue un proceso ordenado, sin saltarse etapas, entre sus características es que se enfoca en temas específicos, analiza la realidad de manera objetiva y busca resultados que puedan aplicarse de manera general. Además, busca tener control y precisión al estudiar los fenómenos.

Por otro lado, el enfoque cualitativo es flexible y abierto. Puede ser que las preguntas e hipótesis surjan y/o cambien antes, durante e incluso después del análisis de datos. Utiliza la información recopilada para modificar las preguntas de la investigación o incluso para generar nuevas. Su proceso no es estático sino más bien dinámico y circular. No es necesario que se lleve a cabo en el mismo orden, incluso puede ser diferente en cada investigación. Además, no requiere números ni estadísticas y pretende comprender los diferentes puntos de vista y la realidad subjetiva de las personas, lo que permite un análisis más amplio y profundo de los significados (Sampieri et al., 2014).

Como afirma Flick (2007), la investigación cualitativa estudia casos particulares, y en un contexto particular con respecto al tiempo y al lugar. Además, se basa en lo que las personas dicen y hacen en su propio contexto. Para ello, este método de investigación es particularmente útil ya que permite conocer una tendencia o patrón a través de instancias particulares. En otras palabras, es una forma de convertir una teoría o un concepto en práctica al traducirlo a contextos sociales particulares de la vida cotidiana.

Añadiendo a lo mencionado anteriormente, Creswell (2018) señala que en los estudios cualitativos el investigador estudia el fenómeno en el entorno en el que ocurre —por ejemplo, una comunidad, una escuela, etc.— y el investigador es el instrumento que recopila los datos. Utiliza palabras, frases o imágenes de los participantes en lugar de números o estadísticas; el análisis de datos implica buscar patrones o temas en los datos en lugar de usar códigos preconcebidos; además, la investigación generalmente no comienza con una teoría, porque al investigador le interesa conocer el punto de vista de los participantes, y el investigador utiliza un lenguaje rico y vívido para describir lo que se encontró para que otros puedan comprender cómo se llevó a cabo el estudio y los resultados.

3.1. Enfoque de investigación

En esta investigación se utilizó un enfoque cualitativo y exploratorio-interpretativo, ya que este tipo de enfoque se considera ideal para explorar fenómenos sociales complejos y profundamente personales, donde la construcción de significados del mundo social está relacionada con lo ordinario o rutinario de los sujetos (Narváez, 2011). De esta manera, el enfoque cualitativo permite comprender las relaciones entre la arquitectura y la ciudad en su multidimensionalidad.

La flexibilidad cualitativa es una condición fundamental para esta investigación, ya que posibilita una readaptación de la indagación con respecto a nuevos datos encontrados en la investigación, permite una comprensión más profunda del significado de lo dicho y hecho en el contexto de los sujetos, vinculando lo dicho con lo vivido, y busca lo no dicho pero vivido. Así, el objetivo del estudio es clarificar la dinámica de la fachada como una cultura interfaz entre el individuo y la ciudad.

3.2. Método de investigación

Se emplea el **método etnográfico**, ya que posibilita registrar actividades de las personas y cómo usan los espacios, especialmente la relación que se ve entre el barrio y sus habitantes, prestando atención en cómo viven y se apropian de esos lugares.

3.2.1. Método etnográfico

Etimológicamente la palabra etnografía proviene de los vocablos griegos ethnos ―tribu, pueblo― y grapho ―grabar, escribir―, y se refiere a una descripción de un pueblo. Es un método de investigación cualitativa que intenta describir a los individuos, sus usos y su cultura (Cortés-López, 2021).

Además, según Cortés-López (2021) la etnografía es una práctica de investigación adaptativa que intenta comprender a las personas, principalmente mediante la observación y la entrevista, y registrar de forma detallada la experiencia humana tal como ocurre en el contexto; reconociendo que las personas son simultáneamente sujetos ―actores de su cultura― y objetos de estudio. En arquitectura, la etnografía se ha convertido en un gran aliado para acercarse a los usuarios, y para resaltar algunas partes de su realidad que antes no

se veían, enriqueciendo así la práctica con una visión más humana y contextual. Por lo tanto, para el estudio de la fachada, será posible analizar no solo lo físico, sino también cómo es vivida, interpretada y transformada por sus usuarios en su vida cotidiana.

Según Abásolo Llaría (2024), la etnografía es la ciencia que se dedica al estudio de la vida de la gente, sus grupos, organizaciones, relaciones, objetos construidos e ideas, para lo cual, se apoyan en técnicas como la observación y las entrevistas con las personas, la cual se prolonga por un tiempo en el lugar objeto de investigación, haciendo un trabajo de campo, en donde la arquitectura ya no son solo los edificios sino lo que se da entre y en torno a ellos. Las dos disciplinas comparten la condición de que se requiere estar en el lugar de estudio para observar y comprender conductas y culturas, y estudiar el espacio y su uso, apoyándose de diversas herramientas.

Narváez y Carmona (2017) argumentan que el objetivo final de la etnografía como método de investigación es ofrecer una descripción detallada de los acontecimientos que ocurren en un grupo humano, con la intención de representar las visiones del mundo de sus miembros y comprender el significado de los espacios construidas colectivamente para dar sentido y transformar su realidad. En otras palabras, la etnografía no solo tiene como objetivo describir, sino también dar sentido a la forma en que los grupos humanos conciben su realidad y a la forma en que ese sentido se materializa en sus prácticas diarias.

Con respecto al valor de la etnografía para los estudios urbanos y arquitectónicos, es que, según Narváez y Carmona (2017), una de sus aplicaciones más relevantes es la posibilidad para aproximarse a lo intangible; emociones, sensaciones, percepciones y significados que los individuos otorgan a los espacios que habitan. La etnografía se ocupa de lo específico, lo individual, lo cotidiano. Permite comprender, por tanto, fenómenos que de otra manera serían imposibles de aprehender, ofreciendo bases científicas a los discursos, producciones y aspectos inconscientes de los actores sociales, y esa es la clave para entender que las ciudades y los espacios arquitectónicos no son solos aspectos físicos.

3.3. Selección de la muestra

Los participantes de este estudio fueron elegidos mediante muestreo intencional, el cual se considera adecuado para el enfoque cualitativo empleado. El muestreo intencional

ofrece al investigador la posibilidad de seleccionar casos que aportarán la mejor información sobre el fenómeno que se estudia, valorando así la profundidad de las experiencias por encima de la representatividad de la muestra (Patton, 2002; Hernández et al., 2014). En este sentido, lo relevante es conocer cómo se habita una casa y cómo se establece la relación con la fachada como espacio de transición entre lo público y lo privado.

Como parte de esta estrategia, se definieron criterios de selección vinculados a la configuración de la vivienda, a la permanencia en el barrio y la relación cotidiana con el espacio inmediato de la fachada. Asimismo, se consideró la edad de los participantes como un criterio analítico relevante, en la medida en que los habitantes de mayor edad suelen presentar una relación más continua e intensa con el entorno doméstico y barrial, lo que permite observar con mayor claridad prácticas de uso, apropiación y permanencia en los espacios de transición.

Se incluyeron participantes que han vivido durante varios años en la Colonia del Maestro para recopilar los procesos históricos de transformación, significado y adaptación del espacio vivido, especialmente en sus fronteras domésticas. Cada uno de los casos fue elegido por su capacidad para ofrecer una mirada particular que enriquezca la complejidad del objeto de estudio. No se estableció un número fijo de participantes porque se siguió el criterio de saturación teórica (Strauss y Corbin, 2002) que sugiere que una vez que la información comienza a ser repetitiva y no se generan nuevas categorías o datos, no se deben incorporar nuevos casos.

Como referencia metodológica, se retoman las recomendaciones de Hernández Sampieri et al. (2014), quienes sugieren un mínimo de 10 casos para estudios cualitativos de tipo fenomenológico y con Teoría Fundamentada, con la posibilidad de ampliar el número de participantes hasta alcanzar entre 20 y 30 entrevistas. No obstante, el tamaño final de la muestra estuvo determinado por el momento en que se alcanzó la saturación analítica en el proceso de codificación y análisis de los datos.

3.4. Técnicas e instrumentos de recolección de información

3.4.1. Entrevistas semiestructuradas

Dado que el propósito fundamental del estudio es conocer los procesos de apropiación, construcción y significación que los usuarios llevan a cabo respecto a la fachada de su vivienda como espacio de transición entre la calle y la casa, fue necesario elegir un recurso metodológico capaz de captar las voces y experiencias de los propios usuarios. Con este fin, se recurrió a entrevistas semiestructuradas, dada su posibilidad de establecer un diálogo flexible que permite profundizar en la experiencia subjetiva de los entrevistados sin imponer un conjunto de preguntas preestablecidas.

Como sugiere Creswell (2018), las entrevistas cualitativas son una forma apropiada de comprender las experiencias, preocupaciones y significados que las personas atribuyen a sus fenómenos. En particular, las entrevistas semiestructuradas proporcionan un grado moderado de control que dirige el investigador y la libertad de las respuestas del entrevistado, para responder en sus propios términos. Este tipo de entrevista sirvió para capturar historias sobre el pasado de la casa, los usos del espacio de la fachada, las transformaciones a lo largo de los años, así como el valor simbólico y estético de la fachada.

Así mismo, Kvale (2011) señala que las entrevistas cualitativas son también actos de construcción de conocimiento, donde el diálogo se convierte en un espacio de reconocimiento de la experiencia del otro. Durante el proceso, se pudo observar cómo los relatos iban más allá de lo funcional, ya que hablar de la fachada implicaba también hablar de la historia familiar, de los recuerdos de infancia, de las aspiraciones de los usuarios y de aquellos gestos decorativos o significativos en el espacio, por lo que, en algunos casos, los testimonios se volvieron emotivos. Al momento de la entrevista se priorizo la escucha al participante, de sus relatos.

Según el punto de vista de Taylor y Bogdan (1987), las entrevistas cualitativas no solo proporcionan datos, sino a demás ayudan a entender cómo viven y piensan las personas. Esta técnica propicia una oportunidad para que la gente piense en su propio espacio y la influencia que pueden tener en la configuración del paisaje urbano. A diferencia de otras formas de entrevistar más rígidas, la entrevista semiestructurada ayuda a captar los detalles de cómo

viven las personas día a día, desde las cosas que hacen en sus fachadas hasta los objetos y sentimientos que las hacen ser como son.

Por lo que, con la elección de es este instrumento se prioriza el encuentro humano, el diálogo, y la posibilidad de que las personas narren su experiencia del espacio en sus propios términos. En esta investigación, las entrevistas se desarrollaron en la propia vivienda de los participantes, lo cual favoreció un ambiente de confianza y reflexión, realizándose durante los meses de marzo y abril de 2025, todas las conversaciones fueron grabadas con el consentimiento de cada participante.

Aunque cada entrevista duró una media de 20 minutos, la profundidad del análisis no dependió únicamente de la duración de cada una de ellas, sino más bien de la triangulación metodológica llevada a cabo durante el proceso de análisis. La información obtenida de las entrevistas se complementó con observaciones, fotografías, mapas mentales, notas de campo y el análisis de las fachadas para identificar patrones recurrentes.

A lo largo de este proceso, fue necesario que los participantes hubieran vivido en la colonia durante al menos 10 años para comprender su punto de vista sobre la transformación de sus hogares —si es que tenían alguno—. Así, la mayoría de las entrevistas se realizaron a adultos mayores, pues son quienes con mayor frecuencia ocupan las fachadas de sus viviendas. Su presencia constante en el umbral permitió recoger testimonios profundos sobre las transformaciones y significados asociados a este espacio, considerándose además representativos de la experiencia colectiva de la colonia frente al fenómeno estudiado.

Las entrevistas semiestructuradas tuvieron como objetivo evaluar la interacción entre los habitantes y sus fachadas como espacios de transición. El guion de la entrevista (ver anexo 1) se estructuró en torno a cinco marcos temáticos:

1. El barrio —historia local y percepción del entorno—.
2. El proceso de construcción de las viviendas —cambios materiales y simbólicos—.
3. La experiencia vivida y el uso de la fachada —usos cotidianos y festivos, y apropiación emocional—.
4. La relación público-privada —permeabilidad y relaciones con los vecinos—.
5. El contexto urbano —el papel de las fachadas en la convivencia—.

Dentro de cada uno de estos marcos temáticos, se utilizó preguntas abiertas que permitieron a los entrevistados compartir sus relatos personales. Esto permitió reconocer los modos de apropiación y las connotaciones culturales. La naturaleza semiestructurada de las entrevistas también permitió adaptar la conversación a la experiencia de cada entrevistado. Al final de la entrevista, se pidió a los entrevistados que dibujaran un mapa mental de la parte más significativa de la fachada de su casa.

3.4.2. Registro fotográfico sistemático de fachadas

Para tener una visión general del aspecto exterior de las viviendas, se realizó un levantamiento fotográfico de las fachadas con el objetivo de registrar las características externas de las casas y a la vez los elementos peculiares o particulares que diferencian unas de otras. El registro fotográfico intentó reflejar la heterogeneidad arquitectónica y las modificaciones de los moradores a sus fachadas.

El propósito de las fotografías es registrar no solo el estado físico y estético de las fachadas, sino también observar regularidades, particularidades y dinámicas de cambio. Como enfatiza Gehl (2014), la observación visual y el registro fotográfico son métodos útiles para analizar las actividades diarias de las personas en el espacio urbano, ya que las imágenes registran el uso real del espacio y la experiencia individual.

De esta manera, la fotografía no es sólo un método de representación, sino también una forma de descubrir las prácticas cotidianas, las apropiaciones y los modos de habitar que quizá no se revelen en las entrevistas. Por consiguiente, se realizaron fichas fotográficas ―organizadas por cuadras o calles― tomando como referencia las láminas de trabajo de Schreier Barreto (2021), las cuales tuvieron como fin documentar el proceso de apropiación en las viviendas populares. Cada ficha hizo posible ordenar y registrar los siguientes puntos:

- **Plano de Ubicación:** Situación geográfica exacta del segmento observado ―en este caso, una cuadra de la Colonia del Maestro―.
- **Fotografía frontal de las fachadas:** elevación de perfil de las viviendas en secuencia de una cuadra.
- **Registro de elementos observables**

- **Observaciones generales:** espacio para comentarios abiertos que no se capturan en las categorías anteriores.

Fichas de levantamiento de fachadas (ver anexo 2)

3.4.3. Observación directa de prácticas cotidianas

Es natural que diariamente se observe el entorno inmediato —entorno social, laboral, académico y familiar—. Entonces es de esa misma observación de donde surgen los conocimientos y experiencias que se pueden tener de los hechos concretos. Centeno y De la Garza, (2014) señalan que en el momento en que se organiza, ordena y estructura la observación, ésta se convierte en un instrumento del método científico que posibilita la transformación del saber intuitivo y empírico en riguroso, a través del cual se pueden producir considerables avances en un determinado saber.

De manera similar, el conjunto de reflexiones de Campos y Lule (2012, p. 49) expresan que "la observación es la forma más sistematizada y lógica para el registro visual y verificable de lo que se pretende conocer", es decir, se debe de apreciar objetivamente la realidad sin que medien ideas, sentimientos e intereses personales. De esta manera se podrá describir, analizar y explicar a fondo el objeto de estudio.

En estudios de espacio público y vida cotidiana, los autores, Gehl y Svarre (2013), mencionan que la observación es una herramienta útil en estos casos. Mediante ella, se registran las actividades diarias de las personas para comprender sus necesidades y qué lugares son más utilizados que otros. En este tipo de observación, se privilegia el análisis del uso del espacio sin requerir la participación de los usuarios, ya que se observa a las personas en su rutina diaria. Metodológicamente, Creswell (2018) indica que, en la observación de campo, el observador se sitúa en el lugar de los hechos para registrar directamente, de primera mano, las acciones y comportamientos de los sujetos.

Tanto Gehl y Svarre (2013) como Creswell (2018) coinciden en la importancia de llevar un diario durante el proceso de observación, ya que permite capturar con mayor detalle los distintos comportamientos en el espacio cotidiano, facilitando la identificación de patrones, dinámicas y relaciones espaciales. Así, el diario de observación se convierte en una

herramienta esencial para enriquecer el análisis cualitativo, profundizando en la experiencia vivida de las personas y revelando cómo se construye y se habita el espacio desde la práctica social.

Así, en este estudio se empleará la **observación directa**, lo que significa que el investigador observa personalmente la ocurrencia en el lugar y recopila los datos originales. Además, la observación es **no participativa** porque el observador no participa, no se involucra ni se relaciona con los sujetos, simplemente permanece como un espectador. Y, por último, es una observación **no estructurada** que no sigue un registro definido; sin embargo, comienza con un propósito general bastante claro y, por lo tanto, el observador puede registrar cualquier cosa que suceda y se considere importante durante el proceso de observación.

Ejemplo de la ficha de observación (ver anexo 3)

3.4.4. Mapas mentales

Se recurre al uso de mapas mentales como instrumento de recolección de información en el enfoque cualitativo, ya que como define Zenteno (2018) se trata de representaciones gráficas de cómo las personas perciben y representan el espacio que habitan, a partir de una interacción continua en el día a día es lo que da forma a estos mapas como expresión subjetiva, construida desde la experiencia vivida, con el afán de dar una opción esquemática al modo en que las personas comprenden y visualizan gráficamente su entorno más próximo.

A partir de esta comprensión, esta herramienta permite a los participantes dibujar por medio de bocetos o esquemas su comprensión y apropiación del espacio vivido. A través del lenguaje visual, es posible alcanzar aspectos de la realidad cercana que no pueden ser verbalizados, constituyendo, de esta manera, un elemento importante en la elaboración de las condiciones que configuran la apropiación del espacio urbano por parte de sus habitantes.

En este sentido, Guzmán y Araujo (2017) argumentan que los mapas mentales examinan la estructura de los dibujos espontáneos utilizados por los habitantes para hablar de su entorno, dando la posibilidad de establecer relaciones entre estas representaciones y las materialidades que los rodean. De esta forma, el dibujo favorece la representación de la apropiación del espacio y la construcción simbólica de quienes lo habitan.

La actividad se sugirió al final de la entrevista, en la que se les invitó a dibujar su casa tal como la recuerdan desde el exterior. Sin embargo, no todos aceptaron, 7 de los 18 entrevistados accedieron a participar en la actividad. Al dibujar se les solicitó que describieran verbalmente el resultado, justificando y explicando los detalles de los elementos incluidos. Así, fue posible analizar los procesos de simbolización presentes en la narrativa, donde algunos de los elementos presentes en el dibujo cobraron un valor simbólico único para la persona, además de la representación, refiriéndose a momentos específicos de su cotidiano.

El ejercicio resultó ser útil para abordar características asociadas con el entorno físico —por ejemplo, la belleza del entorno construido—, pero también preguntas relativas con la identidad, la memoria y el sentido del lugar. Por lo que, el ejercicio permitió a investigar la relación de la imagen física y mental de una fachada con la experiencia personal de un lugar de vida y su relación con la forma en que los habitantes se apropian del espacio frente a su hogar.

3.5. Estrategia y procedimiento de análisis de la información

En ese sentido, ya que el objetivo es comprender las formas en que la fachada es habitada y resignificada como un espacio de transición entre lo privado y lo público, fue necesaria una interpretación más densa de las experiencias, sensaciones y simbolismos expresados por los habitantes, por lo que el análisis de los datos recopilados se llevó a cabo siguiendo los planteamientos de la Teoría Fundamentada, propuesta originalmente por Glaser y Strauss en 1967 y ampliada posteriormente por Strauss y Corbin (2002), según este enfoque, las interpretaciones e ideas deben surgir de los propios datos y no forzarlos con teorías preexistentes.

Para Strauss y Corbin (2002), la Teoría Fundamentada es un enfoque metodológico para analizar y descubrir patrones y conceptos, para más adelante establecer relaciones entre sí; es un procedimiento que va creciendo, de forma inductiva y flexible, y en el que la teoría se revela poco a poco según se tiene contacto directo con la información que se consigue. De este modo, Sampieri et al. (2014) señalan que este enfoque permite obtener resultados que vienen directamente de los datos, con categorías, temas, ideas o significados que surgen del

análisis organizado de los datos que están relacionados con cómo se plantea el problema de la investigación, ya sea por medio de entrevistas, observaciones, documentos o cualquier otro tipo de recolección de datos.

Esto implica un procedimiento analítico de tres pasos: codificación abierta, codificación axial y codificación selectiva (Creswell, 2007). El paso de codificación abierta implica revisar entrevistas, textos u observaciones, y encontrar palabras, significados o frases que parezcan ser de importancia. En el paso de codificación axial, se requiere conectar ideas, conceptos o subcategorías a otras ideas, para desarrollar categorías temáticas. Finalmente, en el paso de codificación selectiva, se requiere seleccionar los temas que son esenciales para proporcionar más información sobre lo que se está observando en el fenómeno de interés, y así relacionarlos con una comprensión más detallada y completa.

Además, dentro del alcance de la estrategia metodológica, se incluyó el análisis de imágenes, mediante registros fotográficos y mapas perceptuales construidos durante la investigación de campo. Según Mannay (2007) el uso de metodologías visuales en la investigación cualitativa puede proporcionar una forma de triangular los datos de las entrevistas, pero también permitir otros métodos de acceso a cómo las personas piensan, sienten y dan sentido a sus experiencias. Rose (2010) afirma que, para comprender una imagen, no es suficiente observar lo que muestra, sino que es necesario examinarla, teniendo en cuenta tanto el contexto visual como el social y cultural. En otras palabras, una imagen tiene sentido no solo por lo que muestra, sino también por las costumbres, ideas y experiencias de las personas.

Por lo tanto, este enfoque es muy útil para entender cómo las personas viven y dan sentido a sus espacios cotidianos, en este caso sus casas o las fachadas. Al usar la codificación de los datos —es decir, al organizar y analizar lo que dicen y muestran los habitantes—, se puede conocer no solo lo que hacen, sino también cómo piensan, sienten y transforman sus lugares. Así, se logran identificar aspectos sociales —como las relaciones con los vecinos—, espaciales —cómo usan o adaptan el espacio— y simbólicos —lo que ese lugar representa para ellos—, todo desde su propia perspectiva.

3.5.1. Codificación de los datos

Para el análisis de datos se utilizó el programa ATLAS. ti. Este software se utiliza para tratar datos cualitativos —entrevistas, notas de campo, imágenes, vídeos— y permite la selección de segmentos relevantes de la información y la asignación de códigos, y además conexiones entre ellos para obtener una visión de los datos (Sabariego Puig, Vilà Baños, & Sandín Esteban, 2014). En consecuencia, es un recurso útil, ya que ayuda a la organización de la información, simplifica la detección de relaciones y patrones, y facilita un registro ordenado y transparente del proceso de análisis.

Sim embargo, tal como señala Friese (2014), el software por sí solo no realiza el análisis ni la interpretación de los datos. Su función principal es facilitar la organización, la codificación de la información, siendo la responsabilidad exclusiva del proceso de análisis e interpretación del investigador.

El primer paso fue la importación y clasificación de los archivos en ATLAS.ti. Se cargaron las transcripciones de las entrevistas, junto con los registros visuales —fotografías y dibujos— y las notas de campo. La codificación se llevó a cabo en tres fases secuenciales y complementarias: codificación abierta, codificación axial y codificación selectiva, las cuales se justificaron anteriormente.

Ejemplo del procedimiento de codificación inductiva en ATLAS.ti:

Tabla 2

Fases del Proceso de Codificación y Aplicación en ATLAS.ti

Fase	Descripción	ATLAS.ti
Codificación abierta	Lectura detallada de entrevistas, notas de campo y registros visuales para identificar conceptos y temas emergentes relacionados con el tema de investigación. Ejemplo de codificación: “uso del umbral”, “decoración de paredes”, “colocación de rejas”.	Creación de códigos iniciales, análisis de frecuencia de palabras, búsqueda de texto y generación de nubes de palabras.

Codificación axial	Organización y vinculación de los códigos iniciales en torno a categorías que explican relaciones entre ellos. Se generan categorías y subcategorías que indican las relaciones. Ejemplo de codificación: apropiación del espacio, identidad y pertenencia, seguridad y control del umbral,	Organización y vinculación de los códigos iniciales en torno a categorías que explican relaciones entre lo privado y lo público, así como entre las prácticas espaciales y los elementos materiales y simbólicos.
Codificación selectiva	Integración de las categorías clave (apropiación, transición, identidad barrial) en torno a una narrativa central sobre la fachada habitada.	Consolidación de categorías principales y memos teóricos.

Nota. Elaboración propia.

Además de la organización de datos, ATLAS.ti cuenta con herramientas para facilitar la visualización del análisis, como el diagrama de coocurrencia tipo Sankey, que presenta gráficamente la coocurrencia de códigos en el mismo fragmento de entrevista, imagen o nota, desde el cual es posible percibir la articulación entre categorías como, por ejemplo, la coocurrencia del código "umbral" con "búsqueda de privacidad" o "contacto con los vecinos".

Se pueden utilizar redes semánticas, a través de las cuales se pueden construir mapas visuales entre conceptos, categorías y citas que facilitan la visualización de la estructura de significados de los participantes. Así como añadir citas teóricas que respalden o cuestionen los códigos asignados, lo que permite comparar lo expresado por los participantes con lo que sugieren los autores en estudio. Y, por último, insertar fotografías o dibujos, ampliando el análisis al incorporar la dimensión visual del significado. En este sentido, estas herramientas permiten organizar, profundizar y visualizar el análisis.

3.5.2. Estrategia de análisis: patrones y actividades

En coherencia con el enfoque etnográfico y la estrategia de análisis basada en la Teoría Fundamentada, esta investigación incorpora dos marcos conceptuales y metodológicos complementarios para la lectura e interpretación de los datos empíricos: la

teoría de patrones de **Christopher Alexander (2009)** y la **clasificación de actividades urbanas** de **Jan Gehl (2014)**. Ambos enfoques se emplean como herramientas analíticas que permiten articular las dimensiones espaciales y sociales del habitar en la fachada–umbral.

Alexander (2009) argumenta que un entorno construido puede representarse como un conjunto de patrones que conectan forma, actividad y contexto. Un patrón se define como la relación entre un problema recurrente, dadas por un cierto conjunto de fuerzas en conflicto y por una solución que resuelve el problema. Alexander los diferencia entre patrones espaciales ―centrados en objetos físicos y la disposición espacial del entorno construido― y patrones de acontecimientos ―centrados en actividades, usos e interacción social―.

La separación entre forma y acción es importante para el estudio de la fachada como umbral, ya que permite identificar características materiales y conductuales relacionadas con la vivienda. En este estudio, los patrones se aplican como criterio de lectura para reconocer patrones espaciales y simbólicos que existen en las fachadas del caso de estudio, entendidas como intermediarias entre el hogar y el espacio público.

También es relevante para el estudio del umbral utilizar la tipología de actividades urbanas de Gehl (2014) clasificadas en: necesarias, opcionales y sociales, como herramienta de observación y clasificación de las acciones que ocurren en los espacios intermedios, lo que permite comprender cómo las condiciones espaciales, ambientales y de diseño influyen en la intensidad, frecuencia y tipos de prácticas cotidianas relacionadas con el umbral.

La integración de ambas perspectivas permite la creación de una matriz de análisis que articula los aspectos físicos y sociales del habitar: de Alexander ―los trazados arquitectónicos se consideran como patrones de mediación espacial―; de Gehl ―las prácticas observadas se analizan según la actividad que promueven―. Y a partir de las prácticas emergentes identificar a través de la evidencia empírica, lo relacionado con los aspectos materiales, simbólicos y afectivos del umbral.

Así, las propuestas de Alexander y Gehl no se emplean como modelos normativos, sino como herramientas interpretativas, que ayudan a organizar, clasificar y analizar los datos recogidos en el trabajo de campo, conectando así la evidencia empírica con una perspectiva relacional del habitar la fachada como umbral. Igualmente, esta investigación reconoce

algunos referentes recientes para el uso del patrón arquitectónico como marco analítico para la investigación de vivienda y espacio urbano. En este sentido, el interés de la investigación de Schreier Barreto (2021) radica en el potencial metodológico del marco teórico de Alexander para abordar el nexo forma-uso en experiencias latinoamericanas.

3.6. Estudio de caso

Con el objetivo de abordar el fenómeno que se investiga de manera contextualizada, se debe elegir un caso que permita este tipo de ejercicio significativo. Y aunque este tema podría discutirse en un número considerable de contextos diferentes, ya que la relación de lo privado con lo público a través de la fachada es una condición compartida ─en mayor o menor grado─ de todos los espacios ocupados por humanos, también es importante que el caso elegido sea significativo a esta relación.

Teniendo esto en cuenta, para la elección del caso de estudio se consideraron ciertos criterios: se prefirió una colonia ubicada adyacente a espacios de importancia regional, porque podría enfatizar aún más la relación del hogar con la ciudad. También es importante que la colonia elegida corresponda a zonas que tuvieron un crecimiento acelerado, para que se pueda comprender su eventual integración en el tejido urbano más amplio. Finalmente, se prefirieron condiciones físicas que facilitaran la investigación de espacios intermedios, como barrios que muestran una variedad en el tratamiento de la transición de lo privado a lo público.

En este sentido, se opta por estudiar una de las colonias representativas del municipio de Guadalupe, Nuevo León. Este municipio forma parte del Área Metropolitana de Monterrey (AMM) y ha sido uno de los principales escenarios de expansión urbana en el estado, particularmente durante el siglo XX. Dentro de este contexto, la Colonia del Maestro destaca como una de las primeras colonias del municipio, y además por tratarse de una de las primeras iniciativas de vivienda planificada destinada exclusivamente a docentes, impulsada por el gobierno federal.

Otra razón para centrarse en Guadalupe es que la calidad residencial del entorno urbano facilitaría un estilo de vida más centrado en el hogar, lo que también es propicio para examinar las interfaces público-privadas inmediatos al hogar. Adicionalmente, este

municipio cuenta con una mezcla de tipologías residenciales, desde desarrollos de vivienda planificados y formales a la presencia de viviendas informales y autoconstruidas; estos últimos pueden ofrecer una gran oportunidad para examinar las diversas configuraciones de la relación vivienda-fachada-espacio urbano.

Por último, la elección de este caso en particular no sólo responde a las condiciones urbanas y sociales que ofrece la Colonia del Maestro, sino también al situarse dentro del marco histórico del municipio de Guadalupe, dado que la evolución de este territorio, de su inicio a su actual pertenencia al Área Metropolitana de Monterrey, posibilita una mayor comprensión de los actuales modos de habitar y apropiación del espacio. Así, la reconstrucción del antecedente histórico de Guadalupe se hace indispensable para comprender cómo ha sido construida su identidad territorial, social y urbana a lo largo del tiempo y de qué manera estos procesos inciden en la configuración de espacios como la fachada.

3.6.1. Historia y características espaciales del municipio

Testimonio sobre el origen de la Colonia del Maestro Federal en Guadalupe, Nuevo León a través del testimonio del encargado de la oficina de archivo del municipio:

El municipio de Guadalupe se localiza en el área metropolitana de Monterrey, en el estado de Nuevo León; colinda al norte con Monterrey, al sur con Juárez, al oriente con Apodaca y Pesquería, y al poniente nuevamente con Monterrey. Sus orígenes se remontan a la época colonial y su fundación oficial se reconoce el 4 de enero de 1716, después de varios procesos de organización del territorio. Uno de sus antecedentes más importantes fue la Hacienda de la Santa Cruz, propiedad de Juan de Solís —compañero de los fundadores de Monterrey en 1596—, cuyas tierras abarcaban gran parte de lo que hoy conforma el municipio.

Es en los terrenos que heredó la familia de Solís con quienes se entrecruzan otros personajes de la época como, el Capitán Nicolás Ochoa de Elejalde. Mientras, los pueblos originarios —"borrados", "rayados" o "pies descalzos"— vivían hacinados y maltratados por los hacendados, el fraile Juan Lozoya presentó ante el virrey la injusticia que cometían con ellos, por lo que él mandó al licenciado Francisco de Barbadillo y Vitoria a gestionar el

problema, fue este último quien expropió la Hacienda de San Agustín y fundó el Pueblo de Guadalupe, y mandó a construir una misión, con la finalidad de evangelizar a los indígenas, principalmente tlaxcaltecas, que habían quedado asentados en el lugar.

En el régimen virreinal, Guadalupe continuó como un poblado jurídicamente vinculado a Monterrey. En el siglo XVIII sufrió continuos desastres naturales, como inundaciones, que motivaron su repoblación, principalmente en la gestión de Martín de Zavala en 1737. En el siglo XIX, una vez consumada la independencia de México, el poblado, al superar los mil habitantes, se elevó a la categoría de villa, de acuerdo con la Constitución de 1824.

Durante este siglo, tuvo que afrontar no solo brotes de cólera, en 1833, sino la invasión extranjera con motivo de la guerra con Estados Unidos en 1846, en la que participaron varios habitantes destacados, uno de ellos, Agapito Treviño. Posteriormente, durante la Segunda Intervención Francesa, en 1864, se libró la Batalla de la Parroquia el 26 de noviembre, en la que participaron los nacionales comandados por Mariano Escobedo y el teniente coronel Roberto Martínez.

Durante hasta el siglo XX, cuando aún Guadalupe permanecía como pueblo rural, lo que cambió con la puesta en marcha de tres factores que detonaron el crecimiento económico y demográfico:

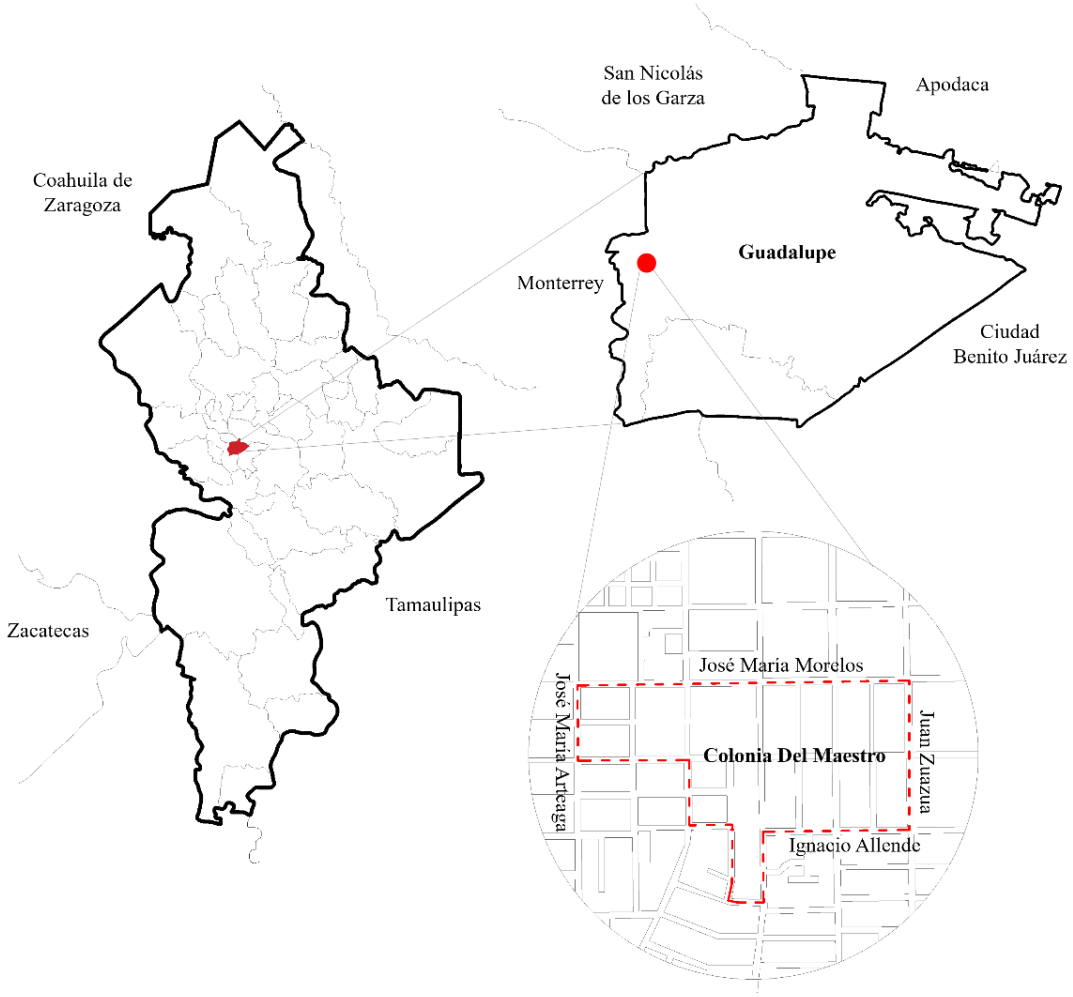
- La puesta en marcha de Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, en 1901, que dio el salto a la industrialización.
- La construcción de la carretera a Reynosa, en 1930, que acercó a su economía al norte del país
- Y la Exposición Agrícola y Ganadera en 1946, que consolidó al municipio como un centro de actividades de la región. En paralelo, el número de habitantes creció de 4 mil 391, en 1900, a 12 mil 610, en 1950; a 59 mil 150, en 1960, y a más de medio millón, en 1980, y 700 mil, en 1995. Hoy, Guadalupe es parte de la Zona Metropolitana de Monterrey, que suma más de un millón de habitantes.

Este proceso histórico evidencia una transformación (social, económica y territorial) que establece el marco histórico-cultural necesario para analizar las formas de habitar,

apropiación del espacio y resignificar la fachada como umbral entre lo privado y lo público en colonias como la del Maestro, ubicada en el corazón del municipio actual.

Figura 2

Localización de la Colonia del Maestro en la Zona Metropolitana de Monterrey y Delimitación del Área de Estudio



Nota. Elaboración propia con base en Marco Geoestadístico, INEGI.

3.6.2. Historia y características de la Colonia

La historia de la Colonia del Maestro se remonta a la expansión urbana que tuvo el municipio de Guadalupe en la segunda mitad del siglo XX, cuando comenzaron a construirse fraccionamientos destinados a sectores específicos de la población. Dentro de ellos, los destinados a trabajadores de la rama educativa ocuparon un lugar privilegiado.

Un testimonio dado por el encargado del archivo municipal refiere que el 17 de julio de 1950, el presidente de la República, Miguel Alemán Valdés —1946 a 1952—, llegó a la Colonia del Maestro Federal, junto con el gobernador de Nuevo León, el doctor Ignacio Morones Prieto, y el alcalde de Guadalupe, José A. Cantú C., a inaugurar un proyecto habitacional de maestros que daba origen a la colonia.

La Colonia del Maestro fue la primera que se construyó en México, destinada a maestros federales por el gobierno, que constaba de 99 casas, destinadas a familias de maestros, siendo promovida por el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (ISSSTE), en particular por el Profesor Felipe Flores Mancillas, entonces líder de Sección 21, que gestionó la creación de la colonia, debido al incremento de la demanda de servicios educativos en el municipio.

Las casas fueron financiadas mediante créditos gestionados a través del sindicato, con pagos descontados directamente de los salarios, las viviendas seguían un modelo uniforme, salvo algunas esquinas con lotes dobles, la comunidad se consolidó con un fuerte sentido de pertenencia y solidaridad: “Mis vecinos no eran mis amigos, eran mis hermanos”, menciona el entrevistado. Aunque las casas no tenían patio, existía un fuerte espíritu de convivencia que se reflejaba en actividades deportivas, académicas y sociales.

Aun cuando la mayoría de las casas han cambiado de dueños o ahora son rentadas a nuevas generaciones, el barrio conserva su sabor histórico. El 15 de mayo, cada año (Día del Maestro), los vecinos continúan celebrando la tradicional festividad que les permite mantener una memoria colectiva. La superficie original de la Colonia del Maestro era de dos hectáreas —cuatro manzanas aproximadamente—, limitada por Mariano Matamoros —norte—, Ignacio Allende —sur—, Juan Zuazua —este— y Verduzco —oeste—. Las casas tienen una fachada promedio de 7 metros y una profundidad de entre 25 y 27 metros.

De ahí que la Colonia del Maestro no solo constituya un apartado de la historia urbana de Guadalupe, sino que también encarne una comunidad por excelencia, fundada en el oficio, en la solidaridad y el compromiso colectivo. Su fundación, su identidad de barrio, y las transformaciones de sus viviendas a lo largo del tiempo, constituyen el marco idóneo para indagar en la configuración, transformación y resignificación de la fachada —entendida ésta como el espacio liminar entre la vivienda y la calle— en la práctica cotidiana. Este marco social e histórico dan las condiciones necesarias para aplicar el enfoque metodológico de esta investigación y profundizar en la forma en que es apropiado y vivido el espacio por sus habitantes.

Figura 3

Monumento conmemorativo de la Colonia Del Maestro Federal en la Plaza Cívica, Guadalupe, Nuevo León

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

3.7. Resultados esperados

De acuerdo con el marco metodológico elegido, el objetivo de este estudio es presentar evidencia que contribuya a la comprensión de las configuraciones socioespaciales que tienen lugar en la fachada en su papel de espacio de transición entre la casa y la calle. A nivel arquitectónico, el resultado previsto de esta investigación destacará el papel de elementos materiales y morfológicos como la barandilla, el porche, el jardín delantero o el tejado, en la creación de umbrales habitables entre el interior y el exterior.

En la dimensión social, el objetivo es registrar los usos cotidianos y la apropiación del umbral, como sentarse, mirar la calle, cuidar plantas y modificar la fachada, lo que permitirá discutir las dinámicas de interacción, permanencia e identidad vinculadas al espacio intermedio. Los resultados también pretenden aportar a la discusión del habitar urbana, bajo la perspectiva de las dimensiones física, social y simbólica, proporcionando herramientas analíticas para la discusión del diseño y la transformación de los envolventes domésticos y su relación con el paisaje urbano y la vida cotidiana.

CAPÍTULO IV. RESULTADOS Y ANÁLISIS INTERPRETATIVO

En este capítulo se mostrarán los resultados del análisis etnográfico realizado en la Colonia del Maestro y las prácticas cotidianas a través de las cuales los habitantes construyen y resignifican la fachada como zona de transición entre la casa y la calle. A partir de las entrevistas, observaciones y registros fotográficos, se detectaron algunos patrones espaciales y de acontecimiento que definen la forma en que la fachada es utilizada como zona intermedia. Este análisis se realizó a través de una codificación abierta, axial y selectiva en ATLAS.TI, utilizando el marco teórico de Alexander (2009) y Gehl (2014).

4.1. Proceso de construcción de los patrones

Los datos recopilados durante el trabajo de campo fueron analizados según la lógica inductiva de la Teoría Fundamentada con el fin de construir interpretaciones que se basen en la experiencia de las personas y la observación directa de sus prácticas cotidianas. Se utilizó el software ATLAS.TI para procesar los datos recogidos en las entrevistas semiestructuradas, los registros fotográficos, las observaciones y los diarios de campo. El software permitió organizar, conectar y visualizar los significados de la casa que surgen en relación con la fachada.

Durante la etapa de codificación abierta, las entrevistas se segmentaron en códigos iniciales identificando términos repetidos relacionados con las prácticas de habitar en el umbral: sentarse, charlar, cuidar plantas, limpiar, observar la calle, vigilar la puerta y adornar la fachada, entre otros. Esto demuestra que el habitar se practica a través de micro prácticas que relacionan el interior de la casa con el espacio público próximo. Con base en los códigos iniciales, se estableció una lista de 81 códigos que permitieron agrupar la variedad de prácticas, significados y materialidad del habitar en el umbral.

Posteriormente, en la codificación axial, los códigos se agruparon por proximidad temática para relacionar lo físico y lo social, lo material y lo simbólico, que se manifiestan en la interfaz. En este punto, se pudo reconocer aspectos comunes y compartidos entre las diferentes variables como: el cuidado o el mantenimiento, la identidad, la decoración, la observación, la interacción, la memoria y la construcción progresiva.

Para organizar los patrones, se recurrió al concepto de patrón introducido por Alexander (2009), como una herramienta analítica para agrupar las relaciones frecuentes entre las configuraciones espaciales y las actividades diarias. Así, los patrones espaciales de las fachadas —existencia de rejas, porche, jardines o aceras— son dispositivos materiales que facilitan y crean modos de apropiación, mientras que los patrones de acontecimientos —sentarse, hablar, decorar, cuidar— son las prácticas sociales que dan significado a estos modos de apropiación.

Además, se incorporó la clasificación de actividades urbanas —necesarias, opcionales y sociales— propuesta por Gehl (2014), lo que permitió entender la fachada no solo como un componente físico, sino también como un espacio donde las actividades se vuelven variadas según la calidad y apropiación del espacio. El acto de entrar y salir de casa —actividad necesaria—, sentarse a cuidar las plantas o a conversar con los vecinos —actividades opcionales y sociales—, expresan diferentes niveles de interacción y apropiación del espacio.

Finalmente, en la codificación selectiva, las categorías se integraron en patrones interpretativos del habitar, que expresan la síntesis entre espacio y acontecimiento. Estos patrones representan configuraciones recurrentes en las que los habitantes transforman la fachada en un espacio vivo y significativo. Los ocho patrones resultantes —el umbral como extensión del interior, como espacio de cuidado, como lugar de observación, como sala social, como filtro emocional, como espacio de memoria, como construcción progresiva y como plataforma económica— sintetizan configuraciones recurrentes observadas en el trabajo de campo, a través de las cuales el límite entre lo privado y lo público se vuelve —o no— permeable en la experiencia cotidiana.

En conjunto, el ejercicio de construcción de los patrones proporcionó una traducción de una imagen descriptiva a una explicativa de la casa. La combinación de las aportaciones de Alexander y Gehl hizo posible que lo espacial y lo social dialogaran entre sí, ilustrando la fachada como un umbral no solo desde un punto de vista arquitectónico, sino también como un lugar donde las acciones, los sentimientos y las materialidades negocian lo que es el entorno urbano como experiencia cotidiana.

Tabla 3

Relación entre Códigos, Categorías Axiales y Patrones del Habitar en la Fachada

Dimensión analítica	Categoría axial	Códigos representativos (Atlas.ti)	Tipo de patrón (según Alexander y Gehl)	Patrón interpretativo resultante
Material y espacial	Extensión del interior	sillas en el porche, techos ligeros, jaulas, ampliaciones	Espacial	El umbral como extensión del interior
	Construcción progresiva	autoconstrucción, mejoras, materiales diversos, adaptación al clima	Espacial	El umbral como construcción progresiva
	Relación con el entorno	reja, ventana, banqueta, visibilidad, sombra	Espacial	El umbral como lugar de observación
Cotidiana y social	Cuidado y mantenimiento	limpieza, orden, plantas, ornamentos, afecto, altar	Acontecimiento	El umbral como espacio de cuidado y expresión personal
	Sociabilidad y encuentro	sentarse, conversar, recibir visitas, prestar sillas	Acontecimiento (Gehl: actividad social)	El umbral como sala social
	Control y protección	abrir/cerrar rejas, vigilar, aislamiento, confianza, seguridad	Acontecimiento (Gehl: actividad necesaria/opcional)	El umbral como filtro emocional
Simbólica y afectiva	Memoria y significación	recuerdos, objetos heredados, decoración festiva, identidad barrial	Acontecimiento simbólico	El umbral como espacio de memoria

Nota. Elaboración propia a partir de la codificación abierta, axial y selectiva realizada en Atlas.ti, con base en Alexander (2009) y Gehl (2014).

La Tabla 3 es una síntesis de los resultados de la codificación realizada en Atlas.ti, que reflejan las categorías axiales y los patrones interpretativos. Esto permitió ver cómo la morfología espacial de la fachada y los comportamientos cotidianos registradas durante el trabajo de campo se agruparon en patrones que reflejan los modos particulares de ocupar el umbral en la Colonia del Maestro.

4.1.1. Clasificación de los patrones

Como resultado del análisis realizado en Atlas.ti y la codificación selectiva, los hallazgos se clasificaron en ocho patrones interpretativos del habitar que surgieron de la interacción entre los elementos espaciales de la fachada y las prácticas cotidianas de sus habitantes. Dicha disposición permite entender que el habitar no es solo una cuestión de la forma arquitectónica, sino de la interacción entre estructura y práctica, entre lo material y lo social. Así, los patrones muestran cómo las personas se apropian de la fachada como un espacio intermedio, en el que el borde se convierte en un sitio para la interacción social, la vigilancia o la autoexpresión.

Los ocho patrones se enumeran a continuación, clasificados según su carácter predominante.

Patrones espaciales

- El umbral como extensión del interior.
- El umbral como construcción progresiva.
- El umbral como lugar de observación.

Patrones de acontecimientos

- El umbral como espacio de cuidado y expresión personal.
- El umbral como sala social.
- El umbral como filtro emocional.
- El umbral como espacio de memoria.
- El Umbral como plataforma económica.

4.2. Patrones espaciales

4.2.1. El umbral como extensión del interior

El estudio etnográfico muestra que el umbral se percibe como una extensión física de la vivienda hacia la calle, un área semiabierta a la que se extiende el hogar. No es parte de la casa ni de la ciudad, sino el área intermedia, la frontera que une a ambas. El estudio en la Colonia del Maestro aporta evidencia de que el umbral —porche, reja o antejardín— se percibe como una continuación de la casa, una especie de escenario que se despliega desde el interior, como un área intermedia de apropiación donde el hogar se expande sin perder sus límites íntimos.

Figura 19

El Umbral como Extensión del Interior: Continuidad entre la Casa y la Calle

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

La apropiación del espacio público se manifiesta a través de pequeñas acciones —el sacar una silla, el secado de la ropa o el riego de las plantas— que proyectan el interior de la

casa al espacio exterior y resaltan la noción de conexión entre casa y calle. Para muchos residentes, vivir en el umbral es lo mismo que estar en casa. Sara (72 años residente de la colonia, entrevista) enfatiza: "Aquí me siento como si siguiera adentro, nomás que con más aire". Su declaración sintetiza los dos aspectos del patrón de apropiación: el umbral garantiza la interioridad y la protección de la casa, así como una visibilidad gestionada con el contexto exterior.

Dentro de este patrón, una de las manifestaciones más recurrentes es:

A. El umbral como sala de usos múltiples

Durante esta ampliación, los objetos allí disponibles en el umbral actúan como mediadores que convierten el espacio en una sala exterior multiusos donde los habitantes desarrollan una serie de actividades funcionales, sociales y recreativas.

Traslado de usos domésticos

La apropiación se expresa a través del continuo traslado del mobiliario y equipamiento del interior de la vivienda hacia el espacio liminal. Las sillas, macetas, bancos o mesas son objetos domésticos que se mueven hacia el umbral y extienden el interior de la casa. Basado en Gehl (2014), todas estas actividades generan las actividades opcionales y sociales, aquellas que aparecen cuando el entorno permite a las personas quedarse e interactuar.

Josefina (80 años, residente desde 50 años en la colonia, entrevista) ejemplifica este uso al indicar que a veces sale al aire libre a coser o descansar: “Aquí pongo mi sillita, mi bordado, y veo pasar a la gente”. Su testimonio indica que, por un lado, el mobiliario sirve como indicador de apertura social y, por otro, permite el dominio visual de la calle. Así, el umbral opera como un sitio de observación y conversación, uno en el que la domesticidad se orienta hacia el exterior de manera controlada, en una condición mixta de apertura y reclusión.

De manera similar, las escobas, tendederos e instrumentos de cuidado de plantas observados durante el trabajo de campo implican que el umbral también se utiliza para las actividades funcionales del mantenimiento del hogar. Estas observaciones implican una

mayor liberación del espacio interior y contribuyen a la lectura de la fachada como parte del interior, un espacio de trabajo, de ocio, de interacción social.

El asador como extensión de la cocina y escenario social

Durante los fines de semana o en partidos de fútbol, el umbral tiene un carácter ritual y comunitario. La colocación de parrillas, mesas plegables y sillas más grandes convierte transitoriamente a la fachada en prolongación de la cocina y del comedor, lugares de uso de mayor privacidad. Ello indica que también el umbral es sede de los usos más privados de la casa, es decir, que en la fachada confluyen lo doméstico y lo social.

Estas prácticas, a su vez, implican una negociación no explícita del espacio público: la extensión a la banqueta o a parte de la calle de la parrilla, las mesas y sillas supone un acuerdo tácito entre los vecinos. Conectadas con esta experiencia están las del Producción Social del Hábitat (Pinzón Vargas, 2023) en las que los habitantes negocian los usos del suelo urbano a partir de acuerdos colectivos y demandas cotidianas. La parrilla proyecta a la calle da una imagen de convivencia y hospitalidad, acorde con la idea de la fachada como vitrina de la identidad. Comer en la calle y compartir la comida refuerzan la pertenencia y la relación entre familia, barrio y espacio doméstico.

Figura 35

El Asador como Extensión de la Cocina y Espacio de Convivencia Barrial

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Rituales cotidianos de cuidado y mantenimiento

La relación entre el interior y el exterior también se reproduce a través de las rutinas diarias de cuidado. Acciones como abrir las ventanas, barrer la puerta o incluso regar las plantas, son formas de extender los límites del hogar y darle vida. Como dice Guadalupe (residente desde hace 50 años, entrevista): “Tener limpia la entrada es como tener limpia la casa”. Esta conexión entre el orden y la sensación de estar en casa es la idea de apropiación material que Vidal y Pol (2005) definen como los mecanismos a través de los cuales el mantenimiento, la decoración y la transformación del entorno consolidan una apropiación basada en la posesión y el afecto. En este sentido, el uso de equipamiento fijo o semifijo como toldos y sombrillas es otra forma de hacer más permanente la apropiación: el umbral no es solo un lugar de paso, sino otra parte de la casa que tiene derecho a ser cuidada, transformada y habitada.

Figura 51

Rituales Cotidianos de Cuidado en el Umbral Doméstico

Nota. Registro fotográfico realizado en el trabajo de campo (2025).

Otra expresión del umbral como extensión del interior se observa en:

B. Subversión funcional y negociación territorial

Además de la apropiación del umbral ya mencionada, en el caso de Colonia del Maestro se puede observar también la domesticación del umbral en apropiaciones funcionales que pretenden compensar las limitaciones de los metros cuadrados de la vivienda. De este modo, el umbral se transforma efectivamente en una extensión funcional de la casa, que aprovecha al máximo la superficie de la vivienda.

Esta apropiación funcional del umbral se corresponde con las conclusiones a las que llegaron Monteys y Fuertes (2001) en *Casa Collage*, en la que la casa se entiende no como un objeto cerrado o definitivo, sino como un lugar susceptible de ser transformado, ampliado y redefinido a lo largo del tiempo por sus habitantes. En este sentido, la casa se concibe como

una estructura continuamente ajustada, cuya morfología y organización se construyen progresivamente a partir de los ritmos, usos y prácticas de la vida doméstica.

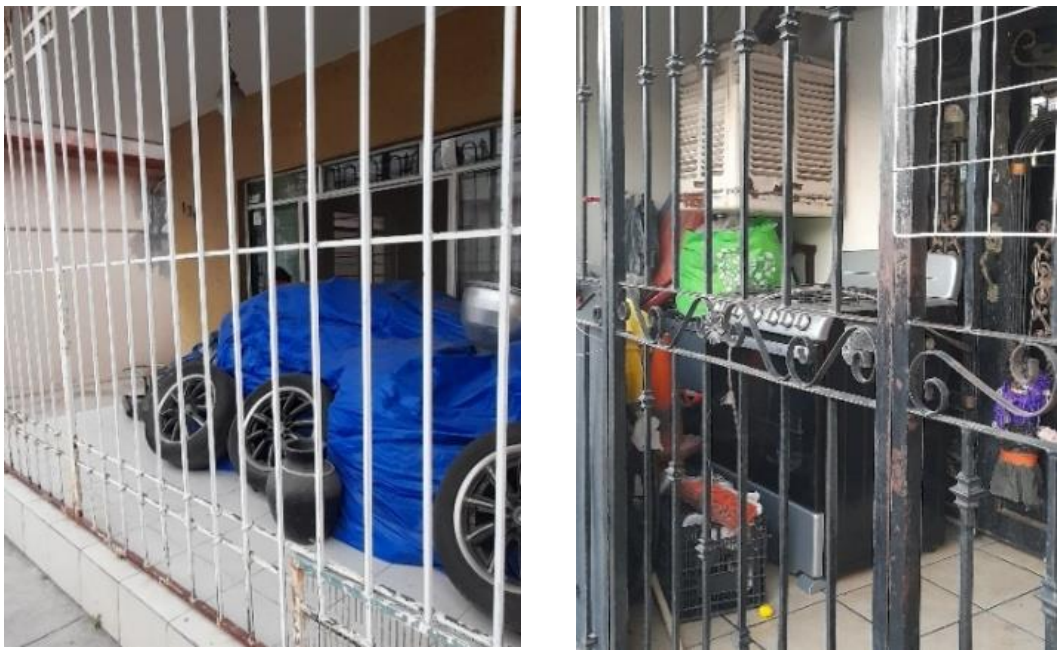
Almacenamiento y externalización del interior

A menudo, debido al limitado tamaño de las viviendas, algunas de sus actividades domésticas se extienden al exterior, hasta el umbral. Durante el trabajo de campo, se observó que los porches y los antejardines se utilizaban como espacios de almacenamiento de herramientas, bicicletas, electrodomésticos o elementos de jardinería, como una forma de liberar el espacio interior de la casa.

Al ubicar estos objetos en el límite, sus habitantes pueden gestionar la exposición de su mundo privado, dándole al espacio frontal una función utilitaria. Al hacerlo, materializan una apropiación basada en necesidades prácticas que, aunque diferentes, es tan relevante como los usos ornamentales o sociales; de esta manera, manifiesta una conexión funcional entre la casa y la calle, en la que el borde físico del edificio se entiende como un espacio de uso y un soporte para la vida cotidiana.

Figura 67

Externalización del Interior: El Umbral como Espacio de Almacenamiento Doméstico



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Invasión de la banqueta y negociación del espacio público

En otras situaciones, la apropiación del umbral trasciende los límites de la propiedad, resultando en ocupaciones más o menos permanentes de la banqueta. La cual es utilizada parcial o totalmente por los propietarios o residentes de las casas para ubicar carritos de venta, sillas —o incluso sofás bajo toldos improvisados—, escaleras exteriores o vehículos que invaden el camino peatonal.

Estas apropiaciones, si bien responden a demandas concretas de la esfera doméstica, como la falta de espacio de almacenamiento o de garajes, cuestionan la relación entre lo doméstico y lo público, y la tensión entre el uso residencial y la movilidad de los peatones. Siguiendo a Gibson (2015) y su propuesta de affordance, el entorno urbano proporciona affordances que son reinterpretadas por las personas como soluciones a deficiencias materiales o espaciales. La banqueta deja entonces de ser solo un espacio de circulación para convertirse, en cierta medida, en un territorio de negociación, en el que se alcanzan acuerdos, se crean tolerancias vecinales y se negocian fricciones cotidianas.

Figura 83

Extensión del Habitar hacia la Banqueta: Apropiaciones Domésticas y Negociación del Espacio Público

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

En conjunto, estas prácticas permiten comprender el umbral como:

C. El umbral como zona de mediación activa

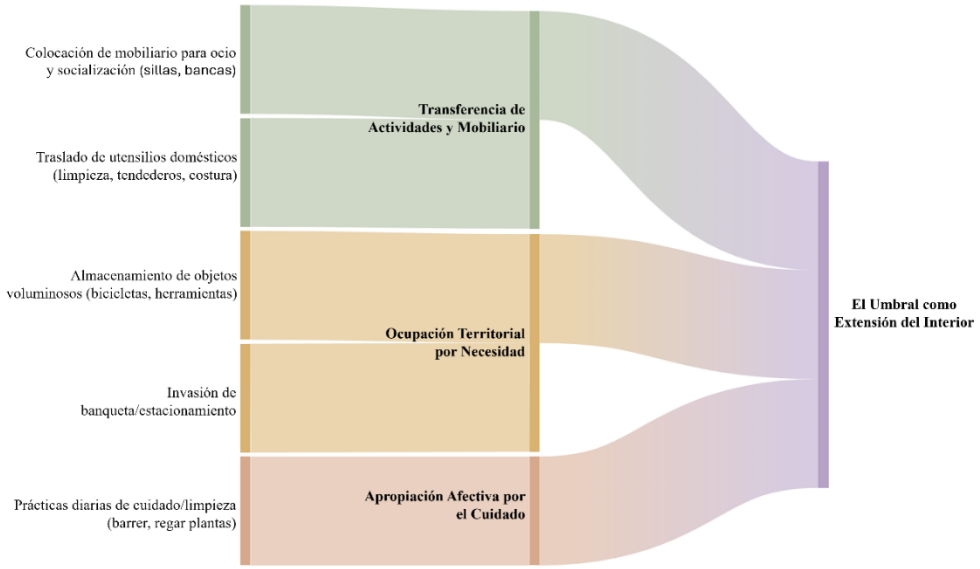
En general, la evidencia etnográfica presentadas demuestran que el umbral funciona como una interfaz que materializa la relación entre cuerpo, espacio y necesidad a través de la presencia física. La extensión del interior a través del umbral permite al habitante establecer un sentido de permanencia en relación con su casa y extender su domesticidad al exterior.

En palabras de Bachelard (2000), la casa es una de las mayores potencias de integración para los pensamientos, recuerdos y sueños de las personas. Porque en la casa, las oposiciones entre exterior e interior, entre naturaleza y seres humanos, no son un dualismo, sino una dialéctica. En esta dialéctica, hay un escenario para cada conflicto entre lo abierto y lo cerrado. Así, sentarse, almacenar o trabajar en el umbral son prácticas que implican una apropiación material y simbólica, donde el límite del hogar se negocia constantemente. Y, esta continua reorganización según las exigencias de la vida cotidiana concuerda con el concepto de Monteys y Fuertes (2001) de la casa inacabada —la casa no es un objeto, sino un proceso que se transforma y adapta a lo largo del tiempo según las necesidades y formas de vida de sus habitantes—.

En este contexto, el diagrama que sigue sintetiza el flujo de prácticas y significados construidos en torno al patrón presentado, “el umbral como extensión del interior” y las relaciones entre las prácticas de moverse, ocupar y cuidar, todo lo cual constituye el umbral como una extensión viva del hogar.

Figura 99

Diagrama Sankey del Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Extensión del Interior"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

Esto se refleja en el diagrama de Sankey, donde se mapean estas prácticas y se revela que el umbral está moldeado por una expansión fluida y funcional del espacio doméstico hacia afuera. El flujo de prácticas se organiza en tres flujos principales: la transferencia de actividades y mobiliario, la ocupación territorial por necesidad y un flujo transversal que articula los dos anteriores desde una perspectiva simbólica, la apropiación afectiva a través del cuidado.

El flujo de transferencia de actividades y mobiliario es característico del uso del umbral como una sala exterior de múltiples propósitos, donde se traslada parte del mobiliario interior —sillas, mesas, plantas, herramientas— y donde las actividades domésticas, recreativas y de descanso se desarrollan más allá de los límites de la casa.

El flujo de ocupación por necesidades es el uso funcional del umbral como almacenamiento o expansión interior —en respuesta a la falta de espacio o su saturación— o su expansión hacia la acera —en la que los límites entre lo privado y lo público son

resignificados por los usos y los pactos tácitos de convivencia—. Finalmente, el flujo de apropiación afectiva es el apego emocional que refuerza la expansión doméstica a través de prácticas de cuidado como limpiar, ordenar, barrer, regar, pintar, etc., que fijan el umbral como parte de la casa, incorporándolo al imaginario de una domesticidad vivida y compartida que se proyecta a la calle.

Así, el umbral se convierte en una habitación más del habitar popular, capaz de satisfacer las necesidades materiales y emocionales de sus habitantes, de mantener la privacidad y, al mismo tiempo, de reclamar la casa como parte del paisaje urbano. Tal visión del umbral como espacio de la vivienda documenta no solo su participación en la extensión diaria del interior, sino también su carácter negociable. De hecho, es precisamente en esta última función, en el cambio permanente, ya sea de materiales, ampliaciones o evidencias constructivas, donde surge la segunda modalidad: el umbral como construcción progresiva.

4.2.2. El umbral como construcción progresiva

El umbral en la Colonia del Maestro es una expresión espacial del tiempo y de las dinámicas de la vida cotidiana. En él se observa la evidencia material de la autoconstrucción, la remodelación y las modificaciones de uso que ocurren a lo largo del tiempo. Las fachadas muestran diferentes características constructivas, como materiales nuevos, muros de diferentes acabados y barandales soldados, que son característicos de la vivienda popular. Cada adición o sustitución es testimonio de un proceso circular de mejora, inversión económica y permanencia familiar en el lugar.

A. Autoconstrucción, continuidad y apoyo técnico

Para la mayoría de los habitantes del lugar, las viviendas han surgido como resultado de un proceso de autoconstrucción en el que se continúa con la dinámica de la creciente habitabilidad en un proceso que se va acomodando a la necesidad familiar y presupuestaria, tal como explica María: “Cuando llegamos no había nada, mi esposo fue levantando todo poco a poco, con lo que se podía” (residente desde hace 50 años, entrevista).

Estas prácticas se basan en la disponibilidad de recursos y la colaboración familiar, como es el caso de Jorge: “Mi papá empezó con un cuartito y luego se fue ampliando; aquí todos le fuimos metiendo mano para poder terminar la casa” (residente desde hace 60 años, entrevista), esta realidad explica también las viviendas que permanecen en etapas iniciales de construcción: “La casa se compró, pero nunca ha habido dinero para hacerle muchos arreglos. Así como estaba, así se quedó”. De esta forma, se coincide con las ideas de Turner (1977), que afirma que el valor de una casa reside no en su acabado, sino en la capacidad del ocupante de adecuarla a sus requerimientos y circunstancias.

Figura 115

Evolución Material del Umbral: Del Tejabán al Acceso Consolidado

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

La primera foto muestra una casa de madera tipo tejabán, representativa de los estilos arquitectónicos del noreste de México que aún se encuentran en la parte antigua de la Colonia del Maestro. En la segunda foto se muestra una etapa posterior de autoconstrucción en bloque y concreto donde el umbral está más definido por barandillas y la adición de balcones, un ejemplo de mejora progresiva a lo largo del tiempo.

El dinamismo constructivo también se puede percibir a través de la interacción entre la informalidad y el apoyo técnico. La mayor parte de las viviendas fueron construidas por los propios habitantes, en algunas ocasiones hubo consultoría técnica, como menciona Felipe: “Un arquitecto me ayudó y dibujó la casa” (88 años, residente desde hace 45 años, entrevista). Por su parte, Rosana añade: “El arquitecto ese le hizo el plano, pero todo fue a gusto de mi papá, todo fue idea de él” (residente desde hace 55 años, entrevista). La casa se presenta, así como un proyecto en curso que se adapta y crece al ritmo de la vida familiar, conservando siempre la autoría del habitante como referencia central para las decisiones espaciales.

B. Huellas materiales y estética progresiva

Las observaciones de campo revelan un proceso continuo de modificaciones a través de la sustitución y superposición de materiales. Esta estética progresiva se convierte en testimonio de continuidad, adaptación y permanencia.

Renovación funcional

El reemplazo de materiales se justifica por lograr mejores condiciones de habitabilidad. Ricardo: “Antes mi casa era un tejabán, luego fuimos cambiando por blocks de cemento, lo que sí, se va cambiando es la pintura, ya lleva varias manos” (79 años, residente desde hace 64 años, entrevista). De igual forma, Jorge: “Sí, antes no había esta reja de la entrada, aquí estaba cerrado, había una pared, pero queríamos más luz al interior” (Jorge, entrevista). En estas declaraciones es evidente que estos cambios no son vistos como una pérdida, sino como parte del ciclo doméstico, donde la casa se transforma según las circunstancias.

Figura 131

Transformaciones en el Umbral de Acceso: Continuidad y Renovación Material

Nota. Google Maps (2015) y trabajo de campo (2025). La primera imagen (2015), el umbral de la casa está delimitado por el predominio de rejas y balcones metálicos. En la segunda imagen (2025), el balcón y la barandilla han sido reemplazados por nuevos acabados y muros que delimitan el acceso de forma más clara. Así, las dos imágenes juntas hablan del carácter progresivo de la casa, de su dimensión acumulativa tal como se expresa en la configuración material del umbral.

Paredes desgastadas, rejas oxidadas, grietas o texturas superpuestas, son todos índices del tiempo que, si bien podrían percibirse como expresiones de precariedad, para los habitantes son concebidos como parte de la biografía de su casa y de una estética de progreso compartida por todos: “Cada uno tiene la casa según sus posibilidades” (Andre 55 años, residente desde hace 60 años, entrevista). El reconocimiento del paso del tiempo es también una forma de arraigo, como lo expresa José: “Aquí todo tiene su historia, nada es nuevo, pero está firme” (residente desde hace 50 años, entrevista).

C. Temporalidad, autoría y memoria del habitar

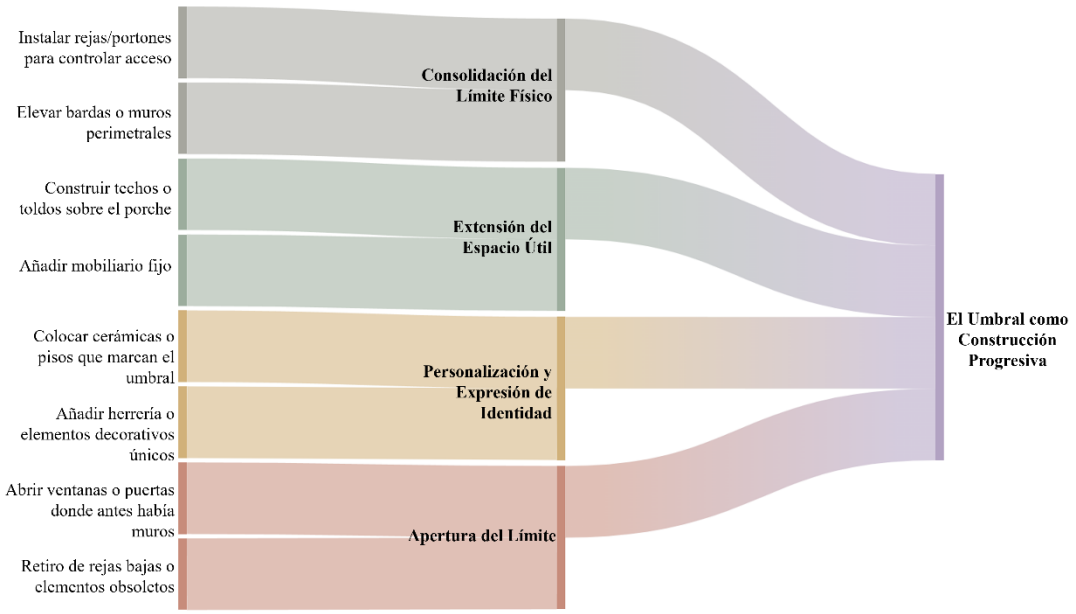
Aquí, el tiempo se convierte en identidad. La fachada se entiende como un objeto de autoría personal: “Tú vas marcando lo que verdaderamente te gusta” (Guadalupe, entrevista).

Cada modificación, como un cambio de reja, una capa de pintura o una reparación improvisada, es un recuerdo materializado de lo han ido pasando en sus vidas. El umbral es así una biografía arquitectónica que registra una historia familiar a través de capas, marcas y huellas.

En general, la construcción progresiva del umbral muestra la relación entre tiempo, trabajo y sentido de pertenencia. Las ampliaciones, reparaciones, cambios de material o intervenciones en el uso de los espacios presentan al umbral como un registro expresivo del habitar, que perfila el cambio familiar, económico y espacial. El umbral marca la casa, pero también presenta al ámbito público una historia doméstica de habitación que se va construyendo a lo largo del tiempo y marcada por el trabajo, la permanencia y el vecindario.

Figura 147

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Construcción Progresiva"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

El diagrama Sankey asociado al Patrón: "El umbral como construcción progresiva" resume los flujos de prácticas materiales que componen este patrón. Se puede ver que la materialidad del umbral es construida de manera progresiva y acumulativa. Las

intervenciones no se originan de un diseño cerrado, sino en una construcción incremental, orientada por las necesidades del hogar, la disponibilidad de recursos y la evolución de la familia.

Los flujos representados se organizan en cuatro grandes tendencias:

- **Consolidación del límite físico (rejas, bardas, portones)**

Este flujo expresa la aspiración de reforzar la seguridad y de definir de manera más clara la frontera entre casa y calle. La colocación de rejas, portones o muros representa una estrategia para blindar el acceso y regular la relación visual y física con el exterior. La consolidación del límite refleja un proceso de fortalecimiento en el que se endurece la frontera doméstica como respuesta a las transformaciones en el entorno barrial.

- **Extensión del espacio útil (techos, estructuras, mobiliario fijo)**

Se utilizan alternativas prácticas y asequibles que aprovechan al máximo el espacio físico disponible para ampliar el umbral. De esta manera, el porche se dota de las características de un lugar habitable para uso doméstico, social o productivo.

- **Personalización y expresión de identidad (cerámicas, pisos, elementos decorativos)**

El cambio de pisos, cerámicas, la colocación de elementos decorativos expresan los aspectos subjetivos y emocionales de la forma de habitar. El gusto y la intención del residente de atribuir una personalidad a la fachada son evidentes en este tipo de intervención. A diferencia de los fines funcionales y de seguridad de las transformaciones anteriores, este tipo de intervención incluye la representación y el sentido de pertenencia al barrio, a través de las historias de la familia y los gustos de los habitantes.

- **Apertura del límite (ventanas nuevas, retiro de rejas, sustitución de elementos)**

Esta modalidad de transformación manifiesta la consolidación del límite la casa. La creación de ventanas en lugares donde había muros, el cambio de rejas antiguas o el intercambio de elementos que permitan la entrada de luz natural o aire enfatizan que la

configuración del umbral no es un proceso unidireccional y lineal. Más bien, es un proceso de negociación, cuyos resultados se ajustan a nuevas exigencias familiares, económicas o simbólicas. Estas intervenciones previamente también forman parte del carácter progresivo del habitar.

Teniendo todo esto en cuenta, se puede decir que la condición progresiva del umbral, tal como lo indica el diagrama, no es una progresión lineal sino una red de acciones concurrentes e incluso opuestas —cerrar/abrir, añadir/quitar, consolidar/remodelar— que presentan el umbral como vivo y en constante desarrollo, aunque de forma diaria y continua. La forma en que el umbral se configura es el resultado de cambios físicos, realizados a lo largo de los años, que lo convierten en una historia material de la historia familiar, económica e influencias técnicas y, especialmente, la historia emocional construida por cada miembro de la familia.

De esta manera, se puede definir al patrón "La Construcción Progresiva del Umbral" como una forma de vivir donde el hogar no se concibe como un producto ya hecho, sino como una obra permanente, que se adapta, se repara y se reinventa constantemente para responder a las necesidades diarias del hogar.

4.2.3. El umbral como lugar de observación

El umbral, como límite físico y simbólico entre la casa y la calle, se construye como un espacio sensorial donde observar es una forma de participar, de ser parte. En la Colonia del Maestro, permanecer en este espacio intermedio permite al habitante interactuar con el vecindario, sin salir —con seguridad— de su hogar. Esta práctica —particularmente frecuente entre los ancianos— no es solo por ocio o control, sino un modo de habitar que se expande hacia afuera, a través de los sentidos. En el umbral, mirar, escuchar y ser mirado son esenciales para la experiencia vivida del vecindario.

A. Presencia sensorial y filtro de la reja

El umbral proporciona un lugar para ver, oír y permanecer, sin salir de casa, expandiendo el espacio vital a través de la percepción cotidiana. Según Monteys (2014), la habitación —entendida como el espacio activo del habitar— no se limita a un espacio cerrado, ya que su ámbito de acción puede extenderse hacia afuera a través de la ventana, los espacios

intermedios y otros medios, para observar, permanecer y participar, sin tener que abandonar el techo doméstico. Así, se puede considerar la permanencia en el umbral como una forma de expandir el interior, y la vida, hacia la calle, desde un espacio seguro y conocido.

Pertenencia y resguardo

José describe este estado ambiguo: “Desde aquí se ve todo, pero uno sigue en casa”. Esta dualidad del umbral, de estar dentro y al mismo tiempo interactuar con el exterior, se acompaña junto a una escucha activa: “Cuando uno está afuera, nomás con oír ya sabe quién anda o qué pasa afuera” (José, entrevista). Esto es parte de lo que Boettger (2014) llama la experiencia activa del umbral, que conceptualiza como una práctica de percepción, orientación y apropiación espacial, en la que mirar y oír permiten a un habitante situarse entre el interior y el exterior sin cruzar realmente el umbral. En esta experiencia perceptual, los habitantes dan sentido a la presencia cotidiana y a los vínculos con el entorno cercano.

La reja como mediadora visual

Todo lo contrario, a un cerramiento ciego, la reja funciona como un filtro visual que media entre la privacidad y la apertura. Carla describe la reja en términos de su rol mediador: “La reja te da confianza; puedes ver sin que los otros te vean tanto” (residente desde hace 25 años, entrevista). Por lo tanto, la reja media una exposición controlada que facilita la interacción visual para mantener los vínculos cotidianos con el vecindario.

Este rol mediador contrasta con el diagnóstico urbano estudiado por De la Carrera (2015) sobre las rejas y cercas que invaden las calles de Lima, para quien, este fenómeno ha contribuido a la disolución de la relación espacio-funcional entre la casa y la calle, produciendo una disminución de la vida pública, al tiempo que potencia la segregación de los ciudadanos limeños. En el caso de Colonia del Maestro, la reja no es un límite excluyente, sino una frontera vivible que controla la mirada y sostiene las relaciones cotidianas con el barrio.

Figura 163

La Reja como Mediadora Visual: Equilibrio entre Apertura y Resguardo

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

B. Observación cotidiana y vigilancia colectiva

Mirar desde el umbral es un hábito común de sociabilidad silenciosa. Sentarse en el porche o mirar por encima de la reja es una actividad recurrente que organiza las rutinas diarias. Socorro lo expresa así: “Siempre me siento aquí en la tardecita a ver quién pasa, así me entretengo” (residente desde hace 65 años, entrevista). Estas acciones demuestran que mirar es una actitud activa para vincularse con el entorno. Desde la sociología de la vida cotidiana, Lindón (1999) observa que las rutinas de las actividades diarias en el barrio promueven la sociabilidad, los sentimientos de apropiación y el reconocimiento, incluso si esta sociabilidad se expresa en lo mínimo o en la ausencia de interacción. En este sentido, mirar y ser mirado es una forma cotidiana de presencia en el barrio.

Figura 179

El Umbral como Lugar de Observación Mutua y Reconocimiento Comunitario

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

En la cotidianidad, la observación también logra un carácter colectivo vinculado al cuidado y la vigilancia solidaria. Berta describe la respuesta inmediata del barrio: "Cuando pasa algo raro, enseguida nos asomamos todos" (residente desde hace 75 años, entrevista). Donde el acto de mirar colectivamente es interpretado por los propios habitantes como una forma de cuidado y alerta comunitaria. La reja, que en principio podría entenderse como una barrera, se transforma en punto de unión y alerta colectiva, una "presencia activa" que refuerza el vínculo barrial.

C. Tensiones entre apertura y resguardo

La apertura visual del umbral crea entonces algunas tensiones, que reflejan el proceso continuo de equilibrar el deseo de conectar y la preservación de la privacidad. Incluso si la reja permite una conexión con el exterior, algunos residentes consideran que demasiada exposición puede resultar incómoda. Como señala Boettger (2014), el umbral es tanto un punto de exposición como un punto de refugio, donde el habitante modula su visibilidad en relación con la situación. En este sentido, Sara dice: "A veces mejor cierro la cortina, porque

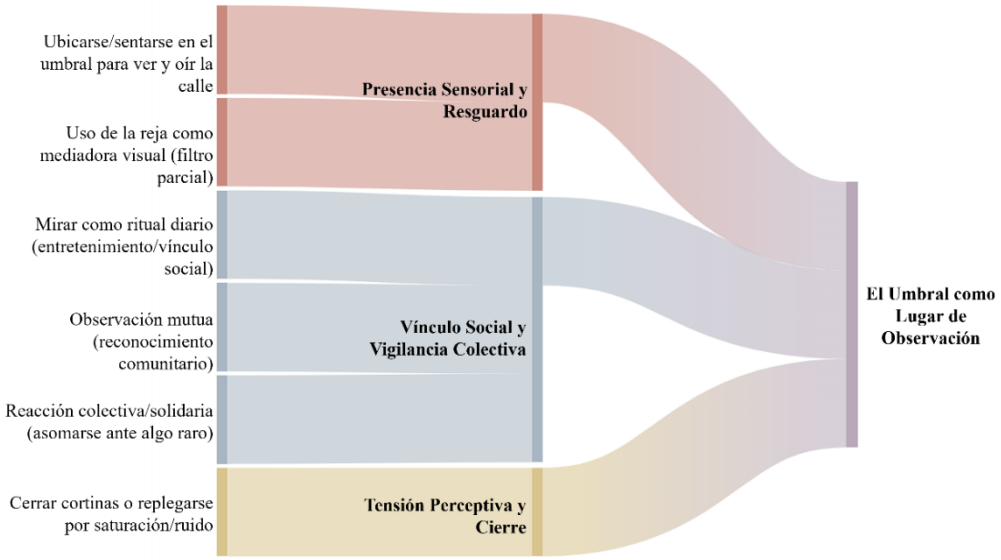
hay mucha gente mirando". Esto resalta la doble naturaleza del umbral, que alternativamente puede ser el lugar donde se produce la conexión social y la apropiación, pero también donde surge la incomodidad. Como tal, el filtro se abre y se cierra en función de esta relación dialéctica entre la apropiación de la conexión y la preservación del espacio privado —o familiar—.

Además, otros elementos como el ruido y la circulación de vehículos modifican la experiencia sensorial del umbral, disminuyendo su función de contemplación y descanso. Como menciona Ricardo: "Cuando me siento afuera; ahora solo hay puros coches y ruido". Esto resulta en una limitación de la interacción directa con el exterior, lo que hace que el habitante se retire al interior de su hogar, disminuyendo el uso del umbral como sitio de interacción sensorial y social.

En definitiva, los relatos y la evidencia visual presentados revelan que mirar desde el umbral es una forma de presenciar, de apropiación y de cuidado de la comunidad. Mirar, en este contexto, funciona como un vínculo social, y mirar desde casa como una forma de participación en la vida del barrio.

Figura 195

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El umbral como Lugar de Observación"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

El Sankey correspondiente al patrón: “El umbral como lugar de observación,” resume y sintetiza los diferentes flujos de prácticas perceptuales y sociales que se articulan para construir el umbral como un lugar de permanencia atenta y de cotidianidad en la interacción con la calle. El diagrama se propone mostrar de qué manera estas prácticas se articulan y cómo contribuyen en conjunto a generar un umbral activo entre la casa y el barrio.

Los flujos representados se dividen en tres dimensiones funcionales:

- **Presencia sensorial y resguardo**

Se agrupan aquí las prácticas que posibilitan al habitante permanecer atento al entorno sin salir de la protección de su casa. El umbral aparece como un punto estratégico de la percepción, donde la mirada y el oído se activan a partir de una posición segura. Más que lo que sucede allí, el diagrama destaca la articulación de estos gestos como forma de permanencia atenta en la que la reja cumple un rol de intermediaria y el cuerpo, de instrumento sensorial.

- **Vínculos sociales y cuidado mutuo entre vecinos**

Este flujo comprende las acciones que hacen más fuertes las relaciones entre las personas a través del límite del hogar. Fijarse en lo que pasa cerca se transforma en acciones compartidas entre vecinos, lo que implica conocerse y tener una actitud atenta en todo el vecindario. En el esquema, este es uno de los flujos más importantes, y demuestra que la presencia de los habitantes en el umbral puede ser una manera de mantener la cohesión del barrio.

- **Tensión en la percepción**

El tercer flujo pone de manifiesto cómo los vecinos regulan lo perciben con los sentidos. Este modelo expone los recursos que evitan —o reducen— el encuentro con la vía pública sea por lo que se observa, lo que se escucha, o algo que es molesto. El diagrama muestra claramente el principio básico: la apertura a la percepción cambia y se negocia y el límite permite tanto la aproximación como la distancia.

Síntesis interpretativa del diagrama

El diagrama muestra que el umbral como sitio de observación está moldeado por el equilibrio de tres movimientos: percepción del entorno; vigilancia mutua y negociar el nivel de exposición. Los tres flujos pueden componerse como: una actividad situada, relacional y negociada donde la mirada, ya sea individual o social, funciona como un recurso cotidiano para vivir la localidad desde el límite del hogar. La síntesis gráfica sugiere que el umbral funciona no solo para ver y ser visto, sino también para controlar esa mirada, que es un recurso espacial dinámico para mantener vínculos y negociar el grado de separación.

Los patrones presentados —expansión del interior, construcción progresiva y la observación desde el límite—, queda claro que el umbral es un elemento arquitectónico dinámico que media entre el cuerpo, el espacio y las prácticas cotidianas. De estos resultados se desprende que el umbral opera a la vez como una extensión práctica del hogar, como un registro temporal y como un punto de presencia sensorial. Estos patrones permiten comprender las lógicas espaciales de habitar en la Colonia del Maestro.

Sin embargo, también existe una dimensión performativa del umbral, que reside en el nivel de las prácticas ordinarias que en el umbral tienen lugar, y le dan vida de maneras simbólica, afectiva, social y económica. Aquí, lo espacial se constituye como vivido y practicado: el cuidado, la sociabilidad, el afecto, el recuerdo, la economía, etc., son todo lo que hace del umbral un sitio de relación. Para abordar esto, entonces, es necesario pasar del análisis espacial a un análisis de los acontecimientos; es decir, a las acciones, discursos y significados de las prácticas cotidianas a través de las cuales el umbral es habitado.

4.3. Patrones de acontecimientos

Los patrones de acontecimientos permiten observar la forma en que el umbral es activado por prácticas significativas. Estos patrones se derivan de las entrevistas, observaciones y fotografías recopiladas, e indican que el umbral opera como un ámbito en el que se expresan afectos, cuidados, interacciones sociales, memoria y economía. Este conjunto de prácticas profundiza la comprensión del umbral como un espacio de transición.

Si los patrones espaciales se ocupan de las formas, distribuciones y materialidades de los límites de la casa, los patrones de acontecimientos se ocupan de las prácticas que mantienen estos límites vivos y significativos para quienes los habitan.

A continuación, se presentan los cinco patrones de acontecimientos identificados en la Colonia del Maestro.

4.3.1. El umbral como espacio de cuidado y expresión personal

El umbral puede pensarse como una esfera significativa de cuidado y autorrepresentación, donde el cuidado diario y la huella personal del sujeto se enuncian a través de gestos performativos. Lavar, pintar, decorar o regar las plantas pueden pensarse, desde un ángulo interpretativo, como escenificaciones materiales de un habitar que cuida. Desde esta perspectiva, estas prácticas diarias materializan, en un plano real, lo que Heidegger (1994) entiende como habitar, que va de proteger, aquello que resguarda al ser humano en su entorno.

En este sentido, los actos diarios de cuidado y decoración no responden únicamente a una lógica doméstica del cuidado, sino que pueden pensarse además como actos que refuerzan el sentimiento de apropiación y orgullo barrial de los habitantes, a través de los cuales la casa se vuelve auténtica en el paisaje urbano relativamente homogéneo.

A. Mantenimiento y cuidado como gesto de apropiación afectiva

Mantener "bonita" la fachada es para los habitantes una forma de mantener viva la casa, lo que se manifiesta en gestos diarios que funcionan como signos de apropiación afectiva. Berta afirma: “Yo barro la entrada todos los días, porque si se ve limpio, se siente bien. Me gusta que la casa se vea bonita, no descuidada”. A través de su relato, la limpieza se convierte en una forma de decir, yo estoy aquí, yo me ocupo de ella. El embellecimiento es una dimensión más que introduce Rocío: “Yo todos los años le doy una manita de gato, para que se vea bonita, porque es mi casa” (52 años, residente desde hace 27 años, entrevista).

Figura 211

Evidencia del Cambio de Color como Práctica de Mantenimiento Afectivo

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025). Fotografías comparativas de la misma vivienda tomadas en distintos meses, donde el cambio de pintura representa una acción de apropiación y cuidado del espacio habitado.

Estas acciones revelan que la fachada opera como un escenario de cuidado continuo, donde la estética popular se entrelaza con el esfuerzo físico y emocional de quienes la habitan. Como afirma Andrea: “Acá pongo mis macetas y cambio las flores según la temporada. Así uno se entretiene, se siente contenta”. Este tipo de cuidado cotidiano puede vincularse con lo que Pallasmaa (2016) describe como una experiencia del habitar en la que la belleza surge del uso reiterado, del contacto corporal con el espacio y del paso del tiempo, más que de una intención formal previa. Mantener la casa “bonita” implica así sostener activamente el vínculo entre el cuerpo, el hogar y el entorno cotidiano.

B. Plantas y decoración como proyección de identidad

El uso estético más representativo en el barrio observado es la apropiación de la fachada mediante el uso de plantas ornamentales, la cual parece ser una respuesta a la falta de vegetación tanto en el interior de la vivienda como en el espacio público.

Así, existe una preferencia por cuidar y exhibir la vegetación de una manera en que pueda ser contemplada tanto desde el exterior, por peatones y vecinos, como desde el interior de la propia vivienda. Esta práctica media el umbral entre lo público y lo privado y dota de personalidad a las fachadas, revelando un ingenio y una voluntad de apropiación del espacio, que puede ir desde la simple colocación de una maceta hasta la construcción de un pequeño jardín. La forma más extendida es el jardín frontal, que frecuentemente invade un poco la banqueta. Estos frentes tienen macetas de diferentes tamaños, materiales y especies —como helechos y plantas de hojas grandes—, que, al agruparse, forman un denso jardín frontal.

Figura 227

Las Plantas y Paredes como Proyección de Identidad

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Esta creatividad también tiene una dimensión vertical, apropiándose de elementos arquitectónicos, como balcones y terrazas con presencia de “matas” —término utilizado por los habitantes—, además de dar vida hacia arriba, funcionando como una defensa visual provisional que eleva el “jardín”, confiriéndole a la fachada un jardín vegetal vertical. De igual manera, la presencia de plantas colgando de las ventanas o incluso de los muros.

Figura 243

Vegetación Elevada y Apropiación Vertical de la Fachada

Nota. Fotografías tomadas durante el trabajo de campo (2025).

Un ejemplo sutil, pero curioso, se presenta en la Figura 19, donde una planta en una maceta en un estante improvisado junto a la ventana con un cartel que dice "aquí crece vida". Este detalle resalta la intencionalidad simbólica que los habitantes atribuyen a esta práctica, para quienes la planta es un símbolo importante de la existencia, tanto del espacio en sí como de la propia persona. "Una casa sin plantas se ve muerta. Le dan vida al espacio y a uno también ", señala Socorro. Este sentimiento es la fuente inmediata de satisfacción, que causa "placer" al "ver la casa bonita", como destaca Carla.

Figura 259

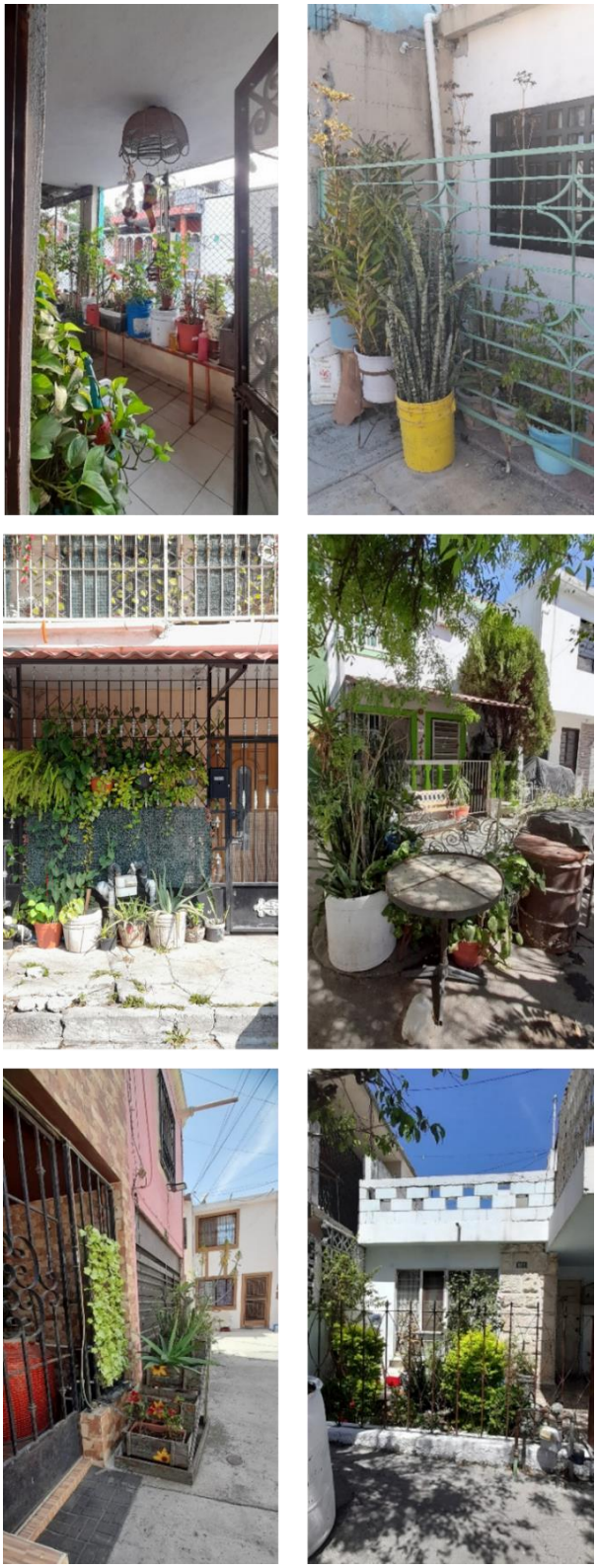
La Planta como Símbolo de Vitalidad Doméstica

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Esta apropiación simbólica, además, logra un reconocimiento social dentro de la comunidad, el cuidado con que se mantienen las plantas que decoran las fachadas de la casa, como una tarjeta de presentación visual que realizan los habitantes. Como señala Muxí (2004), los usos y gestos cotidianos son las estrategias de resistencia a la pérdida de identidad en la ciudad global, porque devuelven el afecto y el sentido al paisaje urbano. De esta manera, el cuidado y la exhibición de plantas, al tiempo que embellecen el hogar, es también un gesto a través del cual el habitante reafirma su dignidad en la ciudad.

Figura 275

El Cuidado de las Plantas como Expresión Identitaria



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Las fotos ilustran el uso de plantas —colgadas en paredes, en patios delanteros o en las banquetas— como signos de cuidado, apropiación y orgullo del hogar. Es el cuidado de lo "verde" lo que no solo hace que el lugar se vea mejor, sino que también transmite al resto de los vecinos que el habitante se preocupa y siente un sentido de propiedad del lugar. Esta exhibición vegetal se une a otras intervenciones en las paredes como una forma de expresión activa. La relación cuidado-visibilidad se extiende y alcanza la representación de la identidad.

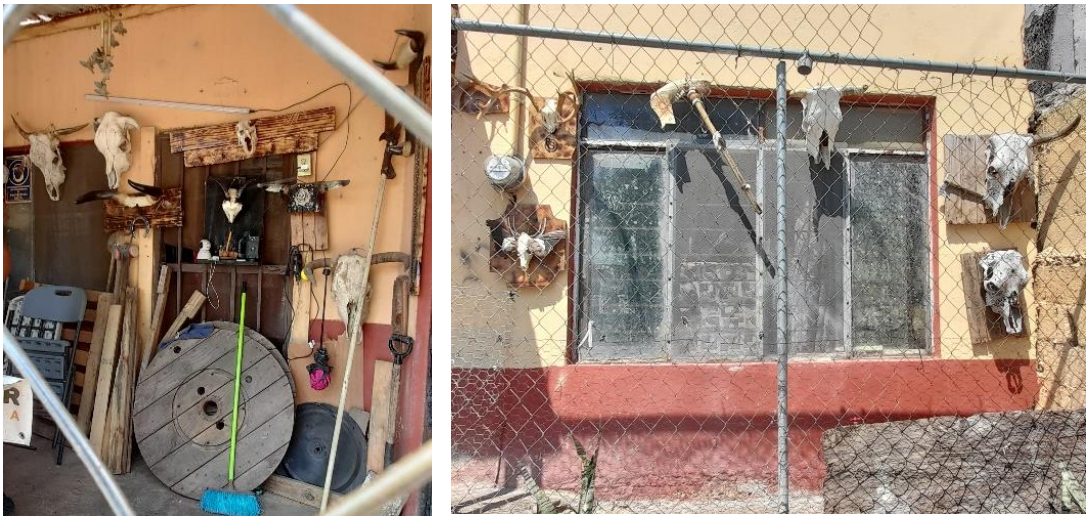
Decoración de paredes: identidad y memoria

Las paredes del umbral sirven como un soporte para la visualización de la identidad, el amor y la memoria, haciendo de la fachada de la casa una extensión viva del habitante. Las paredes de la Colonia del Maestro se emplean como un medio donde se exhiben el gusto, la memoria y los valores, utilizando eficazmente la fachada como un área de discurso social.

En algunos casos, las fachadas se utilizan como un medio para exhibir las aficiones y gustos particulares de los habitantes. Por ejemplo, los cráneos y las astas colgadas en las paredes de la casa en la Figura 21, junto con una variedad de matrículas de diferentes estados, letreros publicitarios antiguos y artículos decorativos que exhiben íconos estadounidenses —Figura 22— fomentan una atmósfera que transmite los intereses, la historia y la herencia de los habitantes hacia el exterior. Esta fachada viva, como representación del umbral, es un límite anónimo que ahora sirve como un soporte visible de la identidad, donde objetos y disposiciones cuentan historias de los habitantes.

Figura 291

Paredes Exteriores del Umbral como Soporte de Memoria y Expresión Colectiva



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Figura 307

Paredes Interiores del Umbral como Extensión Simbólica del Yo Doméstico

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Del mismo modo, las paredes interiores del umbral son como una continuación de la esfera doméstica de la intimidad. Exhiben objetos significativos, recuerdos, fotografías y artesanías que concentran las memorias familiares y personales. Son umbrales simbólicos que median la visibilidad controlada de la vida doméstica, construyendo una continuidad sensible entre el interior de la casa y su presentación exterior.

Las imágenes tomadas durante el trabajo de campo muestran la permeabilidad simbólica de la puerta: los muros exteriores hablan de la identidad del hogar y su pertenencia a la comunidad, mientras que los muros interiores protegen y declaran su memoria emocional; son una cadena representacional simbólica y material donde habitar es narrarse en objetos, espacio y las disposiciones. En este contexto, como enfatiza Esparza Díaz de León (2021), las materialidades del espacio del hogar participan en la construcción de significados privados del uso cotidiano de la casa, los cuales a su vez dependen del vínculo que se tiene consigo mismo y con el contexto más cercano.

Mensajes de bienvenida y hogar

Una segunda función del muro decorado en el umbral es declarar explícitamente un sentido de hogar y bienvenida. En la Figura 23, el letrero que dice Welcome con la decoración LOVE transmite un deseo de dar la bienvenida a otros de una manera acogedora. Este gesto transforma al umbral de la casa en un espacio de recepción de hospitalidad con los demás.

De la misma manera, una placa que dice "*Bienvenidos a la casa de la abuela*" es más que un indicador del nombre del hogar o de las personas que viven allí. Dice quién habita este espacio, pero lo hace de una manera afectiva y generacional. Nombra a la abuela como una forma de anclar el umbral entre generaciones. Ella es el eje que permite a la familia habitar y pertenecer a este lugar. Ella significa memoria, protección y tradición que mantiene unida a la familia.

Según Hertzberger (1991), el umbral es el lugar donde la arquitectura es hospitalaria; donde muestra su actitud hacia el otro. En un sentido similar, Bachelard (2000) argumenta que la casa es la imagen de la memoria y la imaginación, donde se salvaguarda la intimidad, donde se oculta la historia familiar. En este sentido, los mensajes en la fachada no solo son

acogedores, sino que también se relacionan con la memoria afectiva y con la historia de la casa familiar.

Figura 323

Mensajes de Bienvenida y Signos de Pertenencia en la Fachada Doméstica

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Diferenciación y visibilidad social

A través de la decoración, los habitantes también buscan distinguir su hogar frente al de otros, afirmando una identidad propia dentro del tejido barrial. Andrea evidencia esta intención al contrastar su fachada con las de otros vecinos: "Las casas de ahorita yo me he dado cuenta de que no quieren ni un cuadro ni nada, tienen las puras paredes vacías". Su decisión de “marcar la diferencia” convierte su vivienda en un punto de referencia y reconocimiento dentro de la colonia: “En cambio, mis matas que están viendo hacia la calle les llama mucho la atención por las flores y toda la decoración igual.”

En este sentido, la decoración de la casa puede considerarse un proceso de apropiación cotidiano, a través del cual los residentes comunican sus valores, gustos y afectos. Como señalan Monteys y Fuertes (2001), los objetos y el mobiliario son gestos de la relación entre el individuo y el espacio. En este sentido, los elementos expuestos en el umbral

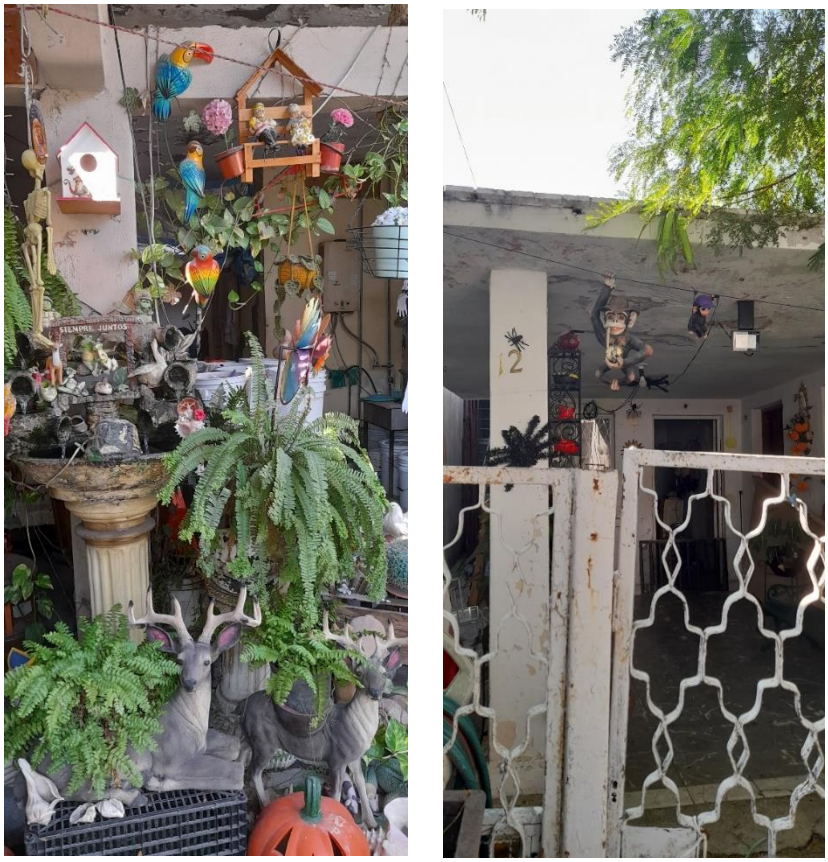
pueden considerarse un lenguaje silencioso que transmite mensajes sobre la identidad, los valores y las formas de vida.

En este contexto, la diferenciación que buscan las personas en sus fachadas adquiere connotaciones culturales y simbólicas. Como diría Baudrillard (1969), los objetos y las disposiciones espaciales en el interior del hogar son signos dentro de un sistema de valores, una disposición que construye un discurso íntimo que los individuos utilizan para expresar su relación consigo mismos y con los demás. Siguiendo esta línea argumental, los colores, ornamentos, plantas o símbolos que los habitantes eligen para su umbral transmiten un mensaje sobre la identidad, los valores y las formas de vida.

Complementariamente, Lipovetsky (1986) argumenta que la homogeneización está siendo reemplazada por la personalización, donde las personas tienen la necesidad de afirmarse incluso en las decisiones más sencillas en términos de estética. Por lo tanto, también es posible considerar el cuidado del umbral no solo como reacciones a la homogeneización del contexto urbano, sino también como una forma de afirmarse en la singularización y dar un carácter distintivo a sus propias casas. La fachada, así, es un lugar donde cohabitan la voluntad de pertenecer al vecindario y la necesidad de diferenciarse, y forman una identidad visible construida a través de la vida cotidiana.

Figura 339

Diferenciación y Visibilidad Social en el Umbral Doméstico



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Las fotografías evidencian cómo los habitantes utilizan las disposiciones del umbral —plantas, adornos y colores— como una forma de expresión personal y reconocimiento de identidad en el vecindario, que, al ser visibles desde la calle, sirven como signos distintivos e inclusivos, frente a la homogeneidad del paisaje urbano en la Colonia del Maestro.

C. Mediaciones ornamentales: puertas, ventanas, balcones y rejas

La decoración de puertas, ventanas, balcones y rejas es también una manifestación de la utilidad de estos elementos, pero también, de una cierta decoración artesanal que contribuye al embellecimiento de las fachadas. En la Colonia del Maestro, estos elementos sirven de superficies de expresión en forma de figuras geométricas, rombos, círculos, flores, soles, animales, etc. Con el propósito de contribuir a un lenguaje visual heterogéneo en el

que se valora la individualidad de los gustos de los que viven allí, pero, al mismo tiempo, se reconocen los signos comunes del barrio.

El uso de motivos de diseño idénticos o similares en la misma cuadra implica una relación familiar o un consenso vecinal en algunos casos, mientras que, en otros, la diversidad de diseños implica un alto grado de individualismo estético, como si cada hogar buscara transmitir su propio mensaje. La coexistencia de estas posibilidades demuestra que el embellecimiento del umbral es, de hecho, una práctica intencionada en cuanto a cómo las personas se relacionan con la calle.

En caso de las ventanas, aparte de su función de dejar pasar la luz y el aire, funcionan como superficies para proyectar la identidad. Algunas a través de la transparencia de sus materiales, dejan ver parcialmente el interior de las viviendas, otros son usadas para proyectar mensajes personales, dibujos o banderas nacionales como lo expresa Socorro: "Es importante para mí porque somos mexicanos". Otros usan materiales reciclados como gestos de creatividad cotidiana. Estos actos, aunque menores, confirman la entrada como un espacio a ser utilizado, como un medio para comunicar la identidad personal en cada detalle visible desde la calle.

Figura 355

Motivos Ornamentales y Símbolos Nacionales como Expresión de Identidad Colectiva

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Como menciona García Canclini (1995), lo cotidiano y lo simbólico se resignifican en lo popular como recursos de identidad y ciudadanía cultural, lo cual se observa a través de las maneras en que la estética doméstica se conecta con el sentimiento de pertenencia. Las opciones decorativas de los hogares no son, por tanto, inocentes desde un punto de vista ornamental, sino estrategias de apropiación estética que dan forma a deseos, recuerdos y afectos.

Carvajalino (2004) sugiere el concepto de *engalle* para nombrar las expresiones ornamentales de la vivienda popular. Para el autor los engalles son expresiones que protegen, personalizan y significan. Recursos como elementos modulares torneados, balcones decorados, rejas con figuras geométricas o distintos tipos de maceteros son recursos de identidad y orgullo doméstico, y de una concepción de la casa que se proyecta a la calle.

Figura 387

Apropiación Estética de Elementos Ornamentales en Balcones Domésticos

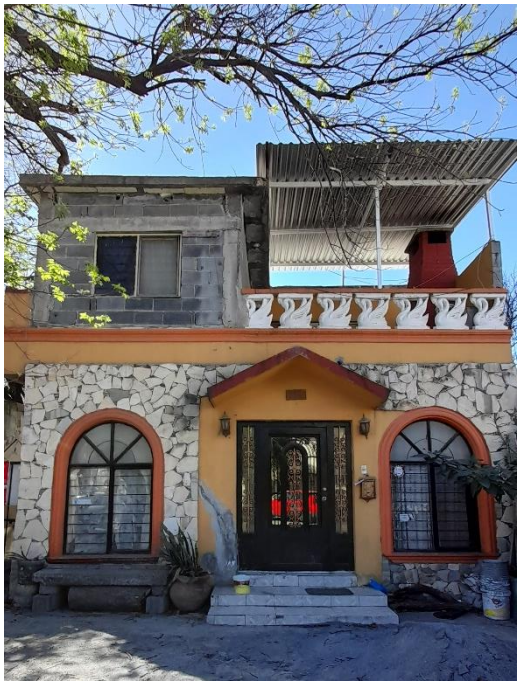


Figura 371

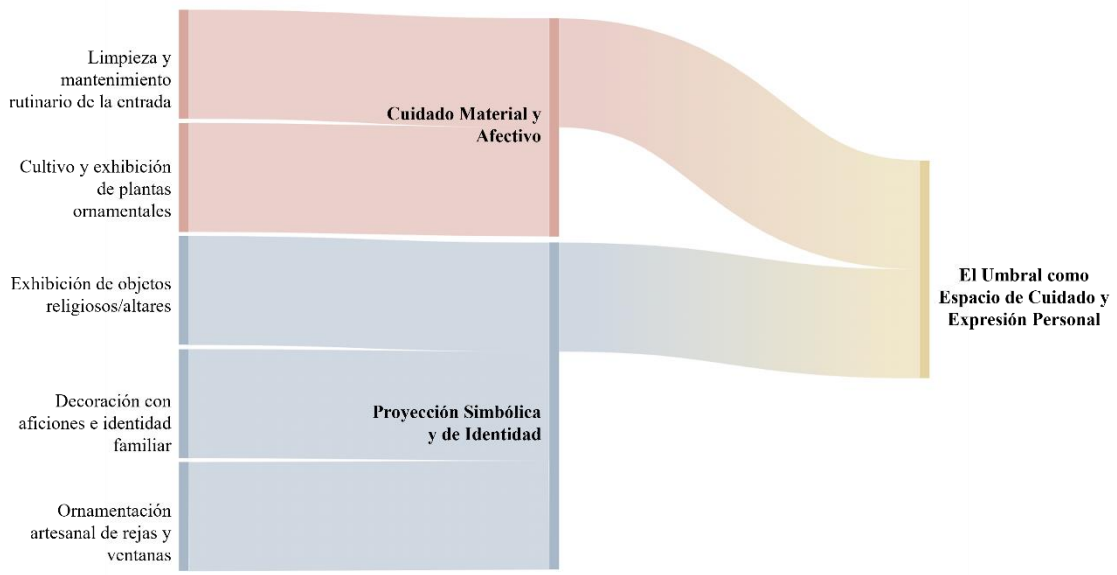
Ornamentación Artesanal en Rejas y Puertas Domésticas de la Colonia del Maestro

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025). Las imágenes muestran la apropiación estética del umbral a través del uso de diseños florales, curvas y elementos cromáticos en las rejas y puertas que denotan el gusto y la identidad de sus habitantes.

Las prácticas de decoración observadas muestran que el umbral es un sitio dinámico para la expresión de la cultura. De esta manera, decorar sería una práctica de cuidado, de apropiación; una práctica estética, que involucra creatividad, trabajo y memoria. Este impulso coincide con la propuesta de Juárez Pichardo (2016) de la vivienda como representación cultural, definida como el medio para transmitir historia, valores y vínculos emocionales. Asimismo, los resultados dialogan con lo que afirma Góez Restrepo (2015), para quien el ornamento tiene el carácter de autoafirmación simbólica frente a la homogeneización urbana.

Figura 403

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Espacio de Cuidado y Expresión Personal"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

El diagrama de Sankey propuesto para este patrón agrega la estructura y las proporciones de las prácticas que constituyen el umbral como un espacio de cuidado y autoexpresión. Se pretende visualizar cómo estas prácticas se agrupan y articulan en dos grandes flujos que se configuran en torno a esta forma de vida.

- **Proyección simbólica e identitaria**

Este flujo agrupa el mayor número de prácticas y resume la naturaleza expresiva del umbral. Agrupa acciones que tienen como objetivo exhibir símbolos, objetos y mensajes que hacen visible hacia el exterior la identidad que el habitante proyecta. El diagrama evidencia que estas prácticas no son secundarias, sino que son fundamentales para construir el umbral como un espacio comunicativo y relacional dentro del paisaje del barrio.

- **Cuidado material y afectivo**

Este flujo incluye todas las acciones de mantenimiento que aseguran la existencia material y simbólica del umbral. La limpieza, el riego, la pintura y la reparación ocasional, así como un trabajo regular que garantiza la persistencia del espacio y su visibilidad, así como las condiciones materiales para hacer que las identidades sean realizables.

Por lo tanto, el diagrama da la posibilidad de observar, que el patrón se construye en la interacción entre prácticas de cuidado y expresivas, sugiriendo que el umbral funciona como un espacio relacional que une lo material y lo simbólico. También permite dar cuenta de que se puede leer el patrón no como un conjunto de acciones aisladas, sino como una conformación de prácticas que aseguran el carácter afectivo y performativo del espacio.

4.3.2 El umbral como sala social: convivencia, descanso y comunicación

El umbral asume un estatus especial como espacio social cotidiano, un espacio liminal que, más allá de los límites materiales de lo doméstico/privado y lo público, permite el descanso, la observación del entorno y, sobre todo, la interacción y la cohabitación con los vecinos, así como con los miembros de la propia familia, quienes comparten momentos de ocio o simplemente circulan por el frente de las casas de camino a diferentes lugares. En las viviendas analizadas, el porche, la banqueta o la reja se transforman en una especie de “sala

de estar extendida" que permite la interacción con los demás, situando la esfera doméstica en el barrio.

Para Gehl (2014) un indicador de un buen espacio público es que en este se pueda sentarse, descansar y, en particular, permanecer. En el caso del umbral como punto de observación, se obtiene la capacidad de estar y de mirar desde allí, y eso implica que no solo está cumpliendo con lo funcional, sino también con lo existencial, de permanecer y compartir, es decir, lo que Gehl llama la vida entre edificios, es decir, una arquitectura pensada a escala humana, cuya proporción, disposición y configuración espacial favorecen la estancia y la interacción cotidiana. Así, el umbral es el medio entre la casa y la calle, un lugar pequeño, pero significativo, que permite la convivencia.

A. Extensión del estar: descanso y contemplación

A través de las entrevistas, se puede evidenciar que el umbral es donde a la mayoría de las personas les gusta sentarse y respirar un poco de aire fresco por la tarde, o, descansar la vista, un gesto que denota un doble carácter, uno reflexivo con relación al espacio, y otro social en relación con las personas que circulan. Esto queda muy claro en el siguiente comentario aportado por Felipe: "Por la tarde me gusta sentarme aquí a ver quién pasa; a veces se acercan mis vecinos y conversamos un rato". Permanecer en la puerta de la casa se convierte en una forma de reconocimiento.

Estas dinámicas pueden aproximarse a lo que Bachelard (2000) plantea como el aspecto afectivo del espacio habitado, definido como el movimiento del cobijo donde la casa reúne percepciones, recuerdos y estados de reposo. En este sentido, el umbral, lejos de poder ser interpretado como el límite material de la casa, podría considerarse como un espacio sensiblemente protector, donde el cuerpo se cobija y la mirada se prolonga sobre la calle, en la prolongación de lo doméstico.

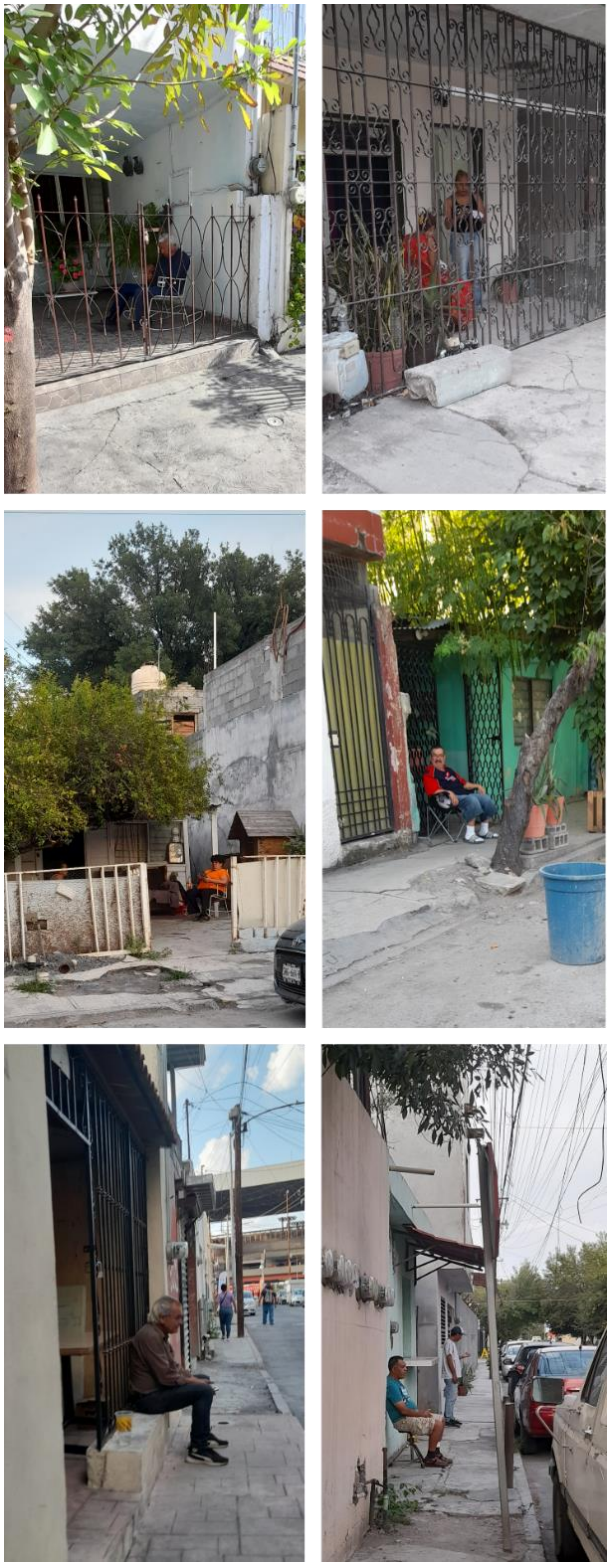
Los resultados del trabajo de campo respaldan esta interpretación del umbral como espacio vivido. La disposición de las sillas y bancos orientados hacia la calle, la colocación de plantas que proporcionan sombra, o la dirección frecuente de la mirada hacia la calle, no son meramente circunstanciales. Más bien, denotan una forma particular de habitar que implica la ubicación del cuerpo en la intersección entre la casa y el espacio adyacente.

Sentarse y mirar a la calle sin estar en ella —completamente—, equivale a lo que Lefebvre (2013) ha identificado como la apropiación del espacio vivido; es decir, la producción de significado a través de prácticas corporales, sensoriales y cotidianas que convierten el borde de un edificio en un lugar dotado de significados y experiencias colectivas.

Manuel lo expresa así: "Aquí me pongo a descansar después del trabajo, saco la silla y me quedo un rato. Se siente más fresco y a veces pasa algún conocido y se detiene a platicar" (residente desde hace 70 años, entrevista). Él está evidenciando que el umbral recupera su papel climático como refugio y zona de sombra, y también como espacio de sociabilidad porque es desde allí que se realiza la práctica cotidiana de aproximarse al exterior. Como señala De Certeau (2000), estas micro prácticas de habitar son tácticas de lo cotidiano que transforman los espacios desde lo individual, y los usos domésticos se convierten en una práctica social.

Figura 419

El Umbral como Extensión del Estar: Descanso, Contemplación y Vínculo Social



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

B. La sociabilidad vecinal y encuentros colectivos

Además de un lugar de descanso para el individuo, el umbral también constituye un espacio para compartir, de cohabitación entre familiares y amigos, un espacio donde se difumina la distinción entre lo público y lo privado. En momentos específicos, el umbral se convierte en un espacio altamente sociable, un lugar para fiestas y reuniones familiares que se extienden desde la casa hasta la acera y la calle.

Figura 435

El Umbral como Espacio de Convivencia y Celebración Familiar

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

El umbral, en estas circunstancias, es el escenario y el área de bienvenida de la casa, y la relación que se establece con este espacio implica la mayor vinculación posible con lo colectivo, expresada a través de la incorporación de mesas, música, comida y una convivialidad que trasciende el diálogo cotidiano. Como relata Yolanda: “Cuando viene la familia, todos nos sentamos aquí, sacamos las sillas, tomamos café o cocinamos afuera para no estar encerrados” (residente desde hace 56 años, entrevista). Estas acciones apuntan a una

cultura de apertura del hogar. El gesto simbólico de sacar las sillas o la decisión de cocinar afuera son expresiones de hospitalidad popular.

Figura 451

La Calle y el Umbral como Extensión del Hogar y Encuentro Vecinal

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Asimismo, Ricardo señala: “Aquí afuera me junto con amigos a charlar, o a veces hacemos una carnita asada, es más cómodo que adentro”. Estas apropiaciones ejemplifican la mutabilidad y la flexibilidad del umbral, ya que puede ser utilizado para una variedad de actividades, desde el ocio individual hasta la socialización.

La comunicación cotidiana parece ser la práctica central alrededor de la cual se organizan las dinámicas del umbral: saludar, charlar, intercambiar palabras, mantener la circulación de las redes sociales del barrio y reforzar los lazos de proximidad. Como afirma Rocío: “Si pasa alguien, uno saluda o se pone a platicar. Aquí todos nos conocemos, y el porche sirve para eso, para no estar solos”. Este tipo de interacción demuestra que el umbral

es un espacio social abierto en el que sus habitantes practican una disponibilidad visual y corporal hacia la calle, convirtiendo sus fachadas en puntos de interacción con el barrio.

La presencia de tales comportamientos se atribuye en gran medida a los mayores que mantienen el umbral como un apoyo para las conexiones vecinales más antiguas. De esta manera, los comportamientos de sentarse, hablar o festejar arrojan una cultura de encuentro a la calle, donde la fachada ya no es una demarcación arquitectónica sino una habitación abierta, un lugar de convivencia, generosidad y longevidad mutua.

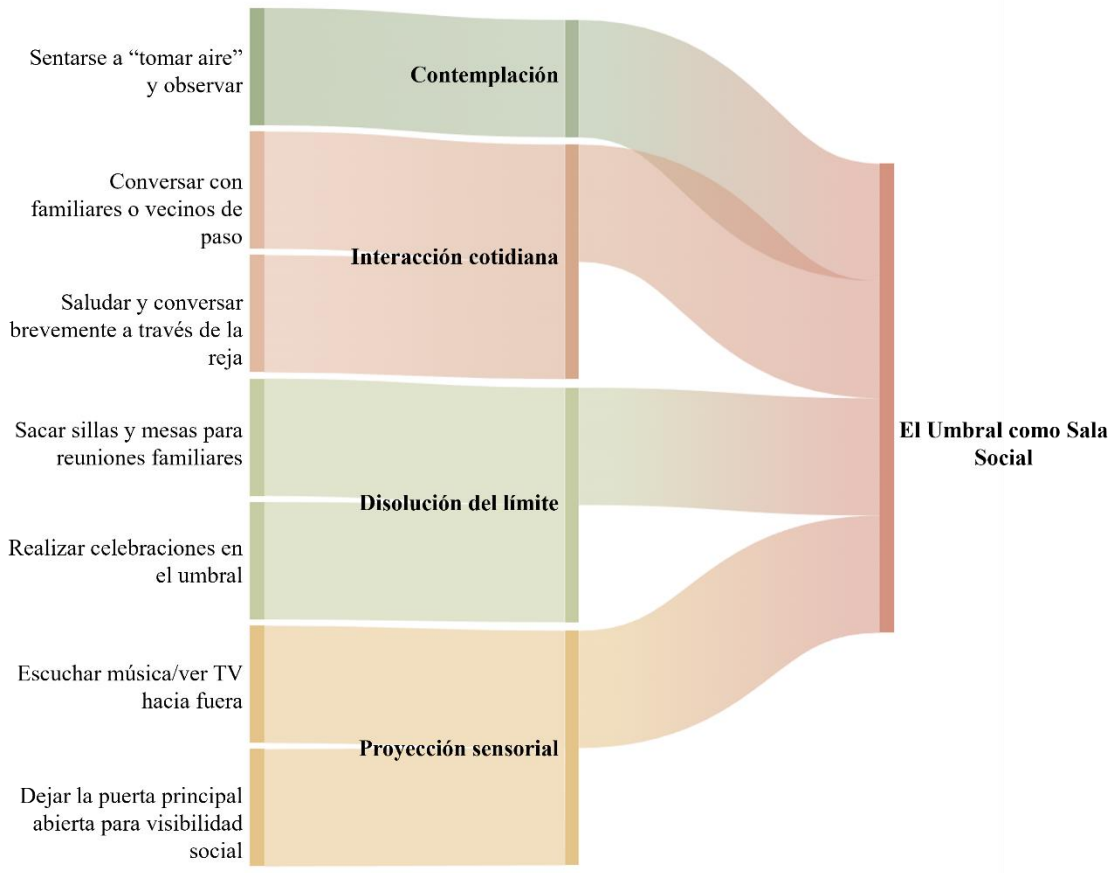
C. El umbral como infraestructura comunitaria del habitar

Como se mostró anteriormente, el umbral es más que una demarcación arquitectónica; también puede interpretarse como un espacio social que apoya la vida vecinal en la Colonia del Maestro. No por su escala, solidez o forma, sino por las maneras en que permite la presencia, el encuentro y la negociación de las relaciones vecinales a lo largo del día. Es allí donde los saludos diarios, las conversaciones sirven para mantener el circuito de proximidad del barrio. Estas interacciones no ocurren como intercambios puntuales, sino más bien como una forma de convivencia basada en la continuidad y la presencia de los demás. Aquí, Lindón (1999) permite considerar el barrio como un espacio de habitar que puede caracterizarse por las relaciones sociales ordinarias que se han ido construyendo a lo largo del tiempo, sin necesidad de que estas relaciones asuman características particularmente fuertes u organizadas.

La presencia diaria de personas mayores en tales lugares contribuye a esta sensación de arraigo social. Si bien es una rutina personal, también es una forma de afirmar un sentido de continuidad vecinal y familiaridad social. Mantienen vínculos, historias compartidas y narrativas del vecindario. Además, permiten, de esta manera, un canal de comunicación social. Más allá de una rutina, esta presencia diaria puede considerarse un signo de cohesión vecinal, un signo de estabilidad del vecindario. Así, el umbral puede definirse como un salón social, fuera de casa, que, además de su uso doméstico, es un lugar de convivencia, hospitalidad y apoyo. Es allí, de forma discreta pero significativa, donde se expresan los valores de la convivencia: charlar, estar presente, escuchar y una relación diaria.

Figura 467

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas hacia el Patrón "El Umbral como Sala Social"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

El diagrama de Sankey del patrón El umbral como sala social resume los flujos de prácticas que configuran el uso social del umbral como un espacio para la convivencia, descanso y cotidianidad. A diferencia de otros patrones que giran en torno a la configuración material o funcional, este diagrama pone de manifiesto el carácter relacional del umbral, que denota cómo distintas prácticas de morar y encontrarse se articulan en una "habitación exterior" asociada a la vida comunitaria.

Los flujos que se presentan se organizan en cuatro bloques temáticos que articulan dimensiones sensoriales, relacionales y espaciales de la morada social:

- **Contemplación**

Este flujo expresa el umbral como lugar de observación tranquila y estancia momentánea. Prácticas como sentarse, respirar aire fresco o ver el movimiento de la calle manifiestan un uso contemplativo del ser, en el que el cuerpo encuentra sombra, frescura y contacto visual con el entorno sin salir del recinto doméstico.

- **Interacción cotidiana**

Conversaciones, a veces diarias, con los vecinos en la banqueta, delante de la casa, a menudo simplemente por encima de la reja, en su mayoría cortas e informales. Parece que el umbral funciona como un espacio más o menos abierto, donde se producen contactos de baja intensidad y alta frecuencia, que ayudan a mantener la relación de vecindad y el reconocimiento mutuo.

- **Disolución del límite**

La actividad social que ocurre cuando el interior de la casa se convierte temporalmente a la calle. Sacar sillas o mesas al frente o usar la acera para una reunión familiar demuestra que el límite de la casa es permeable y que el umbral puede utilizarse para la acción social en un escenario abierto y hospitalario.

- **Proyección sensorial**

Esta combinación de hábitos explica la extensión sensorial del sonido, la visibilidad y la presencia hacia afuera —a través, por ejemplo, de escuchar música, ver televisión desde la entrada, dejar la puerta abierta— que reproduce la visibilidad entre el hogar y el barrio. Resumiendo, el diagrama, se pude decir que el umbral estructura una diversa gama de prácticas, desde mirar y saludar, hasta compartir y celebrar, que constituyen este espacio liminal como relacional, flexible y dinámico en las prácticas cotidianas del barrio. El patrón El umbral como sala social, por lo tanto, permite considerar el umbral como un mecanismo crucial para la convivencia y la reproducción de las relaciones comunitarias.

4.3.3. El umbral como filtro emocional: regulación simbólica del límite público-privado

Como zona de transición, el umbral es un mediador del equilibrio emocional y simbólico entre lo doméstico y lo urbano, que en la Colonia del Maestro es operado por una diversa gama de componentes arquitectónicos y ornamentales —rejas, portones, puertas, patios delanteros y macetas—, así como por una serie de prácticas cotidianas que reflejan a la vez la búsqueda de protección y la reivindicación de una adecuada apertura al vecindario. Este equilibrio práctico entre refugio y apertura contribuye a dar forma a la identidad de la fachada residencial en el contexto aquí estudiado.

En este sentido, de acuerdo con la advertencia de Monteys (2017), la relación entre la casa y la calle está sometida a permanentes tránsitos que matizan la estricta separación entre lo público y lo privado. Estos tránsitos generan espacios confusos, que se podrían llamar vestíbulos, portales o porches, que completan tanto a la casa como a la calle. Para el autor, el acto de entrar y salir no es solo un desplazamiento físico, sino también simbólico, que articula el espacio privado de la casa con el espacio público de la calle. En este cruce se entiende al umbral como un espacio intermedio en el que el cuerpo y la mirada tocan al mismo tiempo lo privado y lo público.

Percepción y contención afectiva

Las rejas y los portones, más allá de su función en el control de acceso, adquieren en este caso un valor simbólico: los residentes los entienden como parte de la protección doméstica y una manifestación material del cobijo afectivo y emocional. Debido a esta protección, el umbral se convierte en un dispositivo de gestión emocional. Para Ricardo, es el lugar donde “uno se despeja la cabeza y mira la calle”, lo que implica que esta apertura gestionada es lo que le permite salir de la dinámica doméstica cotidiana sin dejar de conectar con el contexto y sin renunciar a la privacidad. Sentarse en el umbral —entre la sombra y la luz, el ruido y el silencio— produce una habitación liminal donde el cuerpo se siente a la vez cobijado y expuesto, de una manera que permite un momento de relajación duradero, a través de la exposición controlada al contexto.

El número y los diferentes tipos de muebles observados en el porche, que incluyen sillas o mecederas grandes y pequeñas, demuestran que este ritual de "estar afuera" es un asunto diario y multigeneracional. El número y el tamaño de las sillas permiten que todos los miembros de la familia, desde los adultos hasta el niño más pequeño participen. En este espacio liminal, las personas pueden descansar, observar e interactuar, donde "estar afuera" es algo que se comparte entre generaciones y cimenta los lazos con la familia y el vecindario.

Figura 483

Mobiliario de Distintos Tamaños Evidencia el Uso Familiar y Multigeneracional del Umbral

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

A. Control, confianza y gestión de la intimidad

Dentro de la Colonia las personas necesitan sentirse seguras, debido a los peligros que han experimentado de primera mano. Como cuenta Jorge: “Aquí un tiempo a mi papá se le metieron unos muchachos, se llevaron las llaves de la camioneta, pero no la pudieron prender”, lo cual demuestra que una puerta abierta no es una protección para la casa y sus

habitantes. Así que, según Yolanda, la reacción de los que viven allí es lógica y rápida: “Antes el porche quedaba abierto, y lo cerramos con barrotes para estar más a gusto”.

Cerrar o levantar la reja es una respuesta a un entorno inseguro. Como concluye Guadalupe: “sabes que la situación en la que vivimos te hace ponerle un protector y no hay de otra”. Esto se evidencia en las distintas tipologías de rejas que se utilizan, con diferentes alturas y grados de permeabilidad, donde cada morador puede gestionar su propio nivel de exposición y protección.

Una de las técnicas más interesantes es la de las puertas dobles —una reja exterior y una puerta interior— que permite que la casa esté abierta pero segura. La reja exterior desempeña el papel de protección contra el exterior, una primera línea de defensa que permite que la puerta interior permanezca abierta durante el día y mantenga así la apertura visual y acústica. La casa crea un corredor de comunicación entre la calle y el interior, y la materialidad de los muros actúa como mediador de confianza.

Figura 499

El Doble Umbral: Reja Exterior y Puerta Interior como Filtro de Confianza

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

B. Apertura y cierre como prácticas cotidianas

Más allá del control físico del acceso, la regulación del umbral se expresa también en el manejo cotidiano de la apertura visual, la visión se establece como un componente básico en la regulación de la frontera, pues el acto de mirar y ser mirado define la medida de apertura que se establece hacia el exterior. El umbral permite una relación visual que, sin requerir el contacto físico, logra mantener la comunicación y un sentido de pertenencia sin llegar a vulnerar la privacidad interna de la casa.

Sara comenta: "Desde la reja puedo saludar a los vecinos que pasan, aunque sea de manera rápida, porque estar encerrada todo el día no me gusta, tengo que ver hacia afuera". Ese mecanismo visual posibilita a la vez la interacción con la calle y su visualidad y evita el aislamiento. Jorge agrega: "Antes había una pared que no permitía ver, y ahora ya hay más libertad, entra más aire también", es decir, que la apertura de la frontera permite el aire, la luz, e interacción social.

Esta apertura controlada de la puerta corresponde con lo que Giglia (2012) denomina la domesticación cultural del espacio, es decir, el proceso material y simbólico continuo de definir y redefinir los límites del hogar. Para ella, la construcción del hogar es un proceso social, una construcción cultural y social que envuelve las dimensiones sociales, identitarias, emocionales, políticas y de relaciones de poder de las prácticas y significados a través de los cuales las casas se convierten en hogares. De este modo, el límite doméstico se concibe como un sitio de comunicación que muestra el equilibrio dinámico entre el cierre y el compartir.

En la misma línea, Bamba Vicente y Costa Sepúlveda (2016) afirman que los cambios que lo habitantes realizan a sus viviendas se pueden identificar a través de tres prácticas: apropiación, demarcación y negociación. Estas prácticas, visibles en el umbral, son los micro acuerdos diarios de cierre y apertura que convierten la frontera en un escenario social.

Significado afectivo y simbólico

La reja, más allá de su función material, posibilita un encierro en el que los residentes puedan preservar tranquilamente el uso del espacio al aire libre. José es quien nos habla de esta dualidad, de la protección y la belleza: "Le pusimos la reja de herrería porque es más

seguro así. Me gusta porque tiene detalles con corazones, se ve más bonito”. En cambio, María agrega una connotación protectora a un adorno religioso: “Para mí es lo principal porque siento que me cuida, aunque nos han robado cosas, siento que ella me protege”.

Elementos particulares como rejas, cortinas o plantas funcionan a la vez en torno a requerimientos prácticos y simbólicos: regular la mirada del exterior, marcar pertenencia o como en la situación que expresa Rocío: “me gusta dejar la puerta abierta, pero con la cortina puesta”, sin dejar de buscar en la práctica cotidiana una cuestión de equilibrio entre estar y resguardarse, en la que ciertos componentes de las fachadas son manejados en el territorio de intencionalidades afectivas, resguardar y estar en su barrio.

La Negociación a través de la reja

Este rol de intermediación también se da en la esfera social. En los recorridos por la Colonia es común observar a vecinos conversando a través de la reja, apoyados en los barrotes. Estas imágenes demuestran que la reja funciona como un umbral de sociabilidad que permite el doble gesto de "quedarse dentro", al resguardo, sin renunciar al exterior. Tales dinámicas ratifican la existencia de lo que Bamba Vicente y Costa Sepúlveda (2016) han denominado negociaciones espaciales: es decir, prácticas que, incluso en el contexto de las rejas, no renuncian a los lazos sociales.

Figura 515

La Reja como Mediadora del Encuentro Vecinal

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Tensión entre resguardo y aislamiento

La necesidad de seguridad en el hogar se enfrenta a la necesidad de una relación social y visual con el exterior. Esto no es solo cuestión material, sino que está presente en la experiencia cotidiana de habitar y manifiesta la porosidad del umbral entre lo privado y lo colectivo. Como dice Pastor (2010), la falta de espacios intermedios es un signo de la deshumanización de las ciudades, cuando la vivienda se repliega sobre sí misma y la calle deja de ser el escenario de la interacción cotidiana. De este modo, la fachada y el interior se encuentran en una tensión permanente de la casa contemporánea: la necesidad de protección y apertura, así como de aislamiento e integración.

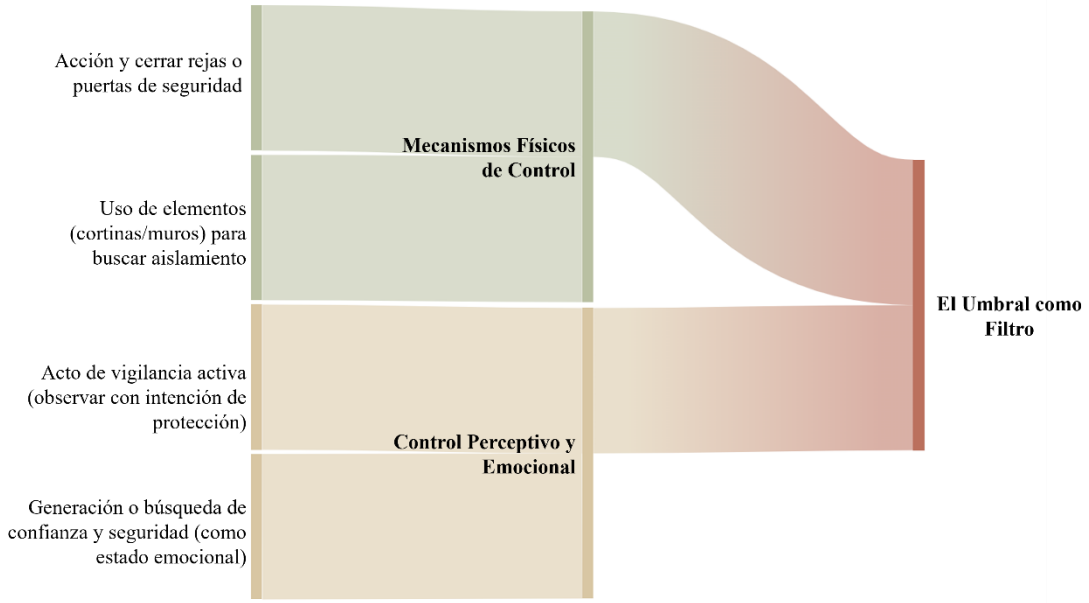
Por un lado, la percepción del riesgo lleva a los residentes a reflexionar sobre la apertura de la fachada. Carla expresa que deseaba rejas que "no fueran tan altas para que no cubrieran completamente mi casa", pero el hecho del riesgo la lleva a añadir que " pero ya ves que está peligroso en todas partes, entonces sí me gustaría que fueran más altas por la seguridad". Esto contrasta con una dirección opuesta a lo que desea José: " Me gustaría que las casas estuvieran diseñadas para ser más frescas, más abiertas hacia afuera ".

El precio de la máxima privacidad es, sin embargo, existencial y social. Guadalupe reconoce esta paradoja: “Estoy muy aislada; pero creo que se necesita tener algún tipo de conexión con el vecindario; sí, definitivamente creo que es necesario”. Su indecisión muestra que existe una tensión entre la necesidad de autoprotección y la necesidad de conexión. Guadalupe cuenta que cuando se enteró de la muerte de una vecina días después de que ocurriera y no poder estar con ella, pensó: “Muero sola aquí dentro, ¿y quién se enterará?”.

Aquí es donde la visibilidad diaria del umbral adquiere un valor en términos de reciprocidad de cuidados. El umbral no es solo un mediador de la interacción, sino también un lugar donde la familia da visibilidad a su identidad, creencias y valores. Pero esta visibilidad es también una exposición a la mirada y al juicio de los demás. Esto es lo que María intenta decir cuando habla de la discordia en su casa: “Prefiero el interior por las críticas de la gente; pero a mis hijos les gusta el porche”. En sus palabras, es patente la tensión entre la visibilidad pública y la crítica social.

Figura 531

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas hacia el Patrón "El Umbral como Filtro Emocional"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

El diagrama Sankey del "Patrón El umbral como Filtro Emocional", ilustra la construcción de la regulación de la división público-privada a partir de la combinación de prácticas materiales y las sensaciones percibidas de habitar. El diagrama de flujo general se divide en dos grandes flujos:

- **Mecanismos físicos de control**

Este flujo reúne las prácticas materiales por las cuales los habitantes gestionan la seguridad y privacidad de la casa, como abrir y cerrar las rejas, controlar el acceso y usar muros, cortinas o macetas para crear diferentes niveles de separación de la calle. Estas prácticas producen un límite graduado que se modula por la situación ambiental y el sentido de inseguridad, protegiendo sin necesidad de un cierre absoluto.

- **Control perceptivo y emocional**

Este flujo describe el umbral en términos de su aspecto sensorial, conectado a su monitoreo diario, el control de la confianza y el control de lo visual. Mirar a través de la reja,

vigilar la calle, o dejar entrar algo de luz y aire son formas de vivir en paz con el exterior. En este sentido, los objetos porosos posibilitan una apertura controlada, un ajuste entre la sociabilidad y la intimidad del hogar.

En resumen, a través del diagrama se puede notar que el umbral funciona como una frontera emocional donde se producen la seguridad, la percepción y los lazos cotidianos. Más que una frontera, el umbral parece ser un espacio de negociación a través del cual las personas controlan su presencia, visibilidad y modos de sociabilidad.

4.3.4. El umbral como espacio de memoria

Ubicado en un entorno saturado de significado y memorias, que actúa como refugio de recuerdos individuales y sociales, el umbral en la Colonia del Maestro es también un archivo emocional en el que los moradores guardan su historia mediante la conservación, transformación o redefinición de los elementos constructivos y la exhibición de objetos significativos, cada portón, cada moldura, cada color de fachada marcando una firmeza emocional, una forma de conectar el presente con un pasado vivido. De esta manera, el hogar se muestra como una narrativa material en continuo proceso de elaboración, que refuerza tanto la identidad del morador como la de la colectividad.

A. Memoria material y registro del habitar

A través de las observaciones de campo y las entrevistas, se puede reconocer que el frente y la entrada constituyen un registro histórico y contemporáneo del tiempo doméstico, dentro del cual aún persiste la impresión del proceso de intervención a través del tiempo. Los elementos materiales del barrio original, como los bloques recortados, las molduras y las barandillas prefabricadas, se conservan, aunque dañados, como testimonio material de la conexión con el pasado. Las impresiones visibles de una forma de habitar, de aspiraciones y recursos que cambian con el tiempo, crean un registro de una estética del cambio, una memoria material compartida.

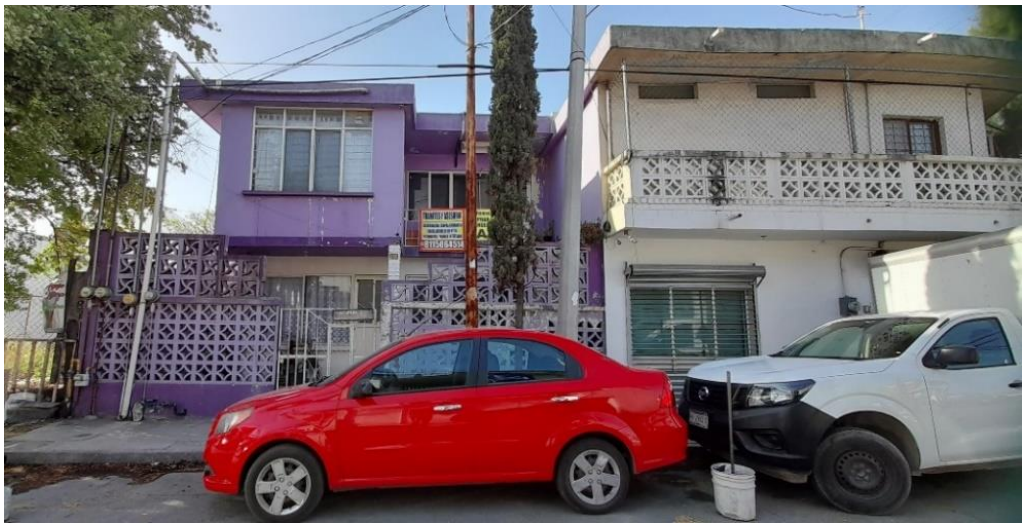
Como señala Góez Restrepo (2015), las fachadas de las casas constituyen una gramática visual de la vida, el medio a través del cual las personas exhiben sus gustos, experiencias y formas de ser, convirtiendo así la casa en un archivo de la producción simbólica de sus creadores, un testimonio material de las memorias e historias de quienes allí

habitan. De este modo, la cornisa, la celosía y la barandilla de la Colonia del Maestro se convierten en evidencia tangible de los cambios constructivos, a pesar de ser rehechas por el mantenimiento y la reparación de elementos dañados que producen nuevas historias en lugar de desplazar las antiguas.

Otro elemento que también es muy frecuente en las fachadas de las casas son las celosías de hormigón. Además de su papel funcional, como medio de conservación y adaptación, adquieren un valor colectivo. Como sistema de memoria construida: María recuerda: “Antes el porche tenía unas molduras, pero se fueron cayendo y mis nietos las quitaron y se puso la reja”. A través de este testimonio se entiende que las transformaciones responden a la permanencia de la vida, incorporando lo nuevo, sin la eliminación de lo anterior, en un diálogo material, que se convierte en la memoria del barrio.

Figura 547

Celosías Caladas como Patrón de Continuidad Estética y Memoria Colectiva



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Figura 563

Molduras y Barandales como Huella del Lenguaje Original del Barrio

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

B. Anclajes de memoria

En este plano simbólico, el umbral se convierte en un lugar para exhibir y resguardar los objetos sentimentales que sustentan la memoria personal. Los adornos, plantas, recuerdos familiares son portadores de recuerdos que construyen un relato doméstico que se extiende hacia la calle: “Cada uno tiene su historia, donde quiera tengo un adorno, a veces ya no me regalen nada porque ya no cabe aquí” (Andrea, entrevista), afirma cada objeto del umbral con una biografía emocional en la casa.

De igual modo, las plantas son símbolos vivos de herencia familiar: Guadalupe habla de los árboles y plantas sembrados por su padre como elementos que "marcan muchos recuerdos", mientras que Manuel mantiene vivas las plantas de su abuela "como una especie de homenaje a su memoria". Estas labores de cuidado —regar, podar, replantar— son formas de mantener viva la memoria. Así, el jardín se convierte en un testimonio visible de los lazos que unen a distintas generaciones.

Julio (residente desde hace 22 años, entrevista) expresa un sentido similar al mostrar los cráneos y astas de animales en su porche: "Algunos de los cráneos o decoraciones me recuerdan a mi papá y al rancho, son cosas a lo que nos dedicábamos antes". Así, se pude entender que la decoración se convierte en acto de continuidad material compartido con la comunidad, un lenguaje visible que articula la historia familiar con la identidad barrial.

Figura 579

Objetos y Plantas como Herencia Viva del Habitar

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

C. Memoria ritual y festiva

La memoria se expresa en los usos decorativos y rituales que transforman momentáneamente el umbral en un escenario festivo. Los muros y pórticos se modifican por el calendario de eventos sociales y religiosos, se añaden símbolos festivos que son una exhibición del tiempo que se vive y la memoria de los tiempos vividos en relación con fechas

especiales. Decorar es celebrar, pero también es un acto de recuerdo que sitúa el pasado individual y familiar en el presente de la casa.

De esta costumbre, Andrea da un ejemplo: “Sí me encanta, por ejemplo, el mes que fue San Valentín también adorné, ahora como ves toca la primavera, en la mesa, en el comedor, todo ambientado a la fecha”, este gusto por decorar adquiere un sentido extra cuando ella misma confiesa la procedencia de la costumbre: “lo hacía antes que murieran mis papás, arreglábamos todo, y yo creo que se me quedó eso”. Incluso sin saberlo, el ritual de decorar es una costumbre cotidiana para recordar.

Figura 595

Decoraciones Estacionales como Expresión de Identidad y Pertenencia

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

También hay momentos en que los exteriores se decoran para Halloween, el Día de Muertos o fiestas patrias, cuando lo cotidiano cambia temporalmente en relación con momentos particulares del calendario cultural. Esto es evidente al observar en las puertas de las casas: la palma trenzada del Domingo de ramos o el árbol de Navidad que decoran el porche creando un espectáculo que se ofrece a la vista pública. Como lo dijo Felipe sobre su nacimiento: "ya es una costumbre", haciendo eco una vez más de la naturaleza continua de estos rituales, así como de su importancia como tradición familiar.

Figura 611

El Umbral Festivo: Ritualidad y Celebración en la Fachada

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

En este sentido, decorar deja de ser un acto de carácter personal y pasa a ser una labor de recordar a través de gestos provisionales y cíclicos que ratifican la persistencia de habitar. El umbral, por lo tanto, se ubica entre el interior y la calle, como el ámbito donde se vuelve perceptible la permanencia del tiempo doméstico. Esta transición llena de significados entre memorias, herencia y cotidianeidad.

C. Memoria devocional: la fachada como santuario doméstico

En la Colonia del Maestro, la fachada es, por tanto, un espacio donde, las creencias cotidianas se materializan y actúan como soporte de la memoria religiosa vinculada a la casa. La ubicación de imágenes, altares o nichos en la entrada responde a una demanda de protección, gratitud y cuidado simbólico habitacional. Estas imágenes no actúan, únicamente, como signos visibles de fe, sino que son presencias continuas que comparten la temporalidad de la vivienda.

Socorro relata que inicialmente colocaba un cuadro de la Virgen de Guadalupe en su fachada solo durante el mes de diciembre, pero ante la solicitud de los vecinos decidió dejarla de manera permanente: “Pasa la gente, se persigna. Por eso la dejamos. Yo hice el bordado que la adorna. Cada año se le da una manita de gato, se renueva”. En este caso, la fachada se consolida como un santuario doméstico donde la devoción se mantiene viva a través del cuidado continuo y la renovación ritual de la imagen.

Figura 627

Fachada de Socorro: La Devoción como Encuentro con la Comunidad

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

En la Colonia, también es reiterada observar la figura de la virgen de Guadalupe que ocupa un primer plano en las narrativas, esto denota un fuerte arraigo cultural y de culto. María cuenta que su hijo le construyó un altar para su virgen en su porche; y todos los 12 de diciembre le celebran las mañanitas, le realizan rosarios, le encienden veladoras. De igual manera Sara dice: “Tengo una imagen de mi Virgencita en la pared que para mí es muy especial, me cuida la casa, siempre trato de que la imagen de la Virgen esté bien cuidada, nunca le faltan flores y veladoras”. En estas narrativas la devoción religiosa cumple con la función de guardiana simbólica de la casa, y en un acto de memoria espiritual que se reconstruye en pequeños gestos de cuidado.

Figura 643

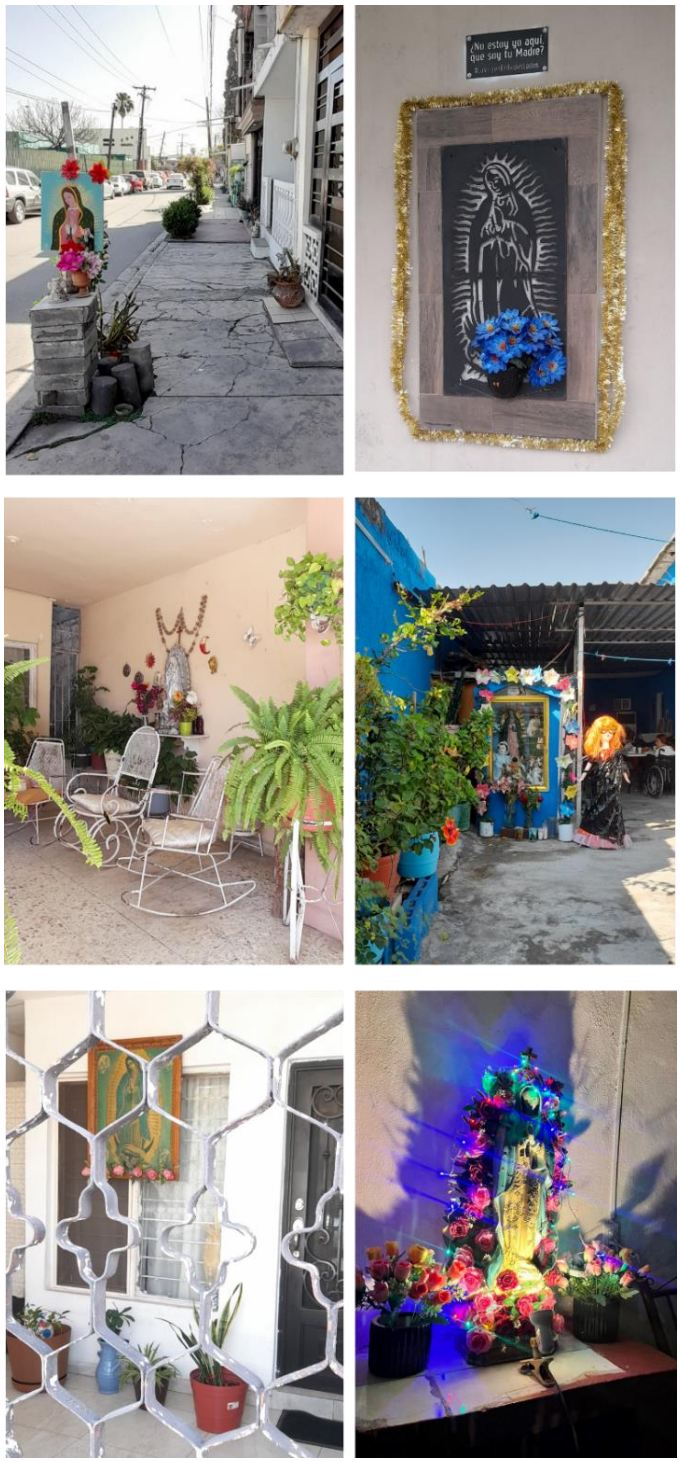
El Umbral como Santuario Doméstico: Símbolos de Protección y Fe

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Durante los recorridos es frecuente la presencia de varias imágenes religiosas en las fachadas y los umbrales de barrio. Como Yolanda quien dice que en su porche tiene a la Santísima Trinidad y a San Juan, mientras que Rocío señala que las imágenes son de su hermana ya que su madre es muy devota y que se sienta en el umbral hacer sus rezos. La cultura de la devoción, incluidas las imágenes, las flores y las velas, se transmite entre generaciones, es una memoria religiosa y de identidad muy importante para los habitantes.

Figura 659

Lo Religioso en el Umbral: Expresiones de Fe y Comunidad



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

Desde el punto de vista urbano, Remesar (2017) afirma que las fachadas son espacios públicos verticales en los que se manifiestan prácticas simbólicas y culturales. En este sentido, las imágenes devocionales de la Colonia del Maestro trascienden su propósito estético para convertirse en soportes de una memoria espiritual y colectiva que se manifiesta en el paisaje cotidiano del barrio.

Finalmente, durante las misas en el barrio, la imagen religiosa sale a la calle y momentáneamente se desdibuja la línea que separa la fachada de la calle. El umbral, en este caso, se funde con la calle que adquiere la cualidad de escenario en el que la memoria se reactiva a través del movimiento, la repetición y la tradición. Nichos, santos e imágenes en la fachada representan una devoción que conecta lo doméstico y lo colectivo, que transforman el umbral en un espacio sagrado para la fe, la memoria y la vida cotidiana que se han sostenido en el tiempo.

Figura 675

Danzas Típicas y Misas Barriales como Prácticas Rituales en el Umbral

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

D. Identidad barrial y herencia compartida

La identidad de la Colonia del Maestro se vive en la memoria cotidiana que se construye en el umbral, en la agrupación de la memoria experiencial de las trayectorias personales y la memoria colectiva que comparte el grupo en común. Los testimonios de los habitantes rememoran los momentos en que "las puertas andaban abiertas" y la vida cotidiana transcurría con mayor presencia de la calle, imaginarios incluidos en la memoria colectiva de los habitantes.

Manuel se refiere a esta percepción de la siguiente manera: "Antes la gente hacía posadas, ponía películas en las paredes con una sábana. En Navidad regalaban bolsitas, invitaban a sus casas. Era muy bonito. Aquí en la Colonia del Maestro había familias con más recursos que se daban ese lujo. Todo eso ya no existe, solo queda para el recuerdo, pero eran tiempos muy agradables." La continuidad del barrio se vive en prácticas que perduran en el tiempo, como misas o fiestas, que durante unas horas expanden la vida doméstica al espacio exterior. En este tipo de situaciones la puerta actúa como bisagra intergeneracional en la que se conservan formas de convivencia, creencias y rutinas que remiten a la historia compartida del lugar.

Memoria arquitectónica: transición en las configuraciones del umbral

La comparación entre las distintas fachadas muestra que el umbral no es un elemento estático, sino que se ha transformado a lo largo de los años. Su cambiante materialidad, altura y permeabilidad de fachada son un testigo tangible de la historia del barrio y de los usos que se practican comúnmente en cada período.

La fachada histórica: configuraciones abiertas y porosidad visual

Las viviendas más tradicionales presentan características que permiten una relación visual más directa con la calle**: Rejas de baja altura,** que materializan la separación y el ingreso sin ocultar la visibilidad. **Barandales** de herrería o mampostería baja en lugar de muros continuos. **Ausencia de cerramientos verticales completos,** manteniendo el porche o antejardín como espacio exterior. **Puertas permeables**, sin portones opacos que impidan la visibilidad.

Estas características permiten identificar un período en el que el umbral era un espacio de transición abierto que permitía la vista hacia la calle. Como parte de la memoria de los residentes, estas formas constructivas se asocian a un paisaje cotidiano en el que el espacio doméstico y la calle tienen una conexión más directa.

La fachada contemporánea:

Las nuevas construcciones de las fachadas de los edificios ya intervenidos presentan resultados más cerrados. Esto se traduce en: **Rejas más altas**, generalmente por encima de los dos metros. **Antejardines y patios de acceso cerrados** con muros de ladrillo y hormigón. Nuevas **rejas metálicas opacas** que limitan la visión hacia el interior. Estos cambios afectan la relación entre el umbral y la calle y definen el límite entre los espacios domésticos y públicos. En términos descriptivos, el umbral tiene un carácter más cerrado, adaptado a nuevas demandas funcionales y ambientales.

Figura 691

Transformación del Umbral: De la Fachada Porosa a la Fachada Defensiva

Nota. Secuencia de imágenes que muestra el antes y después de viviendas en la Colonia del Maestro, evidenciando las transformaciones del umbral a lo largo del tiempo, desde configuraciones más abiertas hacia soluciones con mayor cerramiento. Google Maps y registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

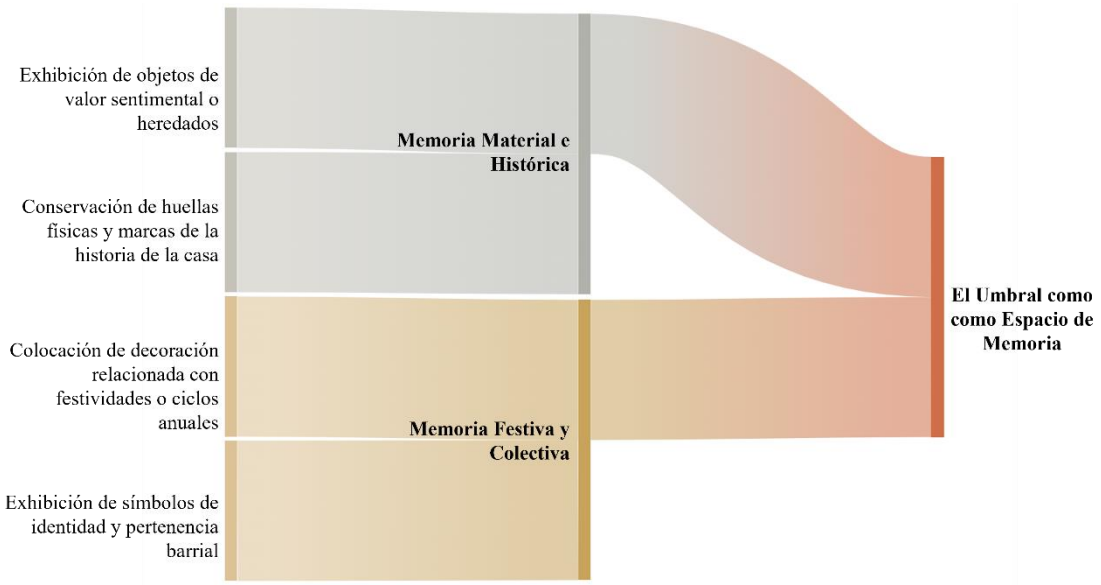
En cualquier caso, los usos descritos indican que la memoria del habitar no solo se mantiene, sino que también se actualiza en la fachada de las viviendas mediante cambios materiales y simbólicos, tal como señalan también Góez Restrepo (2015) y Remesar (2017)

en relación con la vivienda popular como un área de expresión en la que se plasman la experiencia, los valores y los saberes prácticos de sus habitantes.

En este sentido, Sánchez y Benítez (2021) indican que las expresiones devocionales y festivas en sí mismas forman parte de la continuidad cultural del barrio. Así, el umbral actúa como soporte material de la memoria del barrio, en el que conviven el pasado y el presente a través de formas constructivas, objetos y prácticas que mantienen viva la historia de la habitación en la Colonia del Maestro.

Figura 707

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El Umbral como Espacio de Memoria"



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

En el diagrama de Sankey del patrón "El umbral como espacio de memoria" se agrupan las prácticas identificadas en dos flujos fundamentales, que articulan la dimensión temporal del umbral como frontera doméstica, a través de los cuales se representa cómo la memoria se deposita en la fachada a la vez de forma permanente y renovada en el tiempo.

- **Memoria material e histórica**

Se agrupan en este flujo las prácticas relacionadas con la permanencia material del umbral: conservación de materiales constructivos originales, posesión de objetos heredados,

huellas visibles de su uso diario, entre otras. En el Sankey, se representa como un flujo continuo que muestra la acumulación temporal y permanencia de las marcas materiales asociadas a la historia familiar y del barrio.

- **Memoria festiva y colectiva**

El segundo flujo se refiere al conjunto de prácticas religiosas domésticas y populares como la decoración estacional, las festividades y la exhibición de banderas festivas. En el diagrama, estas prácticas se representan como un flujo circular que de vez en cuando reescribe el umbral al insertar el calendario social/religioso en la fachada doméstica. El diagrama, por lo tanto, recapitula la coexistencia de las dos temporalidades del umbral, una de resistencia material, la otra de iluminación ritual-festiva, y cómo ambas temporalidades constituyen la memoria e identidad del lugar.

4.3.5. El umbral como plataforma económica: comercio informal y extensión de servicios

En la Colonia del Maestro, los umbrales de algunas viviendas son aprovechados, en su carácter de espacios socialmente construidos por los propios habitantes, como plataforma económica doméstica de subsistencia familiar. La apropiación de estos espacios es una estrategia para enfrentar a la necesidad de ingresos en un contexto económico informal, potenciada por la proximidad de la vivienda con la calle.

Siguiendo a Turner (1977), cuando los propios habitantes controlan la vivienda, esta deja de ser un objeto de consumo fijo para constituirse en un recurso adaptable susceptible de responder a los diferentes requerimientos del habitar. En este sentido, el aprovechamiento productivo del umbral de la casa puede entenderse como manifestación de la flexibilidad funcional de la vivienda popular, donde el límite doméstico se expande incorporando a las actividades económicas sin perder su condición de hogar.

La permeabilidad funcional de la fachada se manifiesta en la formación espontánea de micro comercios y servicios que proporciona a este límite del espacio público a la privada como un lugar de actividad económica. Estos puntos de venta son de bajo costo y gran accesibilidad a las dinámicas de los vecinos, en la medida en que contribuyen a la

sobrevivencia de la familia y la provisión de bienes de consumo de primera necesidad al vecindario. Esta apropiación productiva del espacio denota cómo la vivienda popular incluye las lógicas económicas formales e informales en torno a la proximidad y las dinámicas de la vecindad en el barrio.

A. Uso productivo del límite doméstico

A través de la observación de campo, se pudo observar una variedad de tácticas de marketing local: la venta de productos básicos como dulces, bocadillos o refrescos que se colocan en estantes improvisados o mesas plegables, que se ubican ya sea en el porche o detrás de la reja de la casa. Todas estas actividades son también lo que Arboleda Kogson (2015) clasifica como artefactos de espacio público, objetos fáciles de transportar, capaces de ser movidos y lo suficientemente transformables como para producir valor a partir de su inclusión física en aceras, esquinas y plantas bajas.

El autor argumenta que estos objetos en la calle se colocan allí para ganar dinero, son portátiles y no entran en conflicto con otras actividades callejeras. Con una lógica similar, los micro comercios del umbral utilizan la adaptabilidad del límite público-privado para exprimir la mayor cantidad de capital espacial posible de la fachada, que se utiliza como escaparate para exponer la actividad interior desde la calle con una alteración mínima del espacio. Al hacerlo, el umbral se convierte en una extensión real de la economía del vecindario y un lugar conveniente de intercambio para el público local.

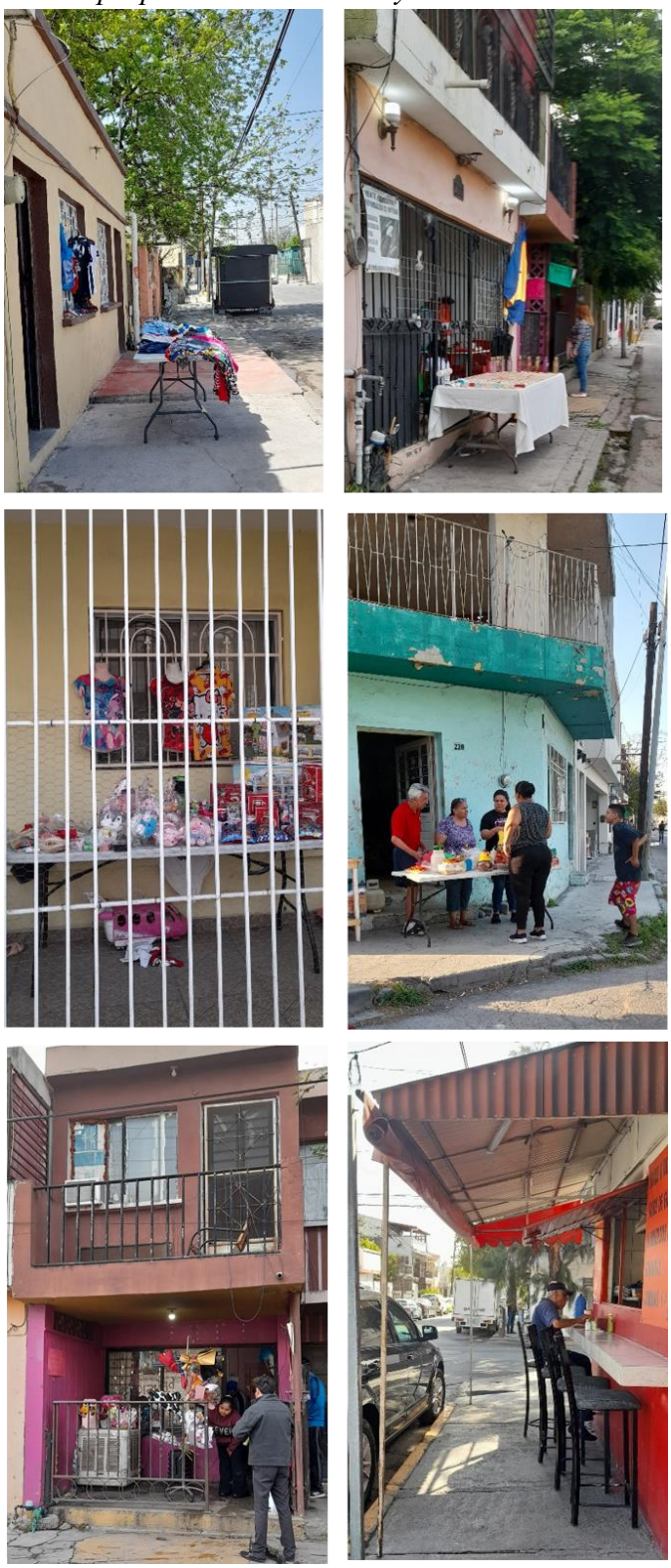
B. Negociación del espacio público y prácticas informales

Otra forma en que el umbral funciona como herramienta para la actividad económica es a través de la creación de espacios para sentarse y beber. Además de ser una conveniencia comercial, colocar mesas, sillas o un banco frente a estos pequeños comercios, convierte la banqueta adyacente en un lugar para pasar el rato.

Estas instalaciones, a menudo temporales y móviles, extienden el ámbito de lo doméstico al ámbito público, donde las actividades comerciales y sociales comparten el mismo sitio. La acera, por lo tanto, ya no se utiliza únicamente como medio de circulación, sino que se convierte en un telón de fondo más versátil para prácticas informales, donde el consumo, la socialización y el sentarse se convierten en parte de la rutina diaria de la calle.

Figura 723

El Umbral Productivo: Apropiación Económica y Social de la Vivienda



Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

La tienda doméstica, al proporcionar un lugar para el descanso, fomenta el consumo en el local y se prolonga la duración de la visita. La tienda doméstica, entonces, es más que un intercambio económico. Es una sala de estar, un lugar para charlar, sentarse e intercambiar. Donde la oportunidad económica —la venta— está ligada a la oportunidad social —la socialización—.

Figura 739

Entre la Casa y la Calle: El Umbral como Espacio de Consumo Social

Nota. Registro fotográfico realizado durante el trabajo de campo (2025).

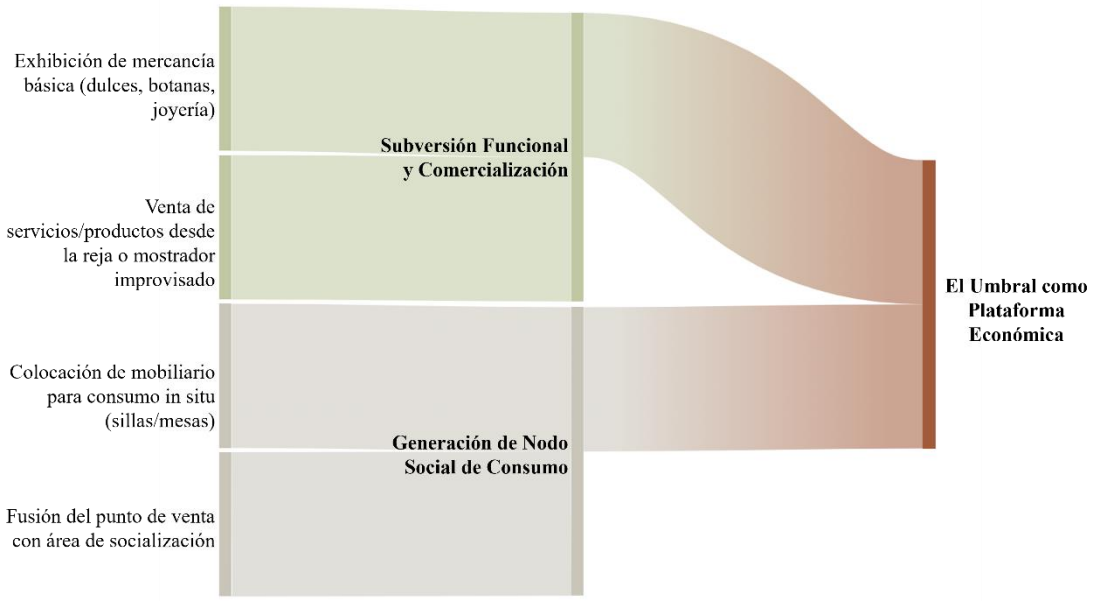
De esta manera, se puede entender a las pequeñas tiendas como dispositivos de activación urbana a pequeña escala, como sugieren Bailo Esteve (2012) y Oswalt et al. (2012), quienes argumentan que acciones mínimas y efímeras —incluyendo puestos, mobiliario móvil y quioscos— tienen el poder de desencadenar cambios sociales y económicos masivos. En la Colonia del Maestro, los microespacios comerciales producen nuevas formas de convivencia, en las que el acto de comprar está ligado al acto de hablar y mirar, dando lugar a una convivialidad cotidiana arraigada en la proximidad.

Por último, la integración de actividades comerciales en el umbral muestra también utilización óptima de los recursos domésticos: un mismo cuadrado acoge a la vez un espacio

comercial, un lugar de descanso, de interacción social y de contemplación. La relación necesidad-creatividad de esta práctica se corresponde con el concepto de Ciudad Post-it, una noción desarrollada por Peran (2008) para designar una apropiación temporal y reversible

Figura 755

Diagrama Sankey: Flujo de Prácticas Hacia el Patrón "El umbral como Plataforma



del espacio urbano que responde a una necesidad actual. Así, el umbral es también un espacio productivo, de consumo y social.

Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

En el diagrama de Sankey correspondiente al patrón: "El umbral como plataforma económica" se ordenan las prácticas identificadas a lo largo de dos flujos centrales que articulan la utilización productiva del umbral. Ambos flujos confluyen en la configuración del umbral como espacio híbrido, en el que se articulan la función económica con las formas cotidianas de permanencia.

- **Subversión funcional y comercialización**

Este flujo reúne las prácticas a través de las cuales se reinterpreta la frontera doméstica para alojar actividades productivas. En este sentido, el umbral desempeña la

función de soporte versátil de ventas directas, a partir de su condición intermediaria entre el hogar y la calle, que deja de funcionar únicamente como filtro residencial y asume un uso económico cotidiano.

- **Generación de nodo social de consumo**

El segundo flujo se refiere a las prácticas que extienden las ventas para permanecer en el espacio. La extensión espacial de las ventas a las áreas restantes de la entrada convierte el umbral en un espacio de consumo diario y actividad económica y un espacio de uso compartido.

Este patrón también implica que el umbral no solo media prácticas domésticas y económicas, sino que también podría combinarse con otras formas de habitar previamente identificadas, como la extensión del espacio interior, la vigilancia diaria y la mediación de lo público y lo privado. La interfaz económica, por lo tanto, no es un espacio autónomo, sino un espacio con una red de relaciones que crean o producen tensión con las otras prácticas en el umbral.

4.4. Dinámicas relacionales del umbral

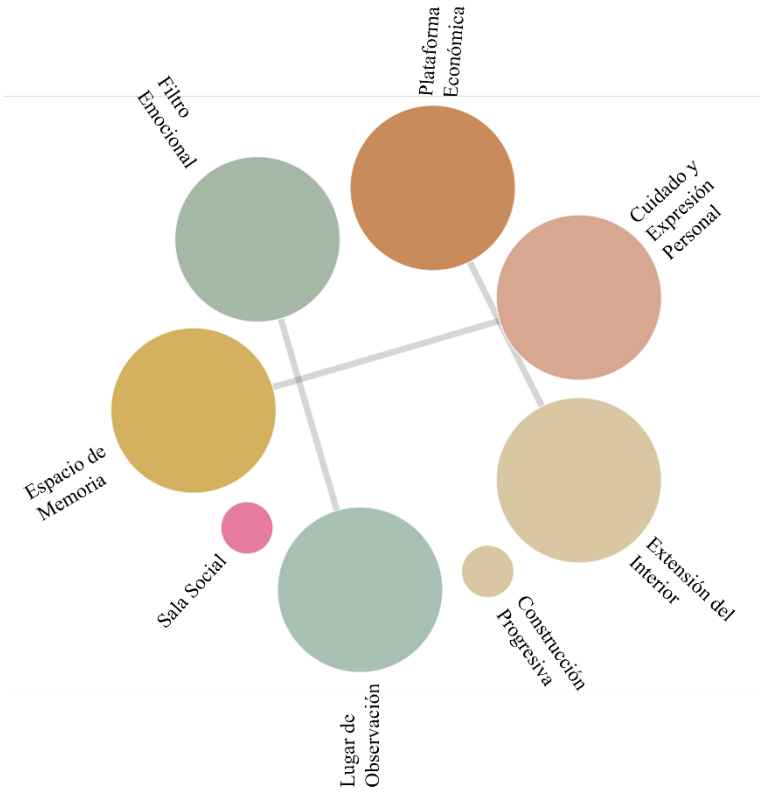
Del análisis de patrones identificados se puede señalar que las prácticas cotidianas del umbral no operan de manera individual; forman un sistema de prácticas complementarias u opuestas. Los diferentes tipos de uso —mirar, cuidar, decorar, proteger o comerciar— se relacionan entre sí a través de una relación de refuerzo o de tensión, lo que significa que el umbral se negocia y se ajusta.

Dos tipos de relaciones han surgido de la codificación: **relaciones de refuerzo** entre prácticas que se potencian mutuamente y **relaciones de tensión** que aparecen cuando las prácticas de habitar entran en conflicto, entre lo abierto y lo protegido, lo visible y lo privado, o los recuerdos y el cambio.

4.4.1. Relaciones de refuerzo entre los patrones del umbral

Figura 771

Relaciones de Refuerzo Entre los Patrones del Umbral



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

El diagrama de relaciones de refuerzo entre los patrones del umbral sintetiza estos vínculos. El diagrama muestra cómo determinadas prácticas se complementan al coincidir en su función o en su efecto sobre el espacio:

A. Observación y seguridad

Lugar de Observación ↔ Filtro Emocional: la acción de observar la calle no se limita a vigilar; también responde a la búsqueda de seguridad afectiva. Mirar es tanto una práctica de control como una forma de presencia acompañada por lo que ocurre afuera.

B. Expresión doméstica y memoria barrial

Cuidado y expresión personal ↔ espacio de memoria: la decoración del hogar sirve tanto como una declaración personal como un medio de continuidad afectiva. Las cosas, las plantas, los adornos son signos tangibles que aseguran la continuidad de los recuerdos familiares y la identidad del vecindario.

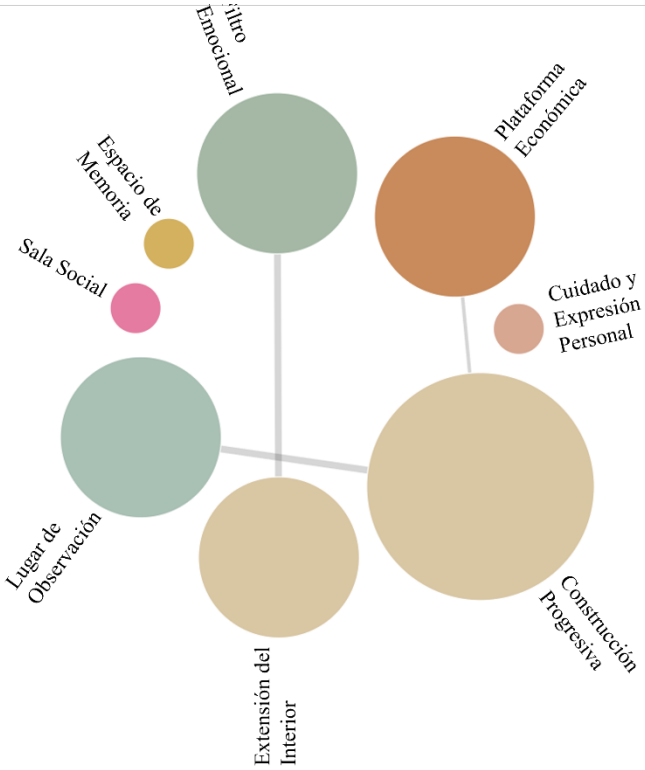
C. Apertura espacial y uso productivo

Extensión del interior ↔ plataforma económica: desplazar los muebles, o abrir el porche, es un medio para expandir el interior de la casa, y para hacer del umbral un soporte económico para la venta de productos o servicios. Estas relaciones complementarias demuestran que el umbral opera como un soporte múltiple donde las prácticas se superponen y son acumulativas. Las prácticas de la vida cotidiana dan vida a la fachada como un espacio de trabajo donde se entrelazan las prácticas funcionales, simbólicas y productivas.

4.4.2. Tensiones y conflictos

Figura 787

Tensiones y Conflictos Entre los Patrones del Umbral



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

Este gráfico apunta a patrones de umbral que están en tensión, es decir, que hacen que la activación de una práctica implique una reducción o una activación condicional de una segunda. Estos divergen de las relaciones de refuerzo, ya que muestran los conflictos cotidianos de vivir en un espacio, donde chocan diferentes necesidades —funcionales, de seguridad o de estabilidad material—.

En el gráfico se representan tres grupos de patrones del umbral en tensión:

A. Apertura espacial vs. resguardo

Extensión del interior ↔ filtro emocional: mientras que abrir físicamente el umbral —para dejar entrar aire, sacar muebles y extender el espacio— implica un aumento de la exposición de la casa a la calle, lo que implica un conflicto con las prácticas de control visual, privacidad y seguridad emocional.

B. Consolidación constructiva y pérdida de permeabilidad

Construcción progresiva ↔ lugar de observación: el blindaje, la elevación o el refuerzo de la fachada con anexos o añadidos aumenta la seguridad, pero disminuye la visibilidad. Este dilema tiene una incidencia directa en las relaciones de proximidad y la observación de la calle como forma cotidiana de convivencia.

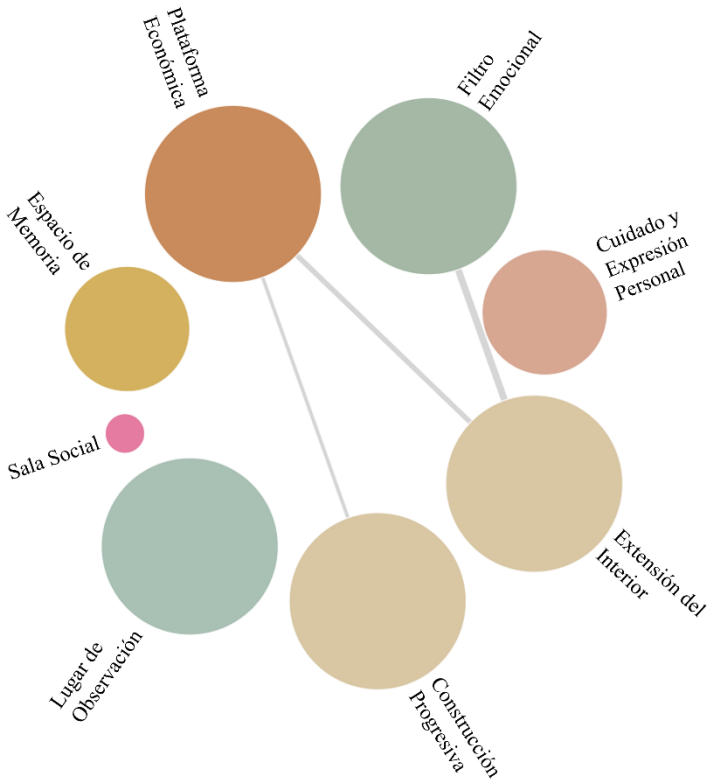
C. Estabilidad formal y flexibilidad económica

Construcción progresiva ↔ plataforma económica: la construcción progresiva —muros, cercas, portones— está impulsada por el deseo de formalidad y seguridad. Por el contrario, las actividades económicas basadas en el hogar requieren una mayor permeabilidad, visibilidad y accesibilidad. En el caso de viviendas permanentes, las actividades económicas informales pueden requerir infraestructura temporal. Donde existen muros, los residentes pueden optar por mantener un portón abierto, por ejemplo. En resumen, el umbral es una zona activa y disputada. La permeabilidad, la seguridad, la identidad, la economía, el estatus social, la función y otros factores influyen en las decisiones que toman los residentes al construir y utilizar sus hogares.

4.4.3. Red integrada de refuerzos y tensiones

Figura 803

Red Integrada de Refuerzos y Tensiones entre los Patrones del Umbral



Nota. Elaboración propia a partir del análisis realizado en ATLAS.ti y Flourish.

Al mapear los vínculos de refuerzo y los factores de tensión entre los ocho patrones del umbral identificados, la red muestra las relaciones sistémicas de estos patrones. Este diagrama ofrece una visión general de cómo un solo hábito —observar, decorar, expandir, proteger o comerciar— puede estar relacionado con lo funcional, emocional, con la identidad o lo productivo simultáneamente.

Los círculos más grandes —expansión del interior, construcción progresiva, filtro emocional y plataforma económica— se determinan como los puntos de articulación del sistema, donde se concentran los vínculos positivos —refuerzos— y negativos —tensiones—, y donde se desarrollan la mayoría de las decisiones de la vida diaria.

La presencia simultánea de refuerzo y tensión demuestra que el umbral no es un espacio de uso único, sino un espacio compuesto de diferentes requisitos: abrir para tener más espacio, cerrar para sentirse seguro; exhibir para revelar la familia, ocultar para mantener la privacidad; usar para la producción, pero sin desorganizar la casa. Cada uno de ellos añade una característica especifica a esta complejidad, pero son las interrelaciones de ellos las que componen la lógica cotidiana del umbral.

En general, el diagrama aclara el carácter relacional de la fachada como un espacio intermedio, y apoya nuevamente su función como interfaz entre la casa y la ciudad. Las relaciones y conflictos que se observan aquí dan cuenta de las múltiples configuraciones del umbral, que es un resultado dinámico de funcionalidad, seguridad, identidad, cohabitación, economía.

4.5. Configuraciones espaciales de la fachada

4.5.1. De los patrones conductuales a la forma construida

Los significados de los ocho patrones detectados en el umbral y sus relaciones de refuerzo y tensión permitieron reconocer seis disposiciones espaciales que comunican diferentes niveles de apertura, apropiación y conexión con el espacio público. Las fachadas de la Colonia del Maestro, así, lejos de ser inertes, son el resultado de los quehaceres diarios de sus habitantes. Mirar, cuidar, decorar, cobijar o vender se convierten en configuraciones construidas que son la traducción de las negociaciones entre las diferentes exigencias funcionales, afectivas, simbólicas o económicas de cada familia.

De esta manera, las construcciones particulares del umbral son muy tangibles: es colocar una reja, una silla, cerrar una puerta o agrandar una habitación lo que expone las presiones y preocupaciones de habitar el hogar. Asimismo, el umbral no es singular, sino múltiple, y es probable que cambie con el tiempo, así como que se construya de múltiples maneras según la forma en que se utilice.

Tabla 4 *Configuraciones Espaciales de la Fachada a Partir de los Patrones del Umbral*

Configuración	Dimensión Dominante	Patrones Originarios	Descripción breve
Fachada Permeable	Visual–social	4.2.3 Lugar de Observación / 4.3.3 Filtro Emocional	Permite comunicación y observación sin romper la privacidad; mantiene un reconocimiento vecinal controlado.
Fachada Habitada	Material–cotidiana	4.2.1 Extensión del Interior / 4.3.1 Cuidado y Expresión	El umbral se usa como extensión del hogar; incorpora actividades domésticas y sociales de convivencia.
Fachada Simbólica	Simbólica–identitaria	4.3.1 Cuidado y Expresión / 4.3.4 Espacio de Memoria	Expone signos de identidad familiar o barrial, creando narrativas visuales del habitar.
Fachada Productiva	Funcional–económica	4.3.5 Plataforma Económica / 4.2.1 Extensión del Interior	Integración de micro comercios domésticos en el límite doméstico; nodo de intercambio económico local.
Fachada Festiva	Temporal–cultural	4.3.4 Espacio de Memoria	Ornamentación efímera que activa el umbral en celebraciones religiosas o civiles.
Fachada Defensiva	Límite–protección	4.3.3 Filtro Emocional / 4.2.2 Construcción Progresiva	Cerramientos que priorizan el resguardo y control visual ante un entorno percibido como incierto.

Nota. Elaboración propia

4.5.2. Descripción de las configuraciones espaciales

A. Fachada permeable

Presenta una apertura visual hacia la calle. La reja, cual mediadora, entre el exhibirse y el cobijarse, facilita el saludo cotidiano, el control informal de la calle sin renunciar a la privacidad; configura al mismo tiempo, un lugar de observación y un filtro emocional. Su

existencia, se asocia a prácticas cotidianas de confianza y continuidad de las relaciones de vecindad.

B. **Fachada habitada:** En este caso, la fachada actúa como una extensión dinámica de la casa. A través de la presencia de sillas, plantas o mobiliario ligero, se expresa una vida familiar orientada al exterior y los vínculos sociales cotidianos que crea, potenciando el sentido de comunidad a través de una fachada emocional.

C. **Fachada simbólica:** Contiene elementos de la identidad y la historia familiar que permanece en el tiempo. Fotografías, imágenes religiosas, colores u ornamentos cuentan la historia de la vivienda y sus sucesivas generaciones. La fachada se convierte en un referente emocional que estampa la memoria en el paisaje.

D. **Fachada productiva:** Es aquella que aparece cuando el límite de la vivienda se habilita para fines productivos. El espacio es un local, un mostrador, un punto de venta que conecta la vivienda con la economía de proximidad. Coincide con la dinámica de la Producción Social del Hábitat, cuando la vivienda se apropia de usos productivos como mecanismo de subsistencia en la economía informal.

E. **Fachada festiva:** esta es la que aparece en un evento cívico o religioso, cambiando temporalmente el umbral; y los elementos decorativos producen un terreno común que renueva la calle y refuerza la implicación simbólica y emocional de la comunidad.

F. **Fachada defensiva:** esta muestra la lucha entre la seguridad y la apertura, a través de altos muros o un cierre completo, que indican que hay una defensa contra un supuesto riesgo; pero, una pequeña apertura simbólica, una grieta o una mirada, que indica que la relación con la calle sigue presente, aunque reducida.

Síntesis General

Las seis configuraciones analizadas permiten entender que la fachada no es solo una superficie arquitectónica, sino también un espacio de mediación, donde se negocian a diario la visibilidad, el cobijo, la identidad, la interacción y la economía doméstica. Cada una de las seis configuraciones sugiere una forma distinta de estar entre la casa y la calle, y en conjunto expresan los distintos modos de habitar de los residentes de la Colonia del Maestro configurando su paisaje urbano cotidiano.

Figura 819

Configuraciones Espaciales de la Fachada Derivadas de los Patrones del Umbral en la Colonia del Maestro

Nota. Elaboración propia, trabajo de campo.

La figura anterior reúne las diferentes disposiciones espaciales como resultado relacional de las configuraciones del umbral identificadas en la Colonia del Maestro. Este ejercicio ayuda a comprender que, en el paisaje cotidiano del barrio, son factibles las disposiciones permeables, vividas, simbólicas, festivas, productivas y defensivas. Estas disposiciones no son exclusivas, pueden ser concurrentes e incluso solaparse en la misma casa a lo largo del tiempo, poniendo de manifiesto la flexibilidad de la fachada y su estado cambiante en el tiempo. En general, este ejercicio sirve a la idea de que la fachada es una superficie material donde se registran las decisiones de la vida cotidiana y la relación con el contexto urbano inmediato.

CAPÍTULO V.

5.1. DISCUSIÓN

El objetivo de este capítulo es explicar los resultados que se lograron obtener con el trabajo de campo, relacionándolos con las teorías que tratan sobre el habitar, los espacios intermedios y la producción cotidiana de la ciudad. A diferencia de la sección anterior —que se ocupó de identificar y detallar los patrones—, la discusión se centra en entender cuál es el sentido relacional, simbólico y espacial de las prácticas observadas y también en revisar los conflictos y negociaciones que influyen en cómo se emplea el umbral en el día a día.

Los resultados indican que la fachada no opera como una superficie independiente del resto de la casa ni como un simple plano que separa interior y exterior; por el contrario, forma parte de un proceso continuo en el que se articulan prácticas domésticas, relaciones vecinales y dinámicas urbanas. Su configuración se va construyendo con el paso del tiempo a partir de una acumulación de acciones cotidianas que permite que la apropiación, la percepción, la memoria, la sociabilidad, la seguridad y la producción económica se mezclan y se influyen entre sí. Visto así, el umbral se comprende no sólo como un límite material, sino como un lugar de permanencia para los habitantes cuyas necesidades —útiles, emocionales y sociales— ajustan continuamente este espacio.

La discusión se centra en cuatro ejes básicos que ayudan a comprender los datos con mayor sencillez. En primer lugar, se explica el umbral —el lugar en el que la casa y la calle se conectan— lo que supone una negociación y la extensión de lo íntimo hacia el espacio que es de todos. Después, se analizan las tensiones que aparecen cuando, al mismo tiempo, se quiere una apertura y estar protegido. En tercer lugar, se estudian las fachadas de las casas populares, comparándolos con las soluciones arquitectónicas de los edificios más recientes de la zona. Por último, se examina cómo el umbral construye el ambiente urbano día a día, donde la fachada de la vivienda no es sólo lo que se aprecia, sino una forma de mostrar identidad, memoria y cómo se dan los vínculos con los demás.

De manera que, esta sección intenta ofrecer una consideración crítica del umbral como espacio de transición, y demostrar cómo, a través de actos diarios y modificaciones

que parecen sencillas —como abrir, cerrar, sentarse, adornar, agrandar o resguardar—, los habitantes establecen estilos de vida que influyen la forma en que el hogar se conecta con lo que le rodea. De esta manera, el umbral no solamente define la unión entre la casa y la vía pública, sino que también juega un papel activo en la creación del entorno de la ciudad, al hacer de las vivencias del ámbito privado algo que se ve y se comparte con la ciudad.

5.1.1. El umbral como espacio relacional del habitar

A. Negociación doméstica

Analizar el umbral permite entenderlo como un espacio en constante negociación, donde las personas, día tras día, alteran la frontera que separa el hogar de la calle. Más que un límite fijo, el umbral es un lugar de acción, donde se almacenan objetos, se amplía el espacio de la casa, permite sentarse, transitar y mirar al exterior, a través de esas acciones, se le dan constantemente nuevos usos y significados. Estas dinámicas muestran que el vínculo entre lo público y lo privado no se crea mediante una división definida, sino por las formas particulares en que se utiliza y se percibe el lugar; las fronteras se ajustan a las exigencias prácticas, simbólicas y afectivas, como señalan Bamba Vicente y Costa Sepúlveda (2016).

Esta condición de negociación que recae sobre el concepto del umbral puede entenderse al asociarla con la propuesta de la casa inacabada de Monteys y Fuertes (2001); para ellos, la vivienda no es algo fijo ni terminado, sino algo que está abierto y que se transforma gradualmente. Por lo tanto, el umbral en este contexto es muy importante, puesto que permite dar mayor flexibilidad a la vivienda, con la capacidad de otorgar pequeñas ampliaciones, colocar mobiliarios, cerrar áreas o añadir objetos temporales. Expresando así, una manera de habitar que se basa en modificar la noción del espacio y en experimentar con él a diario.

Desde otra perspectiva, tales usos también se pueden comprender como una activación de oportunidades que no se contemplaron en el diseño original. Donde la banqueta, la reja, o el pequeño jardín delantero sirven para sentarse, observar, trabajar, guardar objetos o interactuar, de una forma similar a las affordances que describe Gibson (2015); el espacio, en este caso, no determina el empleo que se le da, sino que ofrece una serie de alternativas que los vecinos interpretan y aprovechan según lo que han vivido y su contexto.

Además, se suma la dimensión simbólica, Vidal y Pol (2005) señalan que, cuando las personas cuidan, ordenan y hacen más bonito un espacio, intensifican su sentido de pertenencia con el lugar. Esto, naturalmente, se manifiesta en los umbrales de las viviendas —donde se muestra al público algo de la vida familiar— y de esta forma el límite entre lo privado y el exterior pasa a ser un punto en el que se pone de manifiesto la identidad individual. Esparza y Andrade (2022) complementan que el umbral posibilita un intercambio gradual y constante entre el hogar y la ciudad, de tal forma que esos dos ámbitos no se oponen, sino que se conectan.

De esta forma, estas dinámicas muestran que el umbral es un sitio donde los habitantes actúan directamente en el límite de lo doméstico, tomando decisiones pequeñas pero constantes —como el hecho de abrir, cerrar, extender, ocupar o transformar— que cambian la conexión entre la casa y la calle. No se trata sólo de cambios fortuitos, ni de soluciones provisionales para la vivienda, sino que ponen de manifiesto una manera común de transformar y ajustar el espacio, basándose en la capacidad de ajustar, negociar y usar el umbral como una prolongación necesaria para el habitar diario.

B. Temporalidad y memoria

La evolución constructiva en la Colonia del Maestro muestra que la vivienda popular se crea a través de una serie de alteraciones y mejoras que se llevan a cabo con el transcurso de los años. Esta clase de habitar concuerda con lo que Giglia (2012) señala de que la casa se origina más bien de la existencia cotidiana, que, de un proyecto arquitectónico terminado, al cual muchos habitantes no tienen acceso. Así, el umbral se convierte en una frontera variable, afectada por el tiempo, la necesidad y la memoria.

Turner (1977) hace hincapié en la importancia en la toma de las decisiones por parte de los habitantes, ya que es lo que permite que la vivienda refleje su identidad y se convierta en una extensión de ella. Las rejas añadidas, los arreglos que se hacen, las ampliaciones que se van improvisando o incluso las distintas capas de pintura en los umbrales muestran que la casa ha sido apropiada por sus moradores; en ella se mezclan el esfuerzo, la historia y el arraigo. En esta misma línea, Monteys y Fuertes (2001) indicaron que estas modificaciones

demuestran que las casas populares no son algo fijo, sino que cambian con el tiempo, capaz de adaptarse a las circunstancias y al paso del tiempo.

De esta forma, el umbral se muestra como el lugar en el que la casa evidencia el paso del tiempo. Las diversas texturas, las alteraciones en el material y las marcas de la construcción forman una historia construida por la vida de la familia y las condiciones económicas. Aquello que, a simple vista, podría parecer deteriorado, se entiende, por el contrario, como una muestra de la realidad familiar, del esfuerzo y de los modos de habitar.

Góez Restrepo (2015) explica esta situación como una estética progresiva, que nace de pequeñas modificaciones de cada día. Las casas y los umbrales de la Colonia del Maestro se van transformando de acuerdo con los medios económicos de sus habitantes, como prueba de una realidad constructiva popular. Y, de la misma manera, Carvajalino (2004) y Juárez Pichardo (2016) señalan que esta estética de lo no terminado expresa anhelos, esfuerzos y memorias que todos comparten.

En definitiva, el umbral es el sitio en el que coinciden la autoconstrucción, la temporalidad y la memoria. Las huellas que el tiempo imprime no deterioran el hogar; más bien, lo refuerzan metafóricamente. Esta perspectiva permite considerar el umbral como un espacio que une a las personas con el tiempo y su memoria, y donde el hecho de construir y habitar la casa cada día genera significados que superan la utilidad y establecen un modo de vida singular en la frontera de lo que se considera privado.

C. Microesfera relacional cotidiana

Los resultados permiten comprender que el umbral no sólo articula algunas funciones de la casa y la organización de los espacios, sino además trabaja como una microesfera de relaciones, donde lo que pasa cada día en la vivienda se muestra a la calle, aunque no se mezcla con ella. En la Colonia del Maestro, acciones como sentarse en la puerta, saludar a través de la reja, estar a la sombra o tener conversaciones espontaneas, crean una manera de estar en la ciudad que no necesita de espacios específicos ni de plazas públicas planeadas, sino de usar día a día el límite de la casa.

De esta manera, el umbral se vuelve un punto en el que las personas permanecen, como Gehl (2014) indica, sim embargo esto no es producto de una planificación urbana pensada, sino de lo que los vecinos mismos crean. Poner sillas, bancos, o mesas no es sólo para sentarse o trabajar; muestra cómo la gente vive el barrio, cómo se muestran al exterior, sin dejar de lado la privacidad, y cómo se mantienen los vínculos diarios, estando cerca de los demás.

De acuerdo con De Certeau (2000) estas acciones pueden verse como estrategias de habitar un lugar: cosas que la gente hace cada día, cambiando el espacio con su uso, y apropiándose de la frontera entre casa y vía pública para hacer un área de conexión que se adapta sin dificultad. Con movimientos pequeños —relajarse, mirar, hablar— los vecinos cambian el umbral en un sitio donde lo íntimo y lo social no chocan, sino que se mezclan poco a poco y se negocian.

Dentro de este contexto, la convivencia que se da en el umbral no aparece como algo fuera de lo normal, ni tampoco como un encuentro arreglado; más bien es una relación diaria que se mantiene gracias a la repetición. Como Lefebvre (2013) apunta, estas costumbres fijan recuerdos en el lugar y hacen del lugar una pequeña plaza pública, donde interactuar unos con otros y estar siempre presentes ayudan a formar la identidad barrial. Que se vea el cuidado —la silla que se pone cada tarde, el saludo que se repite— hace que se entienda mejor el paisaje de cada día y ayuda a que la vida en el barrio se refuerce.

En lugar entender estas prácticas como simples expresiones de convivencia, se puede pensarlos como maneras de crear la ciudad a partir de la vivienda —de tal manera que la fachada ya no es una pieza inerte, sino un medio para relacionarse con los demás—. El umbral funciona, así como una especie de conexión social y espacial que hace la calle más humana y apoya una vida urbana basada en la cercanía. Este estudio hace más fuerte la idea de que habitar no es sólo lo que pasa dentro de la casa, sino que se extiende hasta el borde, creando conexiones, un sentido de pertenencia, y formas de estar con otros que hacen que el paisaje urbano se configure desde la casa.

5.1.2. Negociaciones entre apertura, resguardo y visibilidad

A. Apertura vs. cerramiento

Los hallazgos indican que el umbral es una mediación sensorial que vincula el cuerpo de quien vive en la casa con la calle. Es un lugar en el que el interior y el exterior se prolongan de manera perceptiva, aunque esta prolongación se controla y se negocia constantemente en la vida cotidiana. Como plantea Pallasmaa (2016), habitar en un sitio crea esa continuidad sensorial; es decir, la casa no se experimenta sólo por lo que pasa dentro, sino también por las vistas, los ruidos, los olores y las personas que pasan por el límite de la casa. En la Colonia del Maestro, acciones cotidianas hacen que haya una presencia humana en el barrio, en la que la percepción es una manera activa de relacionarse con el lugar más próximo. Esta manera de entender coincide con Giglia (2012), para quien habitar un sitio implica hacerse presente en el mundo a través del cuerpo.

Así, los umbrales son espacios de transición que no separan completamente, sino que posibilitan acciones que permiten abrirse hacia fuera sin que por ello se sacrifique la intimidad de la casa. Como Esparza Díaz de León (2021) indica, los límites porosos hacen posible ver y ser visto, pero controlada por los habitantes. La reja no es, en consecuencia, sólo una barrera, sino una manera de ajustar lo que se puede observar; que enseñar a los otros, a la vez que ampara, y facilita la comunicación, incluso manteniendo un cierto alejamiento. Boettger (2014) sigue esta línea de pensamiento, y considera el umbral como el sitio sensorial en que se establecen los niveles de presencia y visibilidad.

Lindón (1999) afirma que estos hábitos de reconocimiento mutuo fortalecen los lazos emocionales y contribuyen a crear un sentido de pertenencia, de unidad. En la Colonia del Maestro se ven estas prácticas de manera recurrente, lo que garantiza que las personas no pierdan el contacto con la comunidad. Esta función relacional coincide con lo que Couceiro Núñez (2001) afirma que los espacios intermedios son lugares para relajarse, pensar y hablar entre vecinos. Así, esas características permiten una vigilancia en la que los vecinos se cuidan los unos a los otros, en lugar de simplemente vigilar. Las personas, de esta forma, convierte el hecho de ver quién va y viene, quién no está, o quién requiere asistencia, en una parte normal de la vida del barrio: una forma de crear comunidad.

De acuerdo con Lefebvre (2013) el espacio se vive realmente cuando es producido por los cuerpos, los gestos y lo que haceres diarios. El cuerpo que se sienta en un sillón, el que ve a la sombra de un balcón, o el que habla apoyado en una baranda, demuestra que está apropiándose de él con los sentidos; ahí se entrelaza el entorno, el tiempo y las relaciones sociales. La manera de permanecer en el espacio ―resguardado en la casa, pero de cara al espacio público― muestra el conflicto que hay siempre entre lo íntimo y lo colectivo, y convierte el umbral en el lugar en que se negocian temas culturales y emocionales.

No obstante, esta perspectiva también presenta tensiones. Tal como Dovey (2010) indicó la frontera de cada vivienda es un sitio en el que la privacidad, la posibilidad de influir y las relaciones con otros se enfrentan. En la Colonia del Maestro, se manifiesta en el hecho de bajar las cortinas, en poner más barrotes a las ventanas o, igualmente, en no detenerse a platicar en la entrada por cansancio o las condiciones climáticas. Estos actos no son un rechazo absoluto, sino más bien maneras de escoger qué se muestra y qué se deja fuera, según lo que pase. Esto confirma lo que Boettger (2014) planteó, el umbral es un sitio en el que la mirada es bienvenida o se evita, de acuerdo con el contexto cercano.

Los hallazgos también muestran un continuo cambio entre apertura y protección. Abrir el espacio a la gente facilita las relaciones, permite ver la vida cotidiana, y logra al habitante sentirse integrado al sitio; aunque, al mismo tiempo, expone la casa a los peligros de la calle. Cuando el temor aumenta, el borde de la vivienda se convierte en una actitud de resguardo, usando barrotes sólidos, paredes altas, o puertas opacas. Esta postura se relaciona con lo planteado por Beltrán Rodríguez (2016), quien advierte que el exceso de medidas de precaución en los lugares cotidianos perjudica el dinamismo urbano, puesto que disminuye la comunicación entre los individuos y la existencia en el área pública. En este caso, el filtro emocional que la investigación percibió podría considerarse un caso evidente de estos conceptos de seguridad, en el que la necesidad de protegerse complica la existencia social en el límite.

Por lo tanto, los cerramientos excesivos producen calles más silenciosas, menos vigiladas, fracturando el sentido de pertenencia de los habitantes. Jacobs (2013) define la ciudad vivida desde la escala humana con la diversidad y la ocupación espontanea de las

aceras como los usos cotidianos dan forma a una ciudad real: las ciudades tienen las capacidades de proveer algo para todos solo porque y solo cuando son creadas por todos. Que el barrio tenga vida, depende en buena medida, de la permeabilidad del umbral; pues cuando el barandal se vuelve pared o la acera se queda vacía, se esfuma la pequeña escena que sostiene el paisaje social cotidiano.

B. Seguridad vs. convivencia

En situaciones de urbanización irregular y violencia ocasional, hacer de la casa un lugar más seguro es una estrategia de protección. Sin embargo, esta manera de defenderse puede dañar la vida en comunidad, reducir los contactos entre vecinos, hacer que haya menos gente que se ocupe de los demás, y llevar al distanciamiento colectivo. Tal como Beltrán Rodríguez (2016) señala, proteger el espacio de esta forma perjudica la estabilidad social porque cambia la buena relación entre vecinos por barreras.

Así mismo para el autor la existencia de un barrio puede desaparecer si se privatiza demasiado el espacio entre las casas. El umbral es por naturaleza frágil: necesita de presencia, de confianza y de cotidianidad. Por lo que, los cambios demográficos, la falta de seguridad, o incluso nuevas aspiraciones estéticas, pueden hacer que esa vida en común se debilite, y la calle se convierta en un escenario privado de sombras, donde cada persona se encierra en su mundo. Cuando esto pasa, la calle deja de ser un sitio donde la gente vive y comparte, para ser sólo un lugar para pasar, sin que la gente esté ahí a diario, ni tenga contacto social de verdad.

C. Plataforma económica y visibilidad

La apropiación con fines económicos de la fachada o del umbral de la casa en la Colonia del Maestro expone un aspecto esencial de los problemas actuales de la vida en el hogar: la obligación de conseguir dinero a partir de la casa, sin alterar del todo las condiciones de protección, privacidad y dominio del ámbito familiar. Los pequeños negocios ubicados en porches, rejas o aceras —venta de comida, de ropa o pequeños talleres— son tácticas que los habitantes emplean para aumentar el valor práctico y económico de la vivienda y negociar su relación con la vía pública.

Dentro de esta situación, el umbral es, en efecto, una línea divisoria mixta en la que la intimidad y lo público se entrelazan, aunque de manera regulada. Como ya preveía Turner (1977) si quienes viven en un lugar tienen voz en cómo se organiza el espacio de su casa, está deja de ser entendida como algo terminado, para convertirse en un recurso activo que se adapta a las necesidades económicas, familiares y sociales. Emplear el umbral de manera útil no es ir en contra de lo que es propio de una casa, sino más bien llevar de forma pensada lo doméstico al entorno público más cercano.

Esta situación de tensión se refleja también en lo fácilmente adaptable de la actividad comercial en el límite de la casa. Toldos móviles, mesas improvisadas, anuncios provisionales, carretas de venta, evidencian una economía que requiere apertura, pero que evita consolidaciones rígidas para no poner en peligro, o desestabilizar, el hogar. Así, la activación productiva del umbral se parece a lo que Peran (2008) y Oswalt et al. (2012) llaman las ocupaciones reversibles del espacio urbano que pueden empezar y parar dependiendo de lo que pase cada día, la demanda o lo que ocurre en el vecindario.

En lugar de ver estas acciones como simples respuestas económicas, quizás se pueda pensar en ellas como maneras de negociación espacial cotidiana. El negocio que se hace en casa genera nuevas formas de movimiento, de permanencia y de encuentro, aunque también obliga a cuidar la privacidad de los otros espacios interiores. La casa no se expone por completo, ni se aísla del todo, simplemente adapta la entrada para que haya intercambios sin que deje de ser un lugar seguro.

De esta forma, la plataforma económica que representa el umbral supone una contradicción entre fijeza y flexibilidad. Si bien el hogar se vuelve, gradualmente, más hacia lo íntimo, la economía exige que sea accesible, visible y que se pueda acceder a él. Este inconveniente no posee una respuesta única, sino que se determina en función de las necesidades de quienes lo habitan, y sus actos, que alteran el límite, conforme al lugar, las necesidades, o el riesgo que se anticipa.

Así, el umbral como fuente de economía en la casa, demuestra que las negociaciones entre la apertura, la seguridad y visibilidad son alternativas que se basan en las acciones concretas que se ejercen para ganar dinero. Lejos de ser un recurso informal, el negocio en

el hogar ofrece una manera apropiada para que los habitantes adapten sus viviendas con el objetivo de estructurar el trabajo, los ingresos y la vida familiar. El umbral es, por consiguiente, un sitio donde se manifiestan los problemas entre la economía, la protección, la privacidad y la comunidad.

D. Rigidez formal y gentrificación simbólica

Según Habraken (citado en Beltrán Rodríguez, 2016) lo que hace que un barrio esté realmente vivo está relacionado con el poder que tienen las personas para cambiar y arreglar sus casas con el paso del tiempo. Si el diseño formal impone soluciones rígidas y cerradas, se limitan las prácticas cotidianas que generan y mantienen una vinculación entre la casa y el entorno cercano. En la Colonia del Maestro, las mejoras que hace cada uno a sus casas, en muchos casos cambios informales han ido solucionando estos problemas; pero esta continuidad no está garantizada, porque hay procesos de control, de estandarización o de remodelación urbana más restrictivos. En esta situación, el espacio del umbral o el límite entre lo público y lo privado puede acabar por no ser un lugar para habitar.

De igual manera, cambiar las rejas permeables por paredes cerradas, usar un único modelo homogenizado en todas las viviendas o elegir estilos arquitectónicos asociados a otros contextos, puede dar lugar a procesos de gentrificación que no se ven a simple vista. Si bien estas modificaciones no siempre significan que la gente tenga que mudarse, poco a poco hacen que desaparezcan las costumbres con las que la gente vive, perjudicando las actividades que hacía la comunidad, las expresiones identitarias y las formas en que se relacionan a través de los umbrales.

Dentro de este contexto, la estetización del frente de las casas y por lo tanto del paisaje urbano de las ciudades puede llegar a ser una manera de naturalizar la fractura que se va incrementando entre la casa y el espacio público. Si las intervenciones valoran más que nada la homogeneidad formal, una repetición formal, por encima de las prácticas que sostienen la vida cotidiana, el umbral ya no sirve para conectar los dos ámbitos, y se reduce sólo a una superficie representativa. La fachada de los edificios se vuelve imagen antes que proceso. De este modo, tener una apariencia de orden o de modernidad puede esconder que se ha perdido

el vínculo entre la gente, que históricamente se hacía desde la parte delantera de la casa. La fractura no se arregla; simplemente se vuelve menos visible y la sociedad la acepta.

E. El umbral como resistencia

Pese a estas dificultades, el umbral actúa como un lugar compartido (Rocca, 2020) donde hacen visibles las conexiones entre los vecinos y la comunidad se vuelve más sólida. A diferencia de una ciudad más aislada, el umbral hace posible el encuentro, la presencia, y la convivencia. No obstante, esta vitalidad no es segura; depende de factores que pueden cambiar fácilmente, como la unión entre vecinos, la sensación de seguridad y la posibilidad de adaptar o flexibilizar las normas. El umbral puede dejar de ser importante si la gente se preocupa más por defenderse, si no se permite usar los espacios intermedios, o si los habitantes prefieren tener privacidad y priorizan el cierre a la convivencia.

5.1.3. La fachada popular frente a los modelos arquitectónicos universales

A. El umbral como micro escena de la Producción Social del Hábitat

La Producción Social del Hábitat (PSH) es, en definitiva, la mejor manera de comprender cómo los habitantes de un sitio modifican y perfeccionan sus viviendas, valiéndose de sus recursos, valores y de sus prácticas. En contraste con el modelo de mercado —que concibe la casa como un producto estandarizado— la PSH entiende la vivienda como un proceso permanente, algo susceptible de transformaciones.

Los datos de los resultados revelan que el umbral es la microescala donde este proceso se materializa de forma más visible. La extensión del interior, la reconfiguración de rejas, establecer pequeños comercios, embellecer los espacios o improvisar una sala social, todo ello pone de manifiesto que las personas habitan sus casas activamente, y que les resulta esencial que el hogar satisfaga sus necesidades, que den rienda suelta a su creatividad y que tengan la capacidad de adaptarlo. Tal como señala Ortiz (2010), la PSH aprecia capacidades que la planificación, cuando es excesivamente técnica, tiende a ignorar: las personas se autoorganizan, conocen bien el entorno, construyen de manera gradual y poseen un sentido estético centrada en su contexto.

La vivienda popular en la Colonia del Maestro, en su mayoría son productos de una mejora continua que los propios habitantes realizan. Esta cualidad se visualiza, por ejemplo, en la parte delantera de las casas —el umbral—, como un lugar multifuncional: funciona a la vez como una extensión del hogar, un soporte económico, permite entender la historia del barrio, una zona de convivencia y un filtro emocional.

La PSH permite entender que el umbral es un escenario urbano que nace de la gente; es decir, de la autoconstrucción, del cuidado, de la negociación social y la expresión identitaria, esto se apoya en Ortiz (2010) y Cuervo (2010) cuando señalan que el hábitat no es solo lo que está construido, sino también la manera en que se domestica el espacio. Por último, la PSH defiende que las personas controlen cómo se vive en las ciudades, como alternativa a la estandarización urbana. Los patrones observados indican que la ciudad se produce colectivamente desde la vida cotidiana.

5.1.4. El umbral y la construcción cotidiana del paisaje urbano

A. El umbral como espacio simbólico e identitario

El estudio del umbral en La Colonia del Maestro hace posible entenderlo no sólo como un lugar para vivir en casa, o para las relaciones entre quienes habitan, sino como un sitio con significado, que interviene de forma activa en cómo se crea día a día la imagen de la ciudad. Mediante objetos, colores, decoraciones, plantas e imágenes religiosas, los habitantes dejan en la parte delantera de sus casas recuerdos, sentimientos y las historias familiares, y así muestran a la calle una parte de cómo viven. Por lo tanto, el umbral sirve como un lugar que conecta, donde la vida de la familia se puede ver y contribuye a la configuración del barrio.

Así, la estética de las fachadas en barrios populares no sigue normas de diseño estándares, sino una manera de crear identidad con el sitio en que se construyen. Tal como indica Góez Restrepo (2015), la estética vecinal es una manera de expresar el gusto por la vida en un lugar; a través de ella, los habitantes muestran su relación, la continuidad de sus hábitos y su apego al territorio. Componentes de la construcción que se han heredado, colores con los que los vecinos se identifican, plantas cuidadas por varias generaciones, o adornos

que contienen memorias familiares, no sólo hacen más bello el entorno, sino que son pruebas reales de una memoria viva que se manifiesta y se relaciona con el espacio urbano.

De acuerdo con una manera de ver la ciudad, Remesar (2017) permite considerar estas prácticas como recursos simbólicos frente a los procesos de homogeneización y estandarización del espacio urbano. En la Colonia del Maestro, la diversidad que se aprecia en las fachadas —altares, imágenes religiosas, combinaciones de colores y adornos temporales vinculados a celebraciones o festividades— genera una narrativa urbana compleja, que va en contra de la supresión de los elementos visuales que caracterizan al conjunto de edificios. Así, la frontera entre lo público y lo privado se vuelve una vía para la expresión cultural, por la cual lo perteneciente al ámbito doméstico se exhibe al exterior, sin que, por ello, deje de ser propio.

La forma en que las personas manifiestan sus creencias y las celebraciones de eventos culturales convierte los espacios frente a las viviendas en sitios donde sus valores se hacen visibles. Como apuntan Sánchez y Benítez (2021), en las casas populares la religión es parte de cada día, con objetos religiosos —que son representaciones de la fe, la protección y las tradiciones que se han ido heredando—. Estas demostraciones no se esconden en el interior de la casa, sino que se enseñan a través del umbral y la fachada. Así, la fe que se tiene en la casa se va a la calle ofreciendo a los vecinos símbolos compartidos.

Según indica Carvajalino (2004) la decoración en las casas populares no son sólo gestos superficiales, sino una forma de mostrar y expresar orgullo, memoria y anhelos. En concordancia con esto, García Canclini (1995) señala que los objetos que forman parte de la cotidianidad de las personas sirven para mediar la identidad y la cultura, sobre todo en contextos donde la vivienda se convierte en el principal espacio para expresar y transmitir significados colectivos.

Desde este punto de vista, la continuidad de estas costumbres en las casas genera una atmósfera urbana que proviene de la vida cotidiana. Montaner (2015) sugiere que las casas construidas de forma generosa y con la participación de las personas evolucionan con el tiempo y muestran la historia y el estilo de vida de quienes viven en ellas, ya que su capacidad de ser modificadas significa que se pueden añadir nuevos requisitos, funciones y significados.

Por lo tanto, la diversidad que se ve en las fachadas de las casas no obedece a un único patrón o norma, sino a las apropiaciones que muestran la realidad de las vidas familiares y el carácter del vecindario.

Si bien los procesos de cerramiento y densificación tienden a modificar la visibilidad de estas expresiones, los habitantes mantienen gestos simbólicos mínimos —una planta, un adorno, una imagen, un color— que preservan la dimensión simbólica del umbral. Estas acciones evidencian que, aun en contextos de restricción espacial y de inseguridad percibida, el umbral continúa siendo un lugar de inscripción simbólica y de producción de sentido urbano.

De este modo, el umbral se consolida como un espacio clave en la construcción cotidiana del paisaje urbano popular. Más que un elemento residual o decorativo, la fachada-umbral aparece como un soporte activo donde memoria, identidad y habitar se entrelazan, produciendo una ciudad que no se impone desde el diseño formal, sino que se construye desde lo doméstico y se expresa en la vida cotidiana del barrio.

5.2. Síntesis integradora de la discusión: Habitar el umbral

Los hallazgos y la discusión llevan a una idea central: habitar el umbral significa activar un espacio intermedio que vincula a la casa, a quienes viven en ella y a la ciudad, por medio de prácticas cotidianas las cuales van transformando las fachadas de las casas en espacio que se usa, que se apropia, que permite la convivencia y expresar la identidad de los habitantes. El umbral se muestra como un medio de contacto socio espacial en el que se negocian los usos, las expresiones y las formas de vincularse con el vecindario.

Siguiendo el propósito principal de la investigación, la discusión revela que la fachada —entendida como espacio de transición— contribuye de manera activa a satisfacer los distintos modos de habitar, a la apropiación del espacio y a integración de la casa con el paisaje urbano. Esta contribución se manifiesta, sobre todo, en la negociación continua del límite de la casa con el espacio público, a través del cual los habitantes adaptan la relación entre lo privado y lo público, usando elementos constructivos y estéticos, útiles para satisfacer las necesidades de la vida cotidiana.

Asimismo, los hallazgos evidencian que el umbral es un espacio clave donde se redefinen las relaciones entre seguridad, privacidad y sociabilidad. A través de gestos mínimos —mirar, sentarse, cerrar, abrir, filtrar— los habitantes gestionan la exposición y el resguardo, sosteniendo formas de convivencia barrial que dependen de la permeabilidad del límite doméstico más que de dispositivos formales de control.

Además, la discusión confirma que los cambios y apropiaciones que se realizan a las fachadas son una manifestación clara de identidad —tanto personal como colectiva— ya que los habitantes a través de ella muestran memorias, afectos, costumbres y aspiraciones hacia el entorno de la ciudad. La suma de estas intervenciones en las casas da como resultado un paisaje urbano variado, reconocible y cargado de significados, que se va construyendo a partir de la vida diaria y no de un diseño urbano planeado.

Dentro de este contexto, el incluir actividades que generan ingresos —pequeños negocios locales— muestra la capacidad de la vivienda popular para integrar trabajo, refugio y vida social en un mismo lugar, fortaleciendo su carácter como recurso activo dentro de la Producción Social del Hábitat. Estas prácticas demuestran que la vivienda no sólo ocupa el espacio, sino que lo transforma y lo reconfigura de manera constante.

En conjunto, la discusión permite afirmar que las transformaciones autogestionadas del umbral constituyen formas de agencia espacial cotidiana mediante las cuales los habitantes reconfiguran la relación entre vivienda y ciudad, producen micro territorios de uso y significado y humanizan el paisaje urbano. El umbral se consolida, así como un sistema integrado —material, social, simbólico y económico— desde el cual la arquitectura se vincula con la comunidad para producir ciudad desde lo doméstico.

CAPÍTULO VI

6.1. CONCLUSIONES

La presente investigación tuvo como propósito analizar el rol de la fachada como espacio de transición entre el ámbito privado y el público, con el fin de comprender cómo contribuye al modo de habitar, a la apropiación del espacio y a la integración y humanización del paisaje urbano en la Colonia del Maestro, Guadalupe, Nuevo León. A partir de un enfoque cualitativo, sustentado en trabajo de campo etnográfico y análisis interpretativo, los resultados permiten afirmar que el umbral doméstico constituye un espacio clave en la construcción cotidiana de la vida barrial y en la producción del entorno urbano desde la escala doméstica.

Los resultados demuestran que la fachada-umbral no es un límite arquitectónico pasivo, ni una superficie de resguardo de vivienda, sino un espacio intermedio y activo en el que las prácticas cotidianas, las decisiones espontáneas y los significados compartidos configuran formas concretas de habitar. En este sentido, el umbral resulta ser un espacio de conexión por medio del cual la casa se comunica con la calle sin perderse en ésta, y en el que la privacidad y lo social se vinculan a través de acuerdos continuos.

Con respecto al Objetivo Específico 1, se identificó que los elementos de la fachada —tanto arquitectónicos, estéticos como funcionales—, tales como porches, antejardines, rejas, mobiliario ligero, adornos, plantas y objetos religiosos, incrementan el papel de la fachada como zona de tránsito. Estos componentes no operan por separado, sino en conjunto permitiendo gestionar el grado de apertura, visibilidad y permanencia, contribuyendo así a diversas acciones —observar, sentarse, adornar, proteger o comerciar—. Así, la fachada aparece como factor adaptable que satisface las necesidades prácticas, afectivas y simbólicas del habitar cotidiano.

Con respecto al Objetivo Específico 2, el estudio reveló que las apropiaciones del umbral van redefiniendo la relación entre seguridad, intimidad y sociabilidad. El umbral funciona como un espacio de regulación perceptiva, donde los habitantes deciden de qué manera su hogar se proyecta hacia el exterior mediante gestos pequeños pero constantes:

abrir o cerrar la reja, permanecer en la entrada o retirarse, reforzar los cerramientos o mantener cierta porosidad visual. Estas prácticas no eliminan el conflicto entre querer abrir la casa y a la vez protegerla, pero ayudan a manejar mejor las cosas en la vida cotidiana; dicho de otro modo, la seguridad se convierte en algo cotidiano, que se forma en el uso del umbral, actuando como un término medio entre lo privado y lo público.

En relación con el Objetivo Específico 3, se constató que las modificaciones y apropiaciones en los umbrales de las viviendas evidencian la relación entre los habitantes, la casa y el paisaje urbano. Las personas reflejan en la fachada indicios de su identidad —tanto personal como colectiva— a través de mobiliarios, plantas, colores, adornos, imágenes religiosas y los estilos constructivos. Estas manifestaciones simbólicas no sólo indican pertenencia, sino que también ayudan a construir una ciudad que surge de la vida diaria, y que es distinta según las vivencias y las preferencias de cada hogar.

En general, la investigación corrobora la hipótesis, al demostrar que las transformaciones que los propios pobladores realizan en las fachadas son una manera de intervenir el espacio de manera cotidiana. Mediante acciones aparentemente sencillas —como sentarse en el porche, cuidar plantas, colocar pequeños comercios detrás de las rejas de la casa, poner elementos decorativos—, las personas intervienen activamente la configuración de su entorno cercano, creando pequeñas zonas y formas de conectar la casa y la ciudad. Estas acciones trascienden la concepción convencional de la vivienda como objeto exclusivamente doméstico y ponen de manifiesto el aspecto social y espacial de la vida en contextos de Producción Social del Hábitat.

Aporte interpretativo

Cabe señalar que estos hallazgos no buscan establecer la Producción Social del Hábitat o las transformaciones autogestivas como el modelo más adecuado de producción urbana. Por el contrario, la presente investigación busca visibilizar la participación de las prácticas cotidianas de los habitantes de la ciudad, particularmente aquellas que se desarrollan en el umbral de la vivienda, en la configuración del entorno urbano. Si bien estos procesos visibilizados no buscan negar la importancia del diseño arquitectónico o la

planificación urbana, buscan en cambio ampliar la comprensión de estos fenómenos incorporando la experiencia de los habitantes de la ciudad.

Aporte conceptual

Uno de los principales aportes de esta investigación es el de mostrar que el paisaje urbano no se construye solo a partir del proyecto arquitectónico y la planificación formal, sino que también se construye a partir de la suma de las decisiones domésticas situadas que se expresan en el umbral de la vivienda. La fachada popular se construye, así como un espacio relacional, a la vez material, social, simbólico y económico, que organiza la experiencia del habitar y humaniza la calle a través de la presencia, la repetición y la cercanía.

Aporte interpretativo crítico

Igualmente, la investigación muestra la fragilidad de estas dinámicas. Las tensiones que surgen al alternar entre la apertura y el cierre, entre la seguridad y la convivencia, entre la flexibilidad y la rigidez de los espacios, indican que la fuerza de los umbrales está condicionada por factores sociales, psicológicos, normativos y culturales. Cuando se impone una imagen uniforme o se adoptan estilos que buscan aparentar cierto estatus, puede afectar las prácticas que mantienen viva la vida del barrio. Al volverse más cerrados y menos permeables, los espacios intermedios dejan de facilitar el encuentro y la relación entre vecinos, lo que termina empobreciendo la vida social cotidiana.

Aporte metodológico

En términos metodológicos, la investigación deja claro que el estudio del habitar mejora cuando se combina la observación etnográfica, las entrevistas y la codificación cualitativa con herramientas visuales que se basan en patrones, flujos y configuraciones espaciales. Este método hizo posible entender el umbral —no como algo concreto—, sino como un espacio dinámico de conexiones, refuerzos y tensiones que se van reconfigurando según las necesidades cotidianas. El uso de patrones y configuraciones permitió comprender los distintos modos de habitar para traducirlos a formatos de análisis coherentes con las prácticas reales que suceden entre los habitantes con la casa y con el paisaje urbano. Así, la

investigación propone una aproximación metodológica para el estudio del habitar popular teniendo en cuenta lo complejidad, la temporalidad y el contexto de los habitantes.

Proyecciones futuras

Finalmente, este trabajo abre líneas para futuras investigaciones orientadas a profundizar en la relación entre los habitantes y el espacio intermedio, en el impacto de las políticas de seguridad y normativas urbanas sobre la vitalidad del umbral, así como en la traducción de estos hallazgos en criterios de diseño arquitectónico y urbano con relación a las prácticas cotidianas del habitar popular.

En síntesis, el umbral se consolida como un espacio mínimo, pero profundamente significativo, donde la arquitectura se encuentra con la vida diaria. Es en este borde —donde se colocan las sillas, se cuidan las plantas, se conversa, se observa, se protege y se recuerda— donde la ciudad se hace visible, cercana y humana, y donde el habitar cotidiano produce paisaje urbano desde lo doméstico.

Referencias

Abásolo Llaría, J. L. (2024). *El arquitecto como etnógrafo. Prácticas espaciales en Japón 1917-2018* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid]. https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.84005

Acero, M. A. (2016). *La percepción del paisaje urbano de los habitantes de los fraccionamientos* [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Aguascalientes]. https://repositorioslatinoamericanos.uchile.cl/handle/2250/7533502

Ábalos, I. (2000). *La buena vida*. Gustavo Gili.

Alexander, C. (2009). *El lenguaje de patrones: Ciudades, edificios, construcción*. Gustavo Gili.

Argan, G. C. (1973). *El concepto del espacio arquitectónico: Desde el Barroco a nuestros días* (L. Rainis, Trad.). Ediciones Nueva Visión.

Arboleda Kogson, J. (2015). *Patio bonito: Un barrio sin proyecto* [Tesis doctoral, Universitat Politècnica de Catalunya, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona].

Ávila, M. M., & Suárez, D. (2020). Fachadas e imaginarios urbanos. *Actas de Diseño, 11*. https://doi.org/10.18682/add.vi11.2716

Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio* (E. de Champourcin, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1957)

Bailo Esteve, M. (2012). *Contra la indiferencia: Catalizadores de la urbanidad* [Tesis doctoral, Universitat Politècnica de Catalunya].

Bamba Vicente, J. C., & Costa Sepúlveda, A. (2016). Apropiaciones, delimitaciones, negociaciones en el espacio colectivo: Caracterización multiescalar de la vivienda social en Guayaquil (1940–1970). *Dearq, 19*, 20–29. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=341651104005

Bazán, A. M., & Motta, J. M. (2022). Apuntes para repensar los espacios de articulación entre vivienda y ciudad en asentamientos populares. *Revista INVI, 37*(106), 73–95. https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.67139

Beltrán Rodríguez, M. (2016). La importancia de la vitalidad urbana. *Ciudades, 19*, 217–235. https://doi.org/10.24197/ciudades.19.2016.217-235

Besse, J.-M. (2010). *La sombra de las cosas: Sobre paisaje y geografía*. Biblioteca Nueva.

Bhonsle, K. D. (2010). Thresholds in architecture. *Architecture: Time, Space & People*, 30–36.

Boettger, T. (2014). *Threshold spaces: Transitions in architecture: Analysis and design tools*. Birkhäuser.

Bollnow, O. F. (1966). El hombre y su casa. *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico, 54*, 11–24.

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico* (A. Dilón, Trad.). Siglo XXI Editores Argentina.

Campaña Barquero, E. M. (2017). *La vida entre: Unidad Vecinal de El Taray: Segovia, 1962-1964* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid]. https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.48265

Campos, M., & Lule, M. (2012). *La observación, un método para el estudio de la realidad*. Universidad Autónoma de Nuevo León.

Campos Uribe, A., & Lacomba Montes, P. (2019). *Casa contra arquitectura, Bernard Rudofsky y el "arte de habitar"*. Abada Editores. http://hdl.handle.net/10481/65435

Canales, A. (2024). *Casas para todos (y de todos): Reflexiones sobre el habitar contemporáneo*. Fondo de Cultura Económica.

Carvajalino, H. (2004). Estética de lo popular: Los engalles de la casa. *Barrio Taller, Serie Ciudad y Hábitat, 11*, 103–123.

Casanova Berna, N. (2013). *Hacia una teoría arquitectónica del habitar*. Universidad de la República.

Castells, M. (2004). *La cuestión urbana*. Siglo XXI Editores.

Centeno, C., & De la Garza, M. (2014). *Métodos y técnicas cualitativas y cuantitativas aplicables a la investigación en ciencias sociales*. Universidad Autónoma de Nuevo León.

Colomina, B., Kristan, M., Lahuerta, J. J., Parcerisas, P., & Long, C. (2017). *Adolf Loos, espacios privados*. Editorial Tenov.

Consejo de Europa. (2000, 20 de octubre). *Convenio Europeo del Paisaje*. http://www.upv.es/contenidos/CAMUNISO/info/U0670786.pdf

Coppola Pignatelli, P. (2004). *Análisis y diseño del espacio que habitamos* (C. Povero, Trad.). Editorial Pax México. (Obra original publicada en 1977)

Cortés-López, E. (2021). La investigación etnográfica en diseño. *Legado de Arquitectura y Diseño, 15*(28), 92–101. https://doi.org/10.36677/legado.v15i28.15994

Couceiro Núñez, T. (2001). *El espacio de transición entre el interior y el exterior en la vivienda: Estudio a través de la relación interior-exterior* [Tesis doctoral, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid].

Creswell, J. W. (2007). *Diseño de la investigación: Enfoques cuantitativo, cualitativo y con métodos mixtos*. Sage.

Creswell, J. W. (2018). *Diseño de investigación: Métodos cualitativo, cuantitativo y mixto* (3.ª ed.). Pearson Educación.

Cuervo, J. (2010). ¿Vivienda, casa, hogar? La construcción del concepto hábitat doméstico. *Iconofacto, 6*(7), 69–91. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5204296

Cuervo, L. M. (2008). *Habitar, morar, vivir*. Universidad Nacional de Colombia.

Cucuzzella, C., Rahimi, N., & Soulikias, A. (2023). The evolution of the architectural façade since 1950: A contemporary categorization. *Architecture, 3*(1), 1–32. https://doi.org/10.3390/architecture3010001

Cullen, G. (1974). *El paisaje urbano: Tratado de estética urbanística*. Blume.

de Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer* (A. Pescador, Trad.; L. Giard, Ed.). Universidad Iberoamericana; Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

de Haan, H. (2005). Social and material appropriation of neighborhood space: Collective space and resistance in a Dutch urban community. En *Doing, thinking, feeling home: The mental geography of residential environments* [Ponencia de congreso]. Delft University of Technology.

De Alba González, M. (2017). *Representaciones del habitar en la vivienda social mexicana: Identidad, memoria y apropiación*. Universidad Nacional Autónoma de México.

De la Carrera, F. (2015). Rejalópolis: Ciudad de fronteras. *Escala*, (232), 14–27. https://www.academia.edu/15052169/Rejal%C3%B3polis_Ciudad_de_Fronteras

Delgado Perera, F. (2015). *Lo público en lo privado: La calle elevada como catalizador del encuentro colectivo* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid]. https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.40452

Devet Ferrer, L. (1995). La fachada como medio de legitimación y cohesión en la vivienda social. *Revista INVI, 10*(25), 42–52.

Di Virgilio, M. M., & Rodríguez, M. C. (2013). Prólogo: La producción social del hábitat en América Latina: Desafíos para una región en transformación. En M. M. Di Virgilio & M. C. Rodríguez (Comps.), *Producción social del hábitat: Abordajes conceptuales, prácticas de investigación y experiencias en las principales ciudades del Cono Sur* (pp. 9–20). Café de las Ciudades.

Doberti, R. (2014). *Fundamentos de teoría del habitar: Una cartografía de la cultura material*. Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo.

Donaire García de la Mora, J. (2015). *La transformación de la fachada en la arquitectura del siglo XX: Evolución de los elementos arquitectónicos hacia el espacio* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid]. https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.40986

Dovey, K. (2010). *Becoming places: Urbanism, architecture, identity and power*. Routledge.

dérive LAB. (2015). *Calles compartidas* (Versión 1.0).

Echeverría, B. (2010). *Definición de la cultura* (2.ª ed.). Fondo de Cultura Económica; Ítaca.

Elizondo, J. (2019). Habitar, apropiación y cultura material: Reflexiones sobre la vivienda contemporánea. *Bitácora Urbano Territorial, 29*(2), 87–101. https://doi.org/10.15446/bitacora.v29n2.73554

Elizondo, L. (2021). *Habitar apropiando: Identidad y apego en la vivienda popular de la Zona Metropolitana de Monterrey (1967-2020)* [Tesis doctoral, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey]. https://hdl.handle.net/11285/643258

Erazo, N. I. (2016). *Lenguaje y expresión arquitectónica popular en la vivienda autoproducida del barrio Berlín en Cali, Colombia* [Tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México]. https://repositorio.unam.mx/contenidos/75546

Esparza Díaz de León, M. E. (2021). Discursos entre lo urbano-arquitectónico y lo íntimo del espacio interior y lo cotidiano. En INTERNING (Ed.), *Interior: Reflexiones sobre el espacio y el habitar contemporáneo* (pp. 15–24). Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Esparza, J. E., & Andrade, L. (2022). *Experiencias integrales de habitabilidad: Un enfoque multidimensional*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Espinosa Martín, J. A. (2009). El umbral como arquitectura: Espacio y transición en el límite de la casa. *Revista de Historia y Teoría de la Arquitectura, 10–11*, 133–170.

Falagán, D., Montaner, J. M., & Muxí, Z. (2011). *Herramientas para habitar el presente: La vivienda del siglo XXI*. Gustavo Gili.

Feldman, R. M., & Stall, S. (2004). La apropiación del hogar: Organizándose para aprovechar los recursos espaciales para sostener la vida cotidiana. En *La dignidad de la resistencia: Activismo de las mujeres residentes en la vivienda pública de Chicago* (pp. 179–210). Cambridge University Press.

Fernández-Llebrez Muñoz, J. (2013). La dimensión humana de la arquitectura. Aprendiendo del Team 10. *Arquitectura y Urbanismo, 34*(1), 64–72. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=376834402006

Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Morata.

Fortea Navarro, T. (2015). *Desmaterialización de la envolvente estructural contemporánea: Una secuencia de estrategias arquitectónicas en Toyo Ito, Herzog & de Meuron y SANAA* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid]. https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.40322

Friese, S. (2014). *Qualitative data analysis with ATLAS.ti* (2.ª ed.). Sage.

Galmés Cerezo, Á. (2017). De habitar a morar: El tiempo en la arquitectura. *Palimpsesto, 16*, 15–17. https://doi.org/10.5821/palimpsesto.16.5196

García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo.

García Narváez, J. A., & González Hernández, M. (2014). *Principios y técnicas de investigación*. Universidad Nacional Autónoma de México.

García Odiaga, Í. (2019). *La piel mediadora* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Valencia]. http://hdl.handle.net/10810/42574

Garmendia Salvador, A., Salvador Alcaide, A., Crespo Sánchez, C., & Garmendia Salvador, L. (2005). *Evaluación de impacto ambiental*. Pearson Educación.

Gehl, J. (2014). *Ciudades para la gente* (J. Décima, Trad.). Ediciones Infinito. (Obra original publicada en 2010)

Gehl, J., & Svarre, B. (2013). *Cómo estudiar la vida pública*. Reverté.

Gibson, J. J. (2015). *The ecological approach to visual perception* (Classic ed.). Psychology Press. (Obra original publicada en 1986)

Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación*. Anthropos Editorial; Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Gil Guinea, L. (2016). *Lugares intermedios: La "filosofía del umbral" en la arquitectura del Team 10* [Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid]. https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.43751

Gil López, T. (2007). Influencia de la configuración del borde público-privado: Parámetros de diseño. *Cuadernos de Investigación Urbanística, 52*. https://polired.upm.es/index.php/ciur/article/view/267

Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (H. B. Torres Perrén & F. Setaro, Trads.). Amorrortu. (Obra original publicada en 1959)

Góez Restrepo, L. E. (2015). *Expresiones estéticas de las fachadas de la vivienda, su aporte a la producción del lugar en barrios de autoconstrucción en la periferia del*

nororiente de Medellín [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/52860

Grijalba Rossel, J. P. (2019). *Antejardín (re)programado: Transformaciones y negociaciones de un recinto difuso* [Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica de Chile]. https://doi.org/10.7764/tesisUC/ARQ/26954

Guzmán, M., & Araujo, J. (2017). El dibujo espontáneo como manifestación de los imaginarios urbanos y las representaciones sociales. *Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales, 7*(2), 45–60.

Heidegger, M. (1994). Construir, habitar, pensar (E. Barjau, Trad.). En *Conferencias y artículos* (pp. 127–142). Ediciones del Serbal.

Hennings Hinojosa, V. V. (2008). *El objeto arquitectónico y su relación con el fenómeno de la generación del lugar* [Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México]. https://repositorio.unam.mx/contenidos/96659

Hernández García, J. (2013). Construcción social de espacio público en barrios populares de Bogotá. *Revista INVI, 28*(78), 143–180. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=25828908005

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, M. P. (2014). *Metodología de la investigación* (6.ª ed.). McGraw-Hill.

Hertzberger, H. (1991). *Lessons for students in architecture*. 010 Publishers.

Ijla, A. M. (2012). Does public space create social capital? *International Journal of Sociology and Anthropology, 4*(2), 48–53. https://doi.org/10.5897/IJSA11.084

Illich, I. (1988). *La convivencialidad*. Joaquín Mortiz.

Irwin, T. (2015). Transition design: A proposal for a new area of design practice, study, and research. *Design and Culture, 7*(2), 229–246.

Jacobs, A. B. (1996). *Grandes calles*. Universidad de Cantabria.

Jacobs, J. (2013). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing Libros.

Juárez Chicote, A., & Rodríguez Ramírez, F. (2014). El espacio intermedio y los orígenes del Team X. *Proyecto, Progreso, Arquitectura, 11*, 52–63. https://doi.org/10.12795/ppa.2014.i11.04

Juárez Pichardo, M. (2016). La vivienda como representación cultural. *Bitácora Arquitectura, 32*, 90–99. https://doi.org/10.22201/fa.14058901p.2016.32.56711

Jusan, M. B. M., & Sulaiman, A. B. B. (2005). Personalization as a sustainable approach to mass housing: The fundamental theory. En *Conference on Sustainable Building South East Asia* (pp. 502–513).

Kray, C., Fritze, H., Schöning, J., Fechner, T., Li, R., & Anacta, V. J. (2013). Transitional spaces: Between indoor and outdoor spaces. En T. Tenbrink, J. Stell, A. Galton, & Z. Wood (Eds.), *COSIT 2013* (Lecture Notes in Computer Science, Vol. 8116, pp. 14–32). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-319-01790-7_2

Krier, R. (1992). *Elements of architecture*. Academy Edition. https://robkrier.de/elements-of-architecture.php#page-001

Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Morata.

Ladero Quesada, M. F. (1998). La vivienda: Espacio público y espacio privado en el paisaje urbano medieval. En J. I. de la Iglesia Duarte (Coord.), *La vida cotidiana en la Edad Media: VIII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 4 al 8 de agosto de 1997* (pp. 111–128). Instituto de Estudios Riojanos.

Le Corbusier. (1998). *Hacia una arquitectura* (J. Martínez Alinari, Trad.). Ediciones Apóstrofe. (Obra original publicada en 1923)

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (E. Martínez Gutiérrez, Trad.). Capitán Swing. (Obra original publicada en 1974)

Lefebvre, H. (2018). *Hacia una arquitectura del placer* (N. Ruiz, Trad.; I. Martínez Lorea, Present.). Centro de Investigaciones Sociológicas. (Obra original publicada en 1973)

Lindón, A. (1999). *De la trama de la cotidianeidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*. El Colegio de México.

Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (J. Vinyoli & M. Pendanx, Trads.). Anagrama. (Obra original publicada en 1983)

Lozano de Poo, J. M. (2023). Los límites de la espacialidad doméstica en la era de la información. *Revista de Arquitectura y Urbanismo Taypi*, 2(2), 25–36. https://revistas.unap.edu.pe/taypi/index.php/taypi/article/view/763

Lynch, K. (1998). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili.

Maak, N. (2014). *Wohnkomplex: Warum wir andere Häuser brauchen*. Hanser Berlin.

Mannay, D. (2007). *Visual methodologies: An introduction to researching with visual materials*. Sage.

Martinelli, P. M. (2019). Inside the façade: The inhabited space between domestic and urban realms. *Journal of Interior Design*. https://doi.org/10.1111/joid.12163

Martínez Miguélez, M. (2001). *Epistemología y metodología cualitativa en las ciencias sociales*. Trillas.

Méndez, R. (2004). Vecindarios defensivos latinoamericanos: Miedo y fragmentación en la ciudad contemporánea. *EURE, 30*(89), 57–75. https://doi.org/10.4067/S0250-71612004008900004

Monteys, X. (2014). *La habitación: Más allá de la sala de estar*. Editorial Gustavo Gili.

Monteys, X. (2017). *La calle y la casa: Urbanismo de interiores*. Editorial Gustavo Gili.

Monteys, X., & Fuertes, P. (2001). *Casa collage: Un ensayo sobre la arquitectura de la casa*. Editorial Gustavo Gili.

Montaner, J. M. (2015). *La arquitectura de la vivienda colectiva: Políticas y proyectos de la ciudad contemporánea*. Editorial Reverté.

Montaner, J. M., Muxí, Z., & Falagán, D. H. (2011). *Herramientas para habitar el presente: La vivienda del siglo XXI*. Actar.

Muntañola Thornberg, J. (2000). *Topogénesis: Fundamentos de una nueva arquitectura*. Edicions UPC.

Muxí, Z. (2004). *La arquitectura de la diferencia: Espacio, género y comunicación*. Gustavo Gili.

Nogué, J. (2010). El paisaje en la ordenación del territorio. La experiencia del Observatorio del Paisaje de Cataluña. *Estudios Geográficos, 71*(269), 415–448.

Novaković, N. (2022). The concept of appropriation in collective housing design: Understanding dwelling as a poetic practice. *Writingplace, 6*, 90–106. https://doi.org/10.7480/writingplace.6.6358

Ortiz, E. (2010). Derecho a la ciudad, producción social y gestión participativa del hábitat: La promoción de iniciativas comunitarias incluyentes en la Ciudad de México. *Hábitat y Sociedad, 1*. https://doi.org/10.12795/HabitatySociedad.2010.i1.04

Ortiz Flores, E. F. (2023). Producción social del hábitat y la vivienda: Su potencial transformador y los retos que enfrenta. *Vivienda Infonavit, 7*(2). https://revistavivienda.infonavit.org.mx/2023/12/14/produccion-social-del-habitat-y-la-vivienda-su-potencial-transformador-y-los-retos-que-enfrenta/

Pallasmaa, J. (2016). *Habitar* (Á. Giménez Imirizaldu, Trad.). Editorial Gustavo Gili.

Pastor, A. (2010). *La vivienda social y el habitar latinoamericano: Entre la estandarización y la identidad*. Universidad Nacional del Litoral.

Patton, M. Q. (2002). *Qualitative research & evaluation methods* (3.ª ed.). Sage.

Peran, M. (2008). Post-it city. Ciudades ocasionales. En A. Petti et al. (Eds.), *Post-it city: Ciutats ocasionals / Ciudades ocasionales / Occasional urbanities* (pp. 9–12). CCCB; Direcció de Comunicació de la Diputació de Barcelona.

Pinzón Vargas, M. L. (2023). *Espacio público y apropiación colectiva en el hábitat popular: Construcción participativa y cultural desde los modos de habitar en los barrios San Luis y San Isidro de Bogotá* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia). https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/85256

Pol, E. (1996). La apropiación del espacio. En L. Íñiguez & E. Pol (Coords.), *Cognición, representación y apropiación del espacio* (Monografies Psico/Socio/Ambientals, No. 9). Publicacions Universitat de Barcelona.

Pol, E. (2002). El modelo dual de la apropiación del espacio. En R. García-Mira, J. M. Sabucedo y J. Romay (Eds.), *Psicología y medio ambiente: Aspectos psicosociales, educativos y metodológicos* (pp. 123–132). Asociación Galega de Estudios e Investigación Psicosocial / Publiedisa.

Pulhan, H., & Numan, I. (2005). The transitional space in the traditional urban settlement of Cyprus. *Journal of Architectural and Planning Research, 22*(2), 160–178.

Ramírez Hernández, M. del C. (2005). *La fachada, interfase entre la casa y la ciudad* [Tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco].

Ramírez Galíndez, R., & Burbano Escobar, L. (2020). Estrategias de resistencia de la comunidad e innovación social. En K. G. Muñoz Balcázar & J. A. Ordóñez (Eds.), *Se repara el plan de vida, pero no el corazón: Memorias de violencia, éxodo y reconstrucción comunitaria de las víctimas de la masacre de El Naya* (pp. 105–126). Editorial Universidad Santiago de Cali; Editorial Fundación Universitaria Popayán.

Ramírez Velázquez, B. R. (2017). Nogué, J. (ed.; 2007), *La construcción social del paisaje*, Biblioteca Nueva, Madrid, 343 p., ISBN 978-84-9742-624-4. *Investigaciones Geográficas*, (71). https://doi.org/10.14350/rig.59484

Rapoport, A. (1990). *The meaning of the built environment: A nonverbal communication approach* (Reprint ed.). The University of Arizona Press. (Trabajo original publicado en 1982)

Rapoport, A. (2014). El uso peatonal de la calle: Cultura y percepción. En Á. Martín Ramos (Ed.), *La calle moderna: En 30 autores contemporáneos y un pionero* (pp. 97–108). Iniciativa Digital Politécnica; Publicacions Acadèmiques Digitals de la UPC.

Reguillo, R. (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. En A. Lindón (Comp.), *La vida cotidiana y su espacio-temporal* (pp. 77–93). Anthropos.

Remesar, A. (2017). Ornato popular y espacio público. *AACA Digital, 38*. http://www.aacadigital.com/contenido.php?idarticulo=1306

Rocca, M. E. (2020). *Co-lugar: Hacia una arquitectura de lo común. Análisis y conceptualización de los espacios de uso común en edificios de vivienda colectiva*

en las ciudades de Buenos Aires, Barcelona y Viena [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires].

Rodríguez, M. C. (2024). Los desafíos de la urbanización popular en América Latina: Entre el emprendedorismo y la producción autogestionaria del hábitat. *Ciudadanías. Revista de Políticas Sociales Urbanas, 14*, 1–24.

Romero, P. J. (2022). *Relieves relevantes, cinco fachadas singulares* [Tesis de maestría, Universitat Politècnica de Catalunya]. https://upcommons.upc.edu/handle/2117/376462

Rose, G. (2010). *Metodologías visuales: Una introducción a la investigación con materiales visuales*. Paidós.

Sabariego Puig, M., Vilà Baños, R., & Sandín Esteban, M. P. (2014). *El análisis cualitativo de datos con ATLAS.ti*. ICE Universitat de Barcelona. https://hdl.handle.net/2445/55923

Saldarriaga Roa, A. (2002). *La arquitectura como experiencia: Espacio, cuerpo y sensibilidad*. Villegas Editores; Universidad Nacional de Colombia.

Sánchez, L. M., & Benítez, A. (2021). Arquitectura doméstica y protección devota: Expresiones de fe en la vivienda popular mexicana. *Intervención, 12*(23), 45–61.

Santo-Tomás Muro, R. (2021). *La infraestructura verde urbana en Madrid: Técnicas de análisis perceptivo del paisaje en el contorno de la ciudad*. http://hdl.handle.net/10637/11951

Schreier Barreto, C. (2021). *La vivienda informal y el espacio público en laderas: Grados de consolidación de la vivienda y patrones de apropiación de la calle. Casos de estudio de la avenida San Martín, San Juan de Lurigancho* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Ingeniería].

Sim, D. (2022). Conviviendo con el clima. En *Ciudad suave: Construyendo proximidad, diversidad y densidad para la vida cotidiana* (pp. 150–188). DGE / Equilibrista.

Soto Villagrán, P. (2009). Lo público y lo privado en la ciudad. *Casa del Tiempo*, 54–58.

Strauss, A., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Universidad de Antioquia.

Suárez, M. (2013). *Los espacios intermedios como tema y estrategia de proyecto en la arquitectura moderna* [Tesis de maestría, Universidad Central de Venezuela].

Szauter, D. (2018). Transition spaces. *Műszaki Tudományos Közlemények, 9*, 223–226. https://doi.org/10.33894/mtk-2018.09.01

Taylor, S. J., & Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós.

Tarhun, L. (2021). *Evaluation of a transition space from street to store through "window displays": Case of Nicosia, Dereboyu Street* [Tesis de maestría, Eastern Mediterranean University].

Toro Sepúlveda, K. B., & Rivera Crespo, O. (2017). De fachada a membrana: cuerpo, muro, transparencia y relación. *Tecnología & Diseño*, (7), 47–57. https://revistatd.azc.uam.mx/index.php/rtd/article/view/18/46

Torralba García, S. (2016). *Habitar la casa: Reflexiones en torno al espacio vivencial* [Trabajo de fin de grado, Universitat Politècnica de València]. Repositorio institucional RiuNet.

Torres Pérez, M. E. (2007). Rescate de experiencias urbanas: Transformación y adecuación de la colonia Miguel Alemán. *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán, 18*, 44–69.

Torres-Pérez, M. E., Arana-López, G., & Fernández-Martínez, Y. (2016). La calle y la vivienda: Relaciones de espacio público y vida comunitaria. *Quivera, 18*(2), 31–53. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40152906003

Turner, J. F. C. (1977). *Vivienda, todo el poder para los usuarios: Hacia la economía en la construcción del entorno* (J. Corral, Trad.). H. Blume. (Obra original publicada en 1976)

Tzortzi, J. N., & Saxena, I. (2024). Threshold spaces: The transitional spaces between outside and inside in traditional Indian dwellings. *Heritage, 7*(4), 6683–6711. https://doi.org/10.3390/heritage7120309

Urrea Uyabán, T. (2023). El umbral es un ámbito en el que dos escalas diferentes de lo urbano se funden. En J. Fonseca Ulloa, C. Salazar Ferro, & T. Urrea Uyabán (Comps.), *Las escalas de lo humano* (pp. 39–56). Ediciones Uniandes; Universidad Nacional de Colombia.

Urrego, G. A. (2014). *Procesos de habitar desde las relaciones intersubjetivas* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/74959

Valera, S. (1999). Espacio privado, espacio público: Dialécticas urbanas y construcción de significados. *Tres al Cuarto, 6*, 22–24.

Velarde Herz, F. A. (2017). El espacio público en la ciudad popular: La vida entre laderas. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 46*(3), 471–488.

Vidal, T., & Pol, E. (2005). La apropiación del espacio: Una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología, 36*(3), 281–297.

Zamorano Villarreal, C. C. (2013). *Vivienda mínima obrera en el México posrevolucionario: Apropiaciones de una utopía urbana (1932-2004)*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Zenteno Torres, E. (2018). La percepción del espacio urbano: El aporte de los mapas perceptivos al análisis del barrio Zen de Palermo. *Revista INVI, 33*(93), 99–122.

Zhang, G., Qiao, G., & Mao, Z. (2024). The order characteristics of daily life space in Chinese urban communities: A case of Ningbo Green Axis Sports Park. *Heliyon, 10*(13), e33548. https://doi.org/10.1016/j.heliyon.2024.e33548

Anexo 1

GUION DE ENTREVISTA SEMIESTRUCTURADA

Nombre:
Duración de la entrevista:

1. Hablemos del barrio

- ¿Hace cuánto vive en el barrio?
- ¿Cómo era este lugar cuando llegó a vivir aquí?
- ¿Qué lugares del barrio le gustan y por qué?
- ¿Qué lugares del barrio no le gustan y por qué?

2. Hablemos de la construcción de las casas

- ¿Cómo fueron construyendo sus casas, usted y sus vecinos?
- ¿Qué cree usted que era lo más importante cuando se construían las casas?
- ¿Cómo eran las casas antes? ¿Cómo se veían por afuera?

3. Experiencia y uso de la fachada

- ¿Cómo describiría la fachada de su vivienda?
- ¿Qué importancia tiene para usted el aspecto de su fachada?
- ¿Pasa tiempo en la parte exterior o al frente de su casa? Si es así, ¿qué actividades realiza allí?
- ¿Siente que este espacio le permite relacionarse con la calle o con sus vecinos? ¿De qué manera?
- ¿Cómo ha cambiado el uso de este espacio a lo largo del tiempo?
- ¿Realiza cambios en la fachada durante eventos festivos, religiosos o fechas especiales?

4. Relación entre la vivienda y la calle

- ¿Cómo siente la relación entre su casa y la calle a través de la fachada?

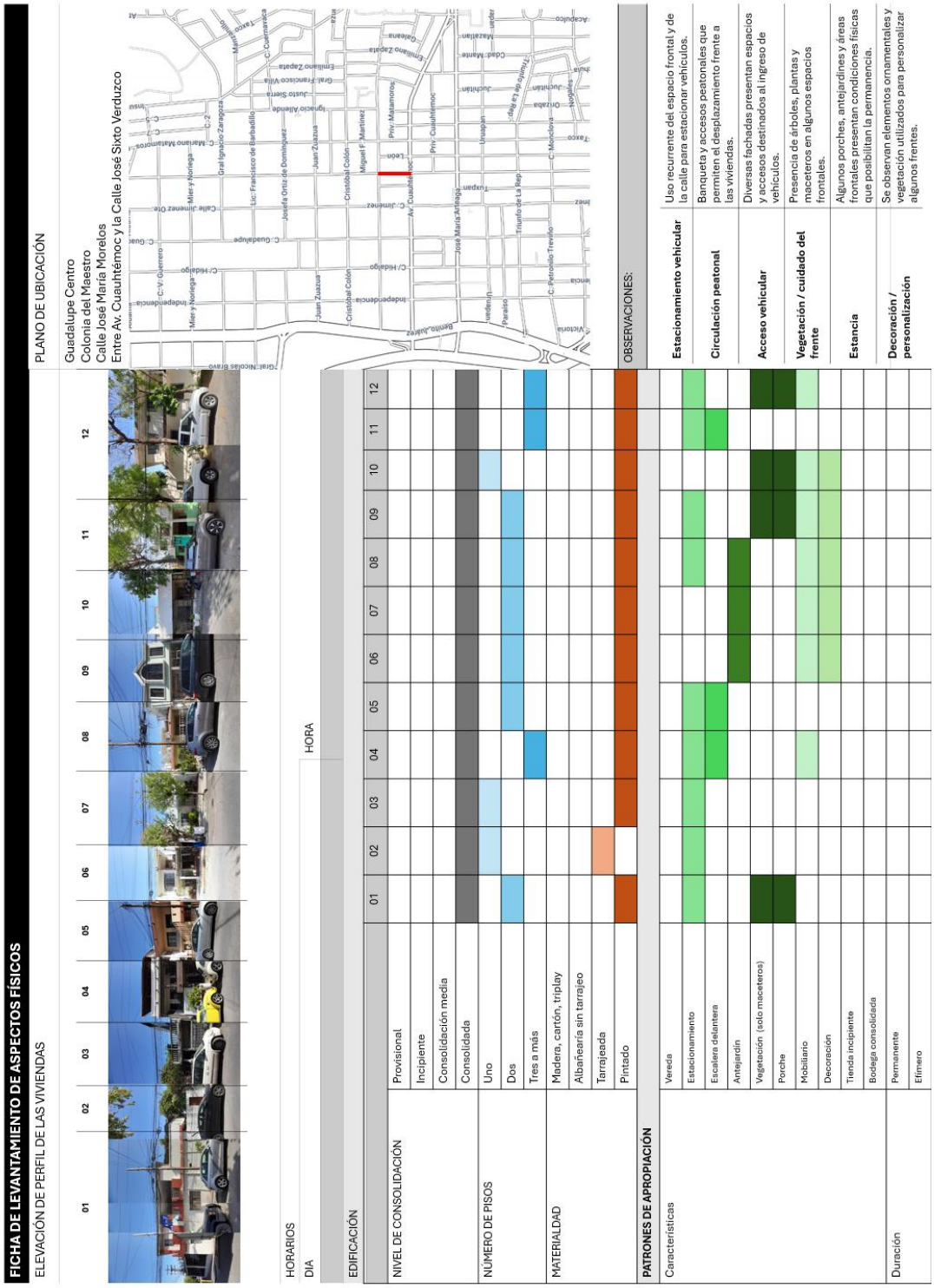
5. Percepción del entorno urbano

- ¿Cómo influyen las fachadas de otras viviendas en la forma en que percibe su barrio o su calle?
- ¿Cree que las fachadas de su cuadra influyen en la convivencia entre los vecinos? ¿De qué manera?
- Si pudiera decidir, ¿cómo le gustaría que cambiara la fachada de su casa y las fachadas del barrio?

6. Actividad final: representación del barrio y la vivienda

- **¿Puede dibujarme su barrio?**
  Ubique dónde vive y señale los lugares y caminos que para usted son importantes o forman parte de su rutina cotidiana.
- **¿Puede dibujarme su calle y su casa, tal como las ve desde afuera?**
  Incluya en el dibujo aquellos elementos o lugares que le parecen bellos o feos.

Anexo 2: ejemplo de fichas de levantamiento de fachadas



FICHA DE LEVANTAMIENTO DE ASPECTOS FÍSICOS

ELEVACIÓN DE PERFIL DE LAS VIVIENDAS

PLANO DE UBICACIÓN

Guadalupe Centro
Colonia del Maestro
Calle José María Morelos
Entre Av. Cuauhtémoc y la Calle José Sixto Verduzco

HORARIOS
DIA

EDIFICACIÓN	01	02	03	04	05	06	07	08	09	10	11	12
NIVEL DE CONSOLIDACIÓN												
Provisional												
Incipiente												
Consolidación media												
Consolidada												
NÚMERO DE PISOS												
Uno												
Dos												
Tres a más												
MATERIALDAD												
Madera, cartón, triplay												
Albañearía sin tarrajeo												
Tarrajeada												
Pintado												
PATRONES DE APROPIACIÓN												
Características												
Vereda												
Estacionamiento												
Escalera delantera												
Antejardín												
Vegetación (solo maceteros)												
Porche												
Mobiliario												
Decoración												
Tienda incipiente												
Bodega consolidada												
Duración												
Permanente												
Efímero												

OBSERVACIONES:

Estacionamiento vehicular	Uso recurrente del espacio frontal y de la calle para estacionar vehículos.
Circulación peatonal	Banqueta y accesos peatonales que permiten el desplazamiento frente a las viviendas.
Acceso vehicular	Diversas fachadas presentan espacios y accesos destinados al ingreso de vehículos.
Vegetación / cuidado del frente	Presencia de árboles, plantas y maceteros en algunos espacios frontales.
Estancia	Algunos porches, antejardines y áreas frontales presentan condiciones físicas que posibilitan la permanencia.
Decoración / personalización	Se observan elementos ornamentales y vegetación utilizados para personalizar algunos frentes.

Anexo 3: ejemplo de la ficha de observación

OBSERVACIONES ESCRITAS
Registro N°1: Rejas de baja altura permiten visibilidad hacia el interior del espacio frontal.
INTERPRETACIÓN / NOTA ANALÍTICA:
Algunas casas tienen rejas que alcanzan la altura de una baranda, permitiendo una mayor apertura visual y una conexión más directa con la calle. Estas rejas, aunque funcionales, suelen ser más discretas y se integran de manera sencilla al diseño de la fachada. Por otro lado, hay viviendas cuyas rejas van desde el piso hasta el techo, creando una barrera más definida y firme. Estas estructuras, aunque más cerradas, no siempre resultan frías o distantes; muchas están decoradas con detalles que les dan personalidad, como figuras geométricas o motivos florales. Lo más interesante se encuentra en las casas más antiguas, donde las rejas destacan por sus diseños elaborados. Aquí, no se trata simplemente de barras horizontales o verticales, sino de trabajo de herrería con formas curvadas, espirales o patrones ornamentales que evocan un estilo clásico y artesanal, contrastando con las rejas de las casas de construcciones recientes, que suelen optar por líneas rectas y simples.

REGISTRO FOTOGRÁFICO DE LAS DIFERENTES CONFIGURACIONES DE REJAS OBSERVADAS EN LAS VIVIENDAS